El próximo mundo

Claudia Daxter

Capítulo 1

INDICE

Parte I

1. El accidente
2. La llegada

Parte II

1. La expedición
2. El viaje
3. La puerta

Capítulo 2

El accidente

Fue muy rápido.

En realidad, cuando el avión zozobró en medio de un pequeño caos de confusión y gritos, no me asusté demasiado. Era excitante, como una de esas tremendas montañas rusas, y ni siquiera parecía peligroso, sólo provocaba un subidón de energía. Además, me pudo la curiosidad. Había algo, en la manera en que nos movíamos, que no era "natural".

Sí, se abrieron algunos compartimentos de equipaje y cayeron algunos trastos, pero no era sólo que el avión se moviera.

Era una sensación extraña, como si te pasaran por encima miles de cuchillas muy finas, separando la piel capa a capa para dejarla luego volver a su lugar, provocando pequeños pinchazos casi indoloros. O como si estallaras desde dentro, tus moléculas tendieran a salir despedidas.... y de repente un núcleo imantado interior volviera a atraerlas para recomponer el cuerpo, tirando de ellas para mantenerlas unidas justo en el límite de la desintegración.

Sucedió muy rápido, en segundos. Miré mis manos, sorprendida, casi esperando ver las células disgregadas y reagrupándose. Y entonces me di cuenta de que estaba en la más completa oscuridad.

La llegada

Lo siguiente que recuerdo es que abrí los ojos, o se hizo la luz, y estábamos en un claro, una especie de valle muy verde. Me rodeaba gente que reconocí como pasajeros del avión. Algunos estaban adormecidos, otros, como yo, miraban a su alrededor aturdidos. Hacía sol, y la luz parecía corresponder a la media tarde.

- ¿Es un sueño? – dijo una voz a mi lado.

Era una chica de mi edad, más cerca de los treinta que de los veinte, algo más baja que yo, morena y gordita, con unas gafas redondas.

- Creo que no – contesté.

- ¿Será entonces que estamos muertos?- dijo limpiándose las gafas sin parecer realmente preocupada. Eso me hizo gracia y sonreí sin querer.

- No sé. ¿Tú crees que los muertos andan así, en grupo como nosotros? –

pregunté.

- Chica, ni idea. Desde luego no se parece nada a lo del túnel y la luz, ¿no?

- Pues no.

- Me llamo Isabel – y yo asentí y le dije mi nombre.

Conté unas veinte personas, no las recordaba a todas, pero seguramente eran los pasajeros que viajaban en mi vuelo, al menos algunos de ellos, puesto que el enorme boeing transoceánico iba lleno hasta la bandera, y nosotros no éramos más que una pequeña muestra del pasaje. Pregunté a Isabel qué recordaba del accidente, pero respondió que no recordaba ningún accidente, que el avión se movió un poco y ....

- Y aquí estamos. Y yo no veo restos de ningún avión hecho pedazos – acabó, mirando a nuestro alrededor.

Intenté explicarle la sensación de desintegración y me miró en silencio, o sea que decidí guardarme la experiencia para mí solita.

El aire vibraba. Isabel también lo notaba y me señaló una especie de diapasones gigantes situados algo más allá. La vibración era enervante, parecía alcanzar todas las células del cuerpo y hacerlas vibrar con él. De repente pensé que a lo mejor era exactamente eso lo que hacía, ayudar a recolocar las células tras el aparente big bang del avión, y me quedé sobrecogida y fascinada hasta que otro ruido me distrajo.

Recordaba el batir de alas, y efectivamente, vimos aparecer una bandada de pájaros en la lejanía.

Al irse acercando, la gente empezó a murmurar. Yo no había visto nunca pájaros tan grandes, ¿qué serían, águilas? , pero cuanto más se aproximaban, más creció el espanto en el grupo.

Las alas eran tan amplias que los obligaban a volar muy separados para evitar rozarse, y cuando empezaron a descender, alguien gritó y el grupo entero hizo un movimiento de retroceso, apiñándonos unos con otros.

Eran hombres. Los pájaros eran hombres. Descendieron a tierra, a una prudente distancia, pero como eran muchos, cada vez bajaban más cerca, provocando un considerable revuelo en el grupo. Eran hombres, muy altos, quizá hasta de dos metros, fornidos y con grandes alas.

- Estoy alucinando, debe ser el shock postraumático – escuché la voz casi divertida de Isabel.

- Yo también los veo- dije en voz muy baja y sin chispa de burla, como si pudieran oírme y molestarse.

Ahora se aproximaban caballos al galope, y al poco un pequeño grupo de hombres, de aspecto corriente, descabalgaban y se acercaban haciendo señas de que venían en son de paz.

- Bueno, por lo menos no son centauros – dijo a media voz mi compañera con una mueca que me hizo relajarme un poco.

Uno de los recién llegados se presentó como "el portavoz", y nos pidió que nos sentáramos en el suelo, mientras los que venían con él empezaban a circular entre nosotros con grandes cantimploras, ofreciéndonos de beber. Hablaba en voz alta, pero sin gritar, para que todo el grupo pudiera escucharle. Se le entendía perfectamente, pero había algo extraño en su forma de hablar, como cuando en la televisión digital se produce uno de esos fallos y el sonido llega unos segundos antes o después de la imagen. Una vez fui consciente de ello, no pude parar hasta comprender lo que era: el hombre nos hablaba a todos, y todos parecíamos entenderle, pero entre nosotros había gente de diferentes países, que hablaba diferentes lenguas. Pensé, "¿será telepatía? ¿comunicación mental?", pero no, porque yo le estaba escuchando, su voz emitía un sonido indudable, y para mí era español, pero para mi vecino de la izquierda, el gordo del bigote, tenía que ser ruso, porque horas antes, en el mostrador de facturación, tuvo un pequeño problema y habían tenido que ir a buscar un intérprete. Estaba tan distraída por este fenómeno que me costaba seguir la no menos extraña explicación de la situación que el autodenominado portavoz nos ofrecía.

Al parecer, y lo decía como algo obvio y habitual, el avión había atravesado una zona de inestabilidad espacio-tiempo, abriendo un paso a una dimensión diferente: la suya. No era la primera vez que sucedía, habían recibido la "visita" de muchas "expediciones" como la nuestra. Nunca nadie había sido capaz de explicar aquel fenómeno, pero lo que sí sabían era que, al otro lado de las montañas, en un lugar llamado el Valle Negro de Ozzier, se abría otra puerta, que creían era la de salida para volver a nuestra dimensión.

Ellos nos ayudarían a volver a casa, organizando nuestra expedición, aunque el camino era largo y dificultoso, especialmente porque habíamos aparecido poco antes de que empezara la estación del frío, y eso

complicaría el viaje.

- ¿Dónde están los demás? – dijo una mujer de raza asiática, a la que entendí perfectamente pese a haberla oído hablar en chino con sus hijos en el avión.

- No lo sabemos.

- Pero mi marido y mis hijos....

Se desencadenó un rumor que pronto fue clamor. ¿Dónde estaba el resto del pasaje?

- ¿Han muerto?

- ¿Pueden haber aparecido en otro lugar de esta... dimensión?

El portavoz se limitaba a negar con la cabeza. Cuando los gritos empezaron a calmarse levantó los brazos para silenciarlos del todo.

- No lo sabemos. Lo siento, sé cómo deben sentirse, pero siempre es así. Siempre llegan partes de grupos. No todo el mundo pasa la puerta. No sabemos porqué.

Alguien preguntó por los diapasones, pero sólo supieron decirnos que estaban allí desde siempre, que alguna vez habían pensado que sí, que podían tener relación con el fenómeno, pero nadie sabía quién los construyó o los puso allí.

Mientras la gente seguía lamentándose e insistiendo en obtener alguna respuesta, tres chicas detrás de mí cuchicheaban sobre los hombres voladores y miré hacia ellos con curiosidad. Estaban dotados de unas alas enormes, que sobrepasaban sus cabezas, impresionantes incluso plegadas a la espalda como las llevaban ahora. Las plumas eran blancas, entreveradas de gris o negro en algunas zonas, y se agitaban con la brisa, creando una especie de halo. El más cercano a nosotras era un sujeto de cabellos largos hasta los hombros, moreno, con la nariz aplastada y una fea cicatriz en la mejilla izquierda. Cruzaba unos brazos poderosos sobre el tórax desnudo, y los músculos de su abdomen dibujaban la más perfecta "tableta de chocolate". Sus pantalones podían pasar por vaqueros desteñidos, y cuando miré con curiosidad sus pies, esperando ver algo similar a los espolones de los gallos, sólo encontré unas botas de media caña de lo más vulgar.

- ¿Cuánto tardaremos en llegar a esa otra puerta? – escuché preguntar, y volví mi atención al grupo.

- Depende de la suerte que tengamos con el tiempo, y de la capacidad del grupo para viajar – hizo una pausa-. Entre tres y seis meses.

- ¿Cómo?

Otra vez las protestas y los lamentos. Isabel permanecía callada a mi lado.

- ¿Viajabas sola? Yo sí – le dije.

- No. Iba con mi marido.

- Oh, vaya...Lo siento.

- No lo sientas. No sabes lo que me alegraré si no vuelvo a verle.

La miré sorprendida y asintió, hablaba en serio, pero no era el momento de indagar, y las dos nos volvimos hacia un chico que hablaba ahora.

- ¿Y qué pasa cuando lleguemos allí?

- La puerta se abre periódicamente. Es cuestión de aprovechar la ocasión y pasar.

- O sea, que llegaremos... y a lo mejor no está abierta. ¿Cuánto puede tardar en abrirse?

- No lo sabemos. Normalmente no hay que esperar mucho. Simplemente, se abre a los pocos días de llegar una expedición, como si ellos la hicieran abrirse de alguna manera.

- ¿Y qué hay al otro lado? ¿Tiene idea de qué pasa cuando se cruza? ¿Reapareceremos en el avión? ¿O en cualquier punto de la tierra? ¿Qué pasa si caemos en el desierto...o en el polo? ¿O en medio del océano?

Ahora la gente guardaba silencio y sus ojos iban del chico al portavoz como en un partido de tenis.

- Lo siento. Nadie ha vuelto para contarlo.

El silencio de ahora era mucho peor que los gritos. El miedo era tan palpable que pesaba como algo físico.

- Y claro, tampoco sabrá si todos podremos pasar.

Recordé la extraña sensación de desintegración y le miré a la cara. Me devolvió una mirada fría, y pensé que estaba buscando fuerzas en la ira

para no dejarse llevar por el pánico.

- ¿Y si estallamos como bombas vivientes al pasar esa puerta? – chilló de pronto una mujer rolliza muy despeinada, y supe que, de un modo u otro, todos habíamos compartido esa experiencia de rompernos en millones de fragmentos, y que nadie tenía muchas ganas de arriesgarse a pasarlo de nuevo.

El portavoz paseó sus ojos por el grupo y cuando habló no parecía enfadado, ni disgustado, pero tampoco compasivo. Supuse que había pasado por aquello muchas veces, y que ninguna pregunta, ninguna reacción, iba a sorprenderle.

- Miren, esto es lo que hay y esto es lo que nosotros podemos ofrecer. Los trasladaremos a nuestro campamento, les daremos cobijo y alimento y organizaremos la expedición al Valle Negro de Ozzier. El que quiera unirse deberá respetar las normas de nuestro grupo. El que prefiera quedarse, será libre de hacerlo. Le haremos sitio en el campamento si desea permanecer con nosotros y seguir nuestros reglamentos de supervivencia. Al que quiera marchar por su cuenta le daremos un mapa y provisiones

- ¿Quedarse aquí? – dijo Isabel en voz baja -. Prefiero estallar en trocitos en la puerta esa, o aventurarme a hacer turismo por otras "dimensiones" más avanzadas.

Tenía razón. No sólo estaban los extraños hombres voladores, que hacían pensar qué otro tipo de monstruosas maravillas habitarían esa tierra, sino que los "humanos", si lo eran, parecían pertenecer a una civilización rudimentaria. Esa noche nos enteraríamos de más cosas acerca de aquel lugar, como que no había ciudades, sino aldeas más o menos grandes, y que las estructuras familiares eran más bien comunas porque era la única manera de sobrevivir en ese mundo lleno de peligros, lleno de lugares y seres a evitar.

El campamento era exactamente eso, un campamento de casas de madera, rodeado de una empalizada. En las altas torres, centinelas alados guardaban el lugar. Nos reunieron alrededor de una gran mesa de banquetes, donde compartimos una cena abundante y sabrosa, aunque todo sabía diferente a como esperabas que supiera. Las personas que habían viajado con familiares o amigos, no podían dejar de hablar de ello, aunque la gente del campamento se volcó con nosotros, intentando distraernos. En medio de aquella atmósfera de sueño o pesadilla, en realidad ninguno tenía seguro que nosotros mismos estuviéramos completamente vivos. Me senté junto a Isabel, y las dos escuchamos en silencio toda la información que nuestros anfitriones compartieron con nosotros. Al acabar la velada, iluminados por antorchas, nos llevaron a dos cobertizos, uno para los hombres, que representaban una tercera parte de nuestro grupo, y otro para las chicas. Isabel y yo buscamos dos

camastros paralelos y estuvimos comentando mucho rato todo lo que había sucedido y la información que nos habían dado hasta el momento. Las noticias no eran especialmente buenas. La ciudad más cercana estaba a diez días de viaje a caballo, el único medio de transporte del que disponían, y era sólo algo mayor que el campamento, aunque densamente poblada. En la ciudad al menos tenían agua corriente, y luz de algo que debía ser una especie de gas. Algunos territorios estaban en guerra con otros, pero eso sucedía en zonas distantes y no nos debía preocupar. Los hombres carecían de "poderes" especiales, eran similares a nosotros. Por su parte, los hombres voladores eran amigos y colaboradores, aunque me había fijado en que no se sentaban a la mesa con los demás, y por su actitud parecían ser una especie de criados, subordinados de algún modo a los humanos.

Al día siguiente nos aseamos muy escuetamente en unas jofainas de agua jabonosa y acudimos a la plaza central del campamento. El portavoz estaba allí, y lo primero que hizo fue preguntar cuántos de nosotros habíamos decidido emprender la expedición. A las claras se veía que era un tipo práctico, y que no quería perder el tiempo discutiendo sobre cosas para las que no tenía respuesta, pero la gente empezó a protestar que se necesitaba un poco de tiempo, que nadie estaba preparado, que había que asimilar la situación..... El chico que había hecho las preguntas más inteligentes la tarde anterior, dijo que, en realidad, todos debíamos haber estado esperando despertar en nuestras camas, en casa, y que aquello quedara en un mal sueño. El portavoz callaba y nos miraba inexpresivo, hasta que, una vez más, las voces se fueron apagando.

- Lo comprendo – dijo despacio -. Hemos pasado por esto otras veces, y siempre dejamos tiempo a la expedición para que reflexione y decida. Pero el invierno caerá pronto, recuérdenlo, y si tardamos mucho en partir, puede que no podamos hacerlo.

Después del desayuno, de frutas y zumos, las mujeres fuimos conducidas a una "casa de baños", una especie de cueva donde había unos lagos de agua caliente, donde pudimos sumergirnos hasta quedar relucientemente limpias. Luego pasamos un rato increíble, porque naturalmente no teníamos equipaje, y nos proporcionaron a cada una un par de vestidos, unos pantalones similares a los vaqueros, y varias camisetas, todo ello de una tela que se adaptaba al cuerpo, pero de tal manera, que todas nos sentimos terriblemente favorecidas al ponérnosla. Isabel comentó, con ese humor que yo apreciaba tanto, que no es que hubiera perdido los kilos que le sobraban, sino que parecían haberse puesto "más en su sitio". Pero no era sólo eso. Tal vez debido a las aguas del baño, o por la composición del aire, o, como yo sospechaba todo el tiempo, puede que hubiera algo que alteraba la percepción, pero nuestra piel parecía más bonita, nuestros cabellos estaban brillantes, sueltos, y, sin necesidad de maquillaje alguno,

todas teníamos un aspecto magnífico.

Nos habíamos separado sin que nadie lo dijera, pero imagino que por afinidad, en tres grupos según la edad. Éramos doce mujeres, de las cuales cinco no pasarían de los veinte, otras cuatro estábamos entre los veinte y los treinta y pocos y el resto superaba en mucho la cuarentena. Era en este grupo donde estaba la mujer asiática, que estaba llevando bastante bien todo el asunto. Era la única que había sido separada de la familia. Las demás se quejaban de haber perdido algún amigo en la aventura, pero ninguna estaba demasiado traumatizada.

Cuando cayó la tarde, nos hicieron volver al barracón, donde nos esperaba una mujer alta y atractiva, que asistió sonriendo a nuestros gritos al ver sobre las camas diademas, pulseras y collares, hechos de cuentas brillantes y flores, verdaderamente primorosos.

- Bien, chicas – dijo dando una palmada -. Me llamo Tina y soy una portavoz – lo cual parecía ser un título o cargo en el grupo -. Ahora necesito que me prestéis atención un rato. No será largo, pero lo que os voy a explicar es importante para que vuestra estancia aquí sea lo más corta y agradable posible.

Entre bromas y risas, nos sentamos en las camas o en el suelo. Alguien exclamó que parecía una casa de colonias, y hubo más risas. Había sido como pasar el día en un balneario y salir por la tarde de compras con amigas. Todas estábamos más relajadas, como si empezáramos a aceptar un poco mejor la situación.

- Como ya habréis entendido, este mundo es muy distinto del que venís. Eso tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Os habréis fijado en que el aire es mucho más puro, los tejidos se oxigenan mejor, estamos todas más guapas y más jóvenes que en casa, ¿a que sí? – más risas y algún chiste, y Tina asintió sonriendo hasta que cedió el jolgorio-. Bueno, a lo que vamos. Esta noche, tras la cena, se os asignará a todos y cada uno de vosotros, un ángel guardián. A partir de ese momento, vuestra seguridad pasará a ser responsabilidad de vuestro guardián, hasta el punto de responder con su vida por ello.

Ángeles. Desde el día anterior nos habíamos ido cruzando con ellos por todas partes. Solían moverse en parejas, siempre en silencio, sin

dirigirnos ni una mirada a los recién llegados. Los que estaban en el campamento vestían unas camisetas que se abrochaban a los lados, con un diseño especial que dejaba las alas libres. Estas iban siempre plegadas, y aún así, eran unos apéndices magníficos. Nosotras sí que los mirábamos, con más o menos disimulo. Tenían un aspecto impresionante, y aunque no todos eran especialmente guapos, sí que tenían unas facciones marcadas, en general severas, que resultaban muy atractivas, incluso en los feos, o los que tenían alguna cicatriz o señal, que no eran los menos. O sea que cuando Tina dijo que tendríamos un ángel, algunas de las chicas, imbuidas supongo del espíritu de la casa de colonias, empezaron a cacarear que se pedían uno rubio, y de nuevo hubo risas, al menos hasta que notamos que "la portavoz" no sonreía. Isabel me miró y yo levanté por primera vez la voz y dije:

- ¿Qué son exactamente esos seres?

- Son hombres. Con algunos rasgos peculiares, pero hombres. Eso significa que tienen sentimientos, como los nuestros.

- Pero, ¡tienen alas! – exclamó una muchachita rubia que se empezaba a destacar como líder del grupo más joven, y sus amiguitas rieron la gracia aunque sin mucha convicción.

- Sí. Tienen alas, y tienen una fortaleza física superior a la de un hombre normal, pueden resistir hambre, sed y dolor a límites muy altos. Pero no son invulnerables.

Hizo una pausa y pareció que un viento gélido atravesara el cuarto. Ahora estaba seria y nos iba mirando una a una sin sonreír.

- No os voy a engañar. Si os habéis fijado en las torres y la empalizada, habréis podido sospechar que ahí fuera hay algo más que árboles y flores. Cuando emprendáis el viaje, deberéis seguir las indicaciones de vuestro jefe de expedición, y respetar todas las normas.

Si quería asustarnos, lo estaba consiguiendo, con ese tono tan serio y esa cara inexpresiva. Había desaparecido todo el buen rollo. ¿Qué venía ahora?

- Lo que intento deciros es que no va a ser fácil, pero que sería absurdo exponerse a peligros que se puedan evitar. Vuestro ángel no podrá ordenaros nada, pero todos sus consejos y advertencias irán dirigidos a velar por vuestra seguridad, por lo que os conmino a seguirlos. Vuestra seguridad es su responsabilidad y pueden y serán duramente castigados si por negligencia o imprudencia suya os veis en peligro.

- Esto pinta feo – cuchicheó Isabel -. Si nos ponen guardaespaldas, es que

el viaje va a ser terrible.

- ¿A qué tipo de peligros te estás refiriendo? – preguntó Loretta, una joven mexicana.

- Todo tipo de peligros. Desde fenómenos atmosféricos como lluvia de fuego, a ataques de depredadores desconocidos en vuestro mundo. También existen caravanas de ladrones de mujeres, que siempre están a la caza de hembras para sus burdeles del desierto, y... en fin, para qué preocuparos si lo que hemos de esperar es que todo vaya bien. Sólo... no os confiéis.

Pensé que todo aquello no podía ser más que una pesadilla, una alucinación, y escuché a una de las más mayores, Esther, comentar que lo estaba pintando de un modo que casi valía más la pena no moverse de allí.

- Si el camino es tan terrorífico, y pensando que si llegamos al dichoso valle, tal vez no se abra la puerta y que si se abre tal vez nos desintegremos o aparezcamos nadando en medio de un banco de tiburones, chica, no sé, a lo mejor el campamento no está mal del todo...

Nadie rió la broma, si lo era. El campamento era espantoso, y ni todas las aguas termales, ni las flores, ni la ropa, servían más que para distraer, por un ratito, la atención de esa realidad. Punto.

- Todo tiene sus ventajas y sus inconvenientes – dijo Tina de un modo vago -. Ahora, antes de que os empecéis a preparar para la cena, hay algo más que debo advertiros.

- ¿Más? – murmuré a Isabel con desaliento y ella hizo una mueca cómplice.

- Está terminantemente prohibido mantener relaciones sexuales con los ángeles.

Otro silencio, esta vez de pura sorpresa. Tina siguió hablando con tanta severidad que parecía que acababa de pillarnos revolcándonos con ellos.

- Romper esta regla supone para ellos un castigo inapelable: amputación del pene y las alas.

Las exclamaciones de espanto fueron unánimes.

- No es pena de muerte, pero pocos sobreviven, y creedme que para ellos es mejor morir que soportar una vida de lisiados.

- Por Dios, Tina, ¿pero eso sucede a menudo? – dijo alguien.

- No, a menudo no, pero sí sucede.

- ¿Y por qué no pueden tener relaciones con las mujeres... siempre que las mujeres quieran? – preguntó la rubita cabecilla de las jóvenes.

- Las normas no se cuestionan. Pero para tu información te diré que el embarazo de un ángel resulta inviable para una mujer. A las pocas semanas de gestación, el útero estalla provocando la muerte de la madre y el hijo, y no hay manera de evitarlo.

- Se pueden tener relaciones y no quedar embarazada – dijo, la enfermera del grupo, Pilar, con cierta suficiencia, como si pensara que aquellos salvajes carecían de métodos anticonceptivos de puro atrasados que estaban, pero Tina le dirigió una mirada fría que le hizo bajar los ojos.

- Lleváis pocas horas aquí, por lo que aún no sabéis que, igual que el aire, el agua y los alimentos son diferentes y nos afectan aquí de modo distinto, vuestro ciclo hormonal se va a ver transformado. No menstruaréis, pero seréis fértiles. La única manera de reconocer si estáis embarazadas será que os crezca la barriga, y para entonces, será demasiado tarde. Ningún método anticonceptivo es cien por cien fiable, por lo tanto, tener relaciones completas quebranta la norma esencial de protección de los extranjeros. Vuestros ángeles no se la saltarán... pero no se lo pongáis difícil.

- ¿Y si alguien se enamora de un ángel? – dijo la rubita, y Tina le dio un grito que la hizo retroceder.

- ¡No! He dicho que nadie se enamora ni se lía con un ángel, ¿ha quedado claro?

- ¿Qué le pasaría a una chica si rompiera esa norma?

Tina volvió a mirarnos de ese modo frío, paseando sus ojos de una en una.

- Nada. Lo vuelvo a decir: la primera norma es garantizar vuestra seguridad. Acostumbraros a ver en los ángeles simplemente a un guardaespaldas, un protector. Respetadlos. Respetad su trabajo y no os encariñéis con ellos. Tienen una vida a aparte de esta, ¿de acuerdo?

- Entonces, ¿existen "ángelas"? – dijo Isabel con curiosidad.

- Algo parecido... Pero se hace tarde y debéis prepararos para la cena.

Yo tenía una pregunta más, y como las chicas habían empezado a formar corrillos, seguí a Tina y la detuve en la puerta.

- ¿Puedo preguntarte una cosa? Alguna vez... ¿alguien ha preferido quedarse aquí a seguir el viaje?

- Sí.

- No lo puedo creer – murmuré para mí. Por muy bonito que se te viera el pelo, por mucho que mejorara la silueta, ¿cómo nadie podía elegir un mundo de pesadilla con hombres voladores, peligros sin fin, y castigos propios de la edad media?

- Este mundo es diferente, y eso es tanto bueno como malo – dijo y yo agité la cabeza confundida.

Echó a andar y de repente se volvió hacia mí.

- Lo sabrás tarde o temprano, o sea que qué importa que te lo diga ya.... Yo me quedé, yo llegué como tú, de nuestra dimensión.

- ¿Y por qué? – se me escapó, y temí que me encontrara grosera o maleducada al cuestionar sus motivos, pero se limitó a mirarme un segundo antes de responder.

- Porque en nuestro mundo, yo era ciega.

Me quedé tan impresionada que ni siquiera lo comenté con Isabel.

(sigue...)

Capítulo 3

La llegada (continuación)

Nos reunimos con los hombres de la expedición, que vivían en otro cobertizo, y tuvimos un rato para charlar y presentarnos antes de ocupar los bancos alrededor de la mesa y degustar otra cena extraña pero apetitosa.

Después de servir los postres, el portavoz anunció que iba a procederse a la ceremonia de protección. En una breve introducción nos informó de que los ángeles cuidarían de nuestra seguridad y bienestar, proporcionándonos alimentos y agua, así como cobijo, durante el largo viaje. En algunas ocasiones, nos servirían de transporte, ya que podían cargar con nosotros en caso de necesidad. Hizo referencia a la importancia de que respetáramos sus consejos, pero en ningún momento habló de las normas de castidad explicadas por Tina. Eso se quedaba para las chicas, por eso nos lo había contado de forma privada en el cobertizo. Nos hizo saber que aquello era la primera parte de una ceremonia en la que nos emparejaban con un ángel guardián a modo de prueba, y que antes de la partida de la expedición, al cabo de unos días, se llevaría acabo el emparejamiento definitivo.

A continuación, hombres y mujeres del campamento se pasearon ante las mesas con unos sacos de los que nosotros sacábamos al azar una pulsera de cuerda trenzada que atravesaba un pequeño hueso, El hueso tenía un signo marcado, el mío parecía la cifra romana XII, pero el de Isabel era una media luna.

Para cuando todos tuvimos nuestra pulsera, se había formado una larga hilera de ángeles frente al portavoz. Este tenía otro saco, del que los ángeles fueron sacando piedras redondas, planas, de color blanco, de más o menos un palmo. Las enseñaban al portavoz y luego al público. Los miembros del campamento pasaban entre nosotros buscando al propietario de una pulsera con el mismo signo de la piedra.

La media luna de Isabel la emparejó con un hombre enorme, de mirada taciturna, que se inclinó respetuosamente ante ella antes dar la vuelta y desaparecer. El portavoz anudó la cuerda a la muñeca de Isabel, y le dijo que el nombre de su ángel era Biorn.

La muchachita rubia se llamaba Carey, y era una inglesa de diecisiete años con pinta desaseada, largos cabellos rubios y lacios que le caían en desorden sobre el rostro, muy delgadita, y con unos ojos verdes de gato malo que no me inspiraban confianza. De repente, estábamos al final de la ceremonia, sólo quedamos ella, yo y dos hombres, y la mayoría de la

gente se había ido retirando.

- Oh por favor, por favor, que me toque el rubio alto....

Miré con curiosidad a los cuatro ángeles que esperaban su turno. Había dos rubios. Uno era algo más bajo, y de aspecto sólido, con largos bigotes rubios que le tapaban la boca.

Y el otro era... increíble.

Indudablemente, hubiera sido el hombre más guapo del mundo en nuestro mundo, pero también era el ángel más guapo entre los ángeles en el suyo. Le observé meter la mano en el saco, mientras hablaba en voz baja con el portavoz y ambos sonreían y pensé que no era mi tipo en absoluto. A mí me gustaban los hombres varonilmente feos, y este era varonil, sin duda, pero tan guapo que daba un poco de...respeto. Desde donde estaba situada, a unos cinco metros, podía apreciar perfectamente un cuerpo de escándalo, esbelto, fuerte, musculoso, de piernas muy largas y hombros anchos. Miré sus manos grandes, de dedos interminables, sujetando la piedra y mirándola con curiosidad. Incluso en la distancia, su rostro era llamativamente hermoso. Tenía los ojos muy claros (azules, supe después, desde esa distancia no se distinguía) sobre unos pómulos altos y marcados, la mandíbula bien definida y una sonrisa que era el toque final para convertirle en el sueño de cualquier campaña publicitaria de productos para hombre.

Enseñó su piedra y vi con incredulidad el XII claramente dibujado en su superficie. Uno de los hombres me dijo, “eres tú, muchacha, tu signo”, y avancé sintiendo que me quemaba la cara. ¿Ese iba a ser mi ángel guardián?

En mi mundo, yo era una “chica muy mona”, sí, tenía mi público y desde que el año anterior me había separado de mi marido, no me habían faltado los pretendientes.

Esbelta, delgada, con un cuerpo bien proporcionado que me hacía parecer más alta de lo que era, sabía sacar partido de mis armas, como utilizar mi largo cabello castaño para resaltar mis ojos, grandes y dorados, lo más bonito de mi físico, según decía mi ex marido cuando éramos novios.

En la nueva dimensión, la alteración de la percepción me había hecho sentirme realmente bien conmigo misma, pero en comparación con la belleza de mi ángel, me sentí como un pingajo insignificante mientras me acercaba hacia el portavoz.

- ¿Tu nombre, muchacha?

- Tess – dije muy bajo, pero no me hizo repetirlo.

Mientras anudaba mi pulsera me dijo que el nombre de mi guardián era Jako. Yo asentí, manteniendo baja la cabeza, como muy interesada en los nudos que hacía a mi cordoncillo. Cuando levanté los ojos, Jako se había ido.

Carey empezó a cotorrear sobre mi ángel y mi suerte en cuanto pisó el cobertizo, y no calló hasta que alguien le dijo que teníamos sueño. Aún así, estuvo dando aparatosos suspiros para hacer reír a su camarilla hasta que se durmió. A ella le había tocado Mac, el otro ángel rubio, que, "no estaba mal, pero chicas, el de Tess sí que viene directo del paraíso…"

- ¿De veras es tan guapo? – escuché susurrar a Isabel en la oscuridad.

- Creo que sí, pero se fue tan rápido que no pude verle de cerca.

- A mí me ha encantado que el mío sea lo opuesto a Jorge, mi marido.

Empezamos a hablar por primera vez de temas más personales, y para no molestar a nadie con nuestros cuchicheos, pero sobre todo, porque no queríamos compartir nuestras confidencias con las otras, fuimos a sentarnos al porche del cobertizo, envueltas en nuestras mantas.

Le hablé de mi matrimonio. Me había casado a los veinticuatro años con mi primer y único novio, un buen chico casi diez años mayor. En un año había tenido claro que era un error, pero me había costado dos más romper con todo. Adolfo era un buen hombre, sí, pero no lo que yo necesitaba. Deseaba vivir mucho y rápido, antes de atarme a la casa y los hijos, y él me había planteado un futuro inmediato con niños, hipotecas, ahorros, casa en la playa, piso en la ciudad y no salirse nunca de ahí. A los veintisiete estaba legalmente separada. Pasé unos meses malos, con Adolfo insistiéndome en que volviera, y desde entonces había tenido un par de aventuras tontas, solo por probarme a mí misma que seguía siendo joven y atractiva. Trabajaba como diseñadora con una firma importante de alta costura, y estaba empezando a adquirir nombre dentro de la empresa. Un gran futuro...si no fuera porque en vez del salto a la fama, lo acababa de dar a otra dimensión.

La vida matrimonial de Isa era un infierno, con un marido rico, que la había obligado a dejar su trabajo en un laboratorio para dedicarse a esperarle en casa, y que la maltrataba física y psicológicamente mientras le daba todo tipo de lujos. "Soy una mujer florero, fíjate", se burlaba, cuando de repente escuchamos con claridad un ruido susurrante.

- ¿Qué es eso? – murmuré mirando con aprensión las sombras.

No nos dio tiempo ni a levantarnos, cuando dos enormes ángeles cayeron del cielo sobre los matorrales cercanos. Se escuchó algo como un ladrido, y ruido de escaramuza, seguido de un silencio que nos pareció amenazador.

Mi ángel y el de Isa aparecieron tan bruscamente ante nosotras, que a mí se me escapó un pequeño grito.

- Tranquilas. Está arreglado. Pero deberíais entrar, hay luna nueva y los merodeadores aprovechan para colarse en el campamento – dijo su ángel.

- Estaréis mejor dentro – dijo Jako señalando la puerta con un gesto amable.

- ¿Qué son merodeadores? – preguntó Isabel sin moverse.

- Vienen a robar. Comida, agua, leña, gente – dijo Biorn encogiéndose de hombros como para que no le diéramos importancia.

Tiré del brazo de mi compañera, pero antes de entrar me volví hacia ellos para darles las gracias. Ambos inclinaron la cabeza, y esperaron sin moverse hasta que la puerta se cerró tras nosotras.

- Nos estaban vigilando – murmuró Isa mientras nos acostábamos -. Supongo que debería añadir que ha sido una suerte, pero no sé si me gusta la idea.

- Lo sé – asentí -. Ha sido un poco…sobrecogedor.

Un silencio, y su voz divertida.

- ¿Sabes, Tess? Sí que está buenísimo, tu ángel.

Me eché a reír.

¿Cómo sería un merodeador?

A la mañana siguiente, el desayuno y el paso por la cueva de los baños, fue rápido. Nos dividieron en tres grupos y salimos por una pequeña puerta de la empalizada posterior. Los grupos tomaron distintos caminos, pero nuestro portavoz, que era Tina, nos dijo que todos íbamos a la explanada del acantilado. En mi grupo, por suerte, estaba Isa, y por mala suerte, Carey y Esther, que no me eran especialmente simpáticas. Se

completaba con dos hombres, un italiano bajito y encantador, Alessandro, y Mike, un marine retirado, bastante hosco, que permaneció callado tras mascullar un buenos días.

La explanada era una extensión de hierba que acababa en los más descomunales acantilados. Eran tan altos, que en algunas partes no veías el fondo, aunque si prestabas atención, el ruido de las rompientes era inconfundible.

La explanada formaba un semicírculo y, aguzando la vista, se alcanzaba a ver, en la distancia, a los otros dos grupos como si estuviéramos en la semiesfera de un reloj y cada uno estuviera en uno de los cuartos.

De repente se escuchó el ya habitual ruido de alas, y el cielo se cubrió con la sombra de los hombres voladores, que se repartieron como pájaros en formación, para ir hacia los diferentes grupos.

Siempre era un espectáculo verlos aparecer y aterrizar, y maravillaba la aparente sencillez con que sus alas se plegaban a su espalda.

Eran seis ángeles, uno por cada persona del grupo. Busqué a Jako con disimulo, pero me estaba mirando y me pilló. No sonrió, y yo no supe si era correcto hacer algún gesto de saludo, así que desvié los ojos sin más.

Tina nos explicó que nosotros seis constituíamos el grupo número dos en la expedición. Que estábamos allí para practicar algo que llamó estrategias de supervivencia, la principal de las cuales era establecer una relación de total confianza con nuestro ángel. Para ello, empezaríamos por volar con ellos.

Esther fue la primera en salir del asombro y decir que bajo ningún concepto volaría con nadie. Los demás callamos, aunque nadie estaba mucho más entusiasmado que ella.

- Escucha, querida – dijo Tina con suavidad -. Camino del valle, encontraremos desniveles de terreno volcánico, muy difícil de atravesar a pie. Subiremos colinas y más colinas hasta que os sangren los pies, y no podremos detenernos, a riesgo de morir congelados. Pero no es sólo cuestión de resistencia, o de poder coger atajos sobrevolando precipicios. A lo largo del camino caerá el invierno, estación de caza para muchas tribus. A veces tendremos que escapar de sus ataques. Y darás gracias por poder volar.

Se volvió hacia el resto de nosotros y dijo:

- Quien no vuele, no viene con el grupo. Puede quedarse o elegir seguir

su propia ruta, se le abastecerá de un plano y provisiones.

Tras esperar en silencio un minuto muy largo, suspiró y dijo:

- Creedme, sé que suena demencial. Sé que no es fácil. Pero os sorprenderéis de lo rápido que sois capaces de adaptaros.

Posiblemente, la opción B había provocado un shock todavía mayor al de la idea de volar, o sea que nadie protestó cuando los ángeles se acercaron a nosotros.

- Haremos un pequeño ejercicio de toma de contacto. Nos vemos aquí dentro de un rato. Disfrutad de la experiencia – dijo con la primera sonrisa amable del día.

- Hola – dijo Jako.

Levanté la cara hacia él. Le llegaba apenas al hombro, y era tan grande como alto.

- Hola.

- Daremos una vuelta corta. Tienes que ponerte esto – una especie de arnés -, que se abrocha al mío. A partir de ahora, siempre debes llevarlo puesto.

- De acuerdo – colé mis brazos por la pieza hecha de cuerdas trenzadas, sin protestar ni preguntar. Si había que hacerlo, no iba a hacerme la difícil. Jako tenía una voz agradable, y hablaba en un tono bajo que la hacía tranquilizadora.

Me ayudó a colocarlo recto sobre mis hombros, y admiré de cerca sus manos grandes de largos dedos.

- ¿Prefieres de frente o de espaldas?

- ¿Cómo? – balbucí despistada.

- Podemos volar cara a cara o dándome la espalda. Verás mejor el paisaje…. Pero no te lo recomiendo para esta primera vez.

- Tú mandas, de frente entonces.

Enganchó la argolla de la cintura de mi arnés a la suya y se inclinó un poco hacia mí.

- ¿Preparada?

- Supongo.

- Pon las manos en mis hombros, como si fuéramos a bailar.

Tiró de la cincha del arnés y nuestros cuerpos se aproximaron hasta tocarse. Rodeando mi cintura con su brazo dijo:

- Vamos allá.

Y de repente, estábamos en el aire.

Alguna vez, viendo volar una cometa, había tratado de imaginar cómo sería ir colgada de una de ellas. Uno de mis amigos practicaba parapente, y me había tentado acompañarle, sin acabar de decidirme nunca. Ahora, estaba volando. Prendida del cuerpo de un hombre con alas, era una sensación extraña. No pude evitar asirme asustada a sus hombros al perder mis pies contacto con el suelo, pero aunque el arnés no inspiraba la menor confianza, su brazo sí lo hacía. Al volar lo hacíamos paralelos al suelo, pero al detenerse, como ahora, permanecíamos en vertical, como colgando de pie de la nada.

- No podemos caernos – escuché su voz y me di cuenta de que llevaba todo el tiempo con los ojos cerrados.

Para mantenerse quieto en el aire, aleteaba suavemente, lo que transfería a todos sus músculos una especie de leve vibración. La sensación para mí, era extraordinariamente relajante, como si me acunaran, y me dejé ir contra él sin pensarlo.

- ¿Todo bien?

- Yo creo que sí.

¿Tendrían prohibido sonreír? Pero yo le había visto bromear la noche anterior cuando sacó la piedra en el sorteo. Pensé que a lo mejor yo no le era especialmente simpática. Miré hacia abajo. Estábamos a unos diez metros del suelo. Vi que no todos mis compañeros se habían arriesgado como yo. Esther seguía en tierra, y Mike también.

- ¿Te atreves a volar un rato? – escuché a Jako - ¿O es suficiente por hoy?

- Me siento bien – dije, sin atreverme a añadir que me estaba encantando la experiencia.

- Iremos despacito, no te preocupes.

Sobrevolamos la llanura. Al ir de frente a él, no me distraía el paisaje, y me dejé llevar por la sensación de ingravidez. Me dijo que rodeara uno de sus tobillos con mis pies, para permanecer en horizontal, porque me dolería la cintura si dejaba colgar las piernas. Su brazo me mantenía firmemente pegada a su cuerpo, quitándome cualquier temor. Me hacía sentir que nunca podría caerme. Cuando me dejó en el suelo, Tina se acercó en seguida a preguntar cómo había ido.

- Fantástico – reconocí, mientras Jako soltaba la anilla del arnés.

- Bueno, me encanta ese entusiasmo – dijo, y la miré sorprendida por el tono, algo seco, pero ella me sonrió, y añadí:

– Ha sido absolutamente…mágico. No hubiera bajado nunca.

El hombre volador me miró con su habitual expresión amable y neutra y dijo:

- Ha sido muy valiente. No dudó ni un momento.

Me sonrojé complacida.

- No sabes cómo me alegro – dijo Tina, esta vez más sinceramente, mientras Esther era elevada hacia el cielo en medio de chillidos de pánico.

Los gritos se fueron suavizando al poco, y pensé que Esther debía estar sintiendo el efecto relajante de la vibración de las alas, colgada de los hombros de su ángel.

Mike se negó a colaborar. Tina no insistió. Volvimos al campamento a la hora de comer. Inesperadamente, los hombres voladores se sentaron con nosotros, integrándose en el grupo, contestando a las preguntas que algunos, sobre todo los chicos, les hacían.

Por la tarde fuimos al bosque y nos dieron una clase práctica para distinguir las hierbas comestibles de las peligrosas. Fue un paseo relajado y divertido, aunque cada vez se hacía más evidente que aquel mundo no era un sitio fácil donde vivir.

La cena de esa noche fue especialmente agradable. Algunos de los ángeles se mostraron conversadores y realmente simpáticos, favoreciendo un ambiente de compañerismo y de risas, aunque la mayoría, entre ellos Jako, seguían mostrando una discreta distancia, no carente de amabilidad. De vuelta al cobertizo, hubo comentarios para todos los gustos, porque aunque todas, incluida Esther, estábamos encantadas de las aventuras del

día, algunas querían darle el toquecillo picante al asunto. Carey fue la primera en empezar a explicar la sensación que había experimentado en los brazos de "su chico".

- Tess, te envidiaba al guapo, pero dudo que pueda ser tan sexy como Mac… Ha sido escalofriante, os lo juro, tiene unos músculos, unos brazos…. Me apretaba mucho al volar, y tías, tiene un pedazo de cuerpo, y ….

Yo escondí la cabeza bajo las mantas y bostecé que estaba rendida, y me negué a entrar en el juego. Primero, porque no tenía nada que decir, me había encantado volar con Jako, pero de un modo que tenía más que ver con la magia que con el sexo, y eso no pensaba discutirlo. Y en segundo lugar, aunque hubiera sido tan "escalofriante" como decía la boba aquella, ¿no nos habían advertido seriamente sobre mantenerse alejadas en ese sentido? ¿En qué ayudaba a la relación con los hombres voladores que jugáramos a "quién es más sexy" o "quién me excita más"?

Los días siguientes seguimos una especie de entrenamiento de supervivencia.

Caminábamos muchos kilómetros, volábamos cada vez más alto y más lejos con nuestros ángeles, y hacíamos pequeñas competiciones entre nosotros. Estas competiciones tenían una recompensa: doble postre a la hora de comer, algo de ropa nueva, cigarrillos para los fumadores…. y se convertían entre bromas y veras en verdaderas luchas, a veces separados en grupos, y otras de forma individual, cada uno con su ángel, contra el resto. En nuestro grupo, las jovencitas eran las más competitivas. La presencia masculina era más bien pobre: Mike seguía resistiéndose a integrarse y casi nunca participaba, y Alessandro no era exactamente un deportista nato. Pero estaban los ángeles.

Los hombres voladores iban a muerte en cualquier competición, y hacían los enfrentamientos realmente interesantes, obligándonos a todos a dar lo mejor. Era el único momento en que podía ver a Jako sonreír y hasta reír a carcajadas, y sólo por eso, el espectáculo ya valía la pena. Mi ángel era un tipo particular, y si algo le caracterizaba era el estar pendiente de mí sin que yo fuera consciente de ello, es decir, sin resultar importuno o pesado. Era serio y cortés y punto final. Creía que no le era especialmente simpática y procuraba mantenerme lo más alejada posible, para que no se viera obligado a ser amable, conversador o piropeador, como algunos de sus compañeros. Por ejemplo, Mac, el ángel de Carey, era el alma de las reuniones, y no tenía reparo en convertirla en la reina de la fiesta. El mismo Biorn era muy simpático, pero Isabel estaba a ratos harta de tenerle rondando a su alrededor. Jako y yo manteníamos una relación cordial y educada; yo no tenía queja pero tampoco estaba demasiado impresionada por él ni por los demás, y estaba segura de que la situación de mis compañeros era similar. Una vez pasado el primer impacto, hasta

lo de volar nos parecía lo más natural del mundo. Hasta que una tarde pasó lo de Mike.

Caminábamos por el bosque formando un grupo algo disperso de unas veinte personas. Esther era la encargada de decidir la ruta, siguiendo la posición del sol, pero se desviaba continuamente, obligando a Geor, su ángel, a intervenir. Era el ángel grandote de la cicatriz en la mejilla, que me era especialmente simpático porque se preocupaba de cohesionar el grupo y hacernos participar a todos en las actividades. Jako y Biorn no estaban a la vista, pero yo sabía que no andarían lejos.

Vi un nogal de nueces de color rojo, que tenían un sabor ahumado delicioso, y me retrasé un poco para coger unas cuantas. A los lejos en el camino, vi acercarse a Mike. El exmarine no tenía un buen día y lo estaba pagando con todos, y en especial con su hombre volador, que se llamaba Tot y había estado aguantando impertinencia tras impertinencia, hasta que aceptó el ladrido de Mike , "¿por qué no desapareces?". Desde entonces, era invisible, aunque yo estaba segura de que, al igual que los otros, no le perdía de vista.

Eché a andar siguiendo al grupo. No quería compartir camino con él, y arriesgarme a sus gruñidos. Las nueces tenían una cáscara blanda que se partía con facilidad, y me abstraje abriendo algunas cuando escuché la voz de Mike y sus pasos acercándose a toda velocidad.

- ¡Corre, chica! ¡Corre!

Me volví sorprendida. El hombre venía corriendo como una locomotora, seguido de cerca por un ser grande y de movimientos torpes. Ante mi atónita mirada, alargó unos interminables brazos extremadamente flacos y emitió un aullido que me hizo dar un grito. En ese mismo momento, Tot apareció tras el monstruo, agarrándolo con fuerza suficiente como para levantarlo del suelo. Entonces Mike cometió un error: se volvió hacia su agresor.

- ¡Vete! – gritó Tot, que contenía al monstruo con dificultad.

- Hijo de puta – musitó Mike sin escucharle y lanzó un puñetazo a su perseguidor.

El brazo del bicho salió disparado como un muelle y su mano alcanzó el cuello de Mike. Creí que iba a estrangularlo, pero lo que hizo fue atravesarle con unas uñas afiladas como cuchillas. Mike se llevó las manos al cuello intentando detener la hemorragia que brotaba como un manantial, pero en pocos segundos cayó al suelo en medio de horribles

estertores, ahogándose en su propia sangre.

El monstruo forcejeaba ahora con Tot, entre gruñidos espantosos. El hombre volador intentaba estrangularle, con el brazo rodeando el cuello del bicho, pero este utilizaba sus largos brazos para alcanzarle con terribles arañazos. De repente bajó la cara hacia el antebrazo de Tot y le propinó un mordisco brutal. Vi incrédula como arrancaba un gran trozo de carne del ángel, que colgaba del brazo por los restos de algo que podía ser fascia muscular. El lazo de Tot perdió fuerza, y el monstruo aprovechó para soltarse.

- ¡Déjale!

Era yo quién había gritado. Me quedé paralizada un segundo por mi propia audacia, mientras el monstruo volvía hacia mí unos ojillos malignos en medio de lo que parecía una masa de pizza de color negro. Tot intentó agarrarle de nuevo, pero estaba malherido, y no pudo defenderse cuando el otro disparó sus brazos como aspas de molino. Salí de mi trance. Lo iba a destrozar, lo estaba cortando como una picadora de carne, y empecé a lanzarle todas las piedras que había a mi alrededor. Una le alcanzó en la cabeza y dio un pequeño aullido. Tot acababa de caer al suelo y el bicho se volvió de nuevo hacia mí. Su cuerpo era similar al de un hombre obeso, con una barriga fofa y pendular, pero tenía unas pequeñas alas negras a la espalda. Así como sus brazos eran desproporcionadamente largos, sus piernecillas eran flacas y cortas, acabadas en grandes pies. Estaba desnudo y entre las piernas le colgaba un miembro largo y fino, en clara erección. “Esto no es real”, me dije a mí misma. Pero algo lo hacía muy real: el olor. Aquel ser apestaba, olía a excrementos, a patatas podridas. Dio un saltito y yo retrocedí sin dejar de apedrearle. Dios, ¿me estaba sonriendo?

En ese momento, Jako y Geor se materializaron a mi lado. El monstruo se detuvo y aulló. Fue un sonido gutural y horrible. Los dos ángeles le rodeaban ahora, moviéndose en círculo, fuera del alcance de los zarpazos que les lanzaba. Yo corrí hacia Tot. Estaba inconsciente y cubierto de sangre, pero vivo. Lo peor parecía un corte que cruzaba su garganta, e intenté parar la hemorragia comprimiendo mi chaqueta contra la herida. Oí chillar al monstruo y cuando me volví, Jako venía hacia mí y el monstruo yacía en el suelo. Se arrodilló a mi lado. Levanté los ojos hacía él, y fui consciente de mis lágrimas porque le veía borroso.

- Se está desangrando, Jako, hay que llevarlo al campamento, ¿hay médicos allí? Sé que uno de los pasajeros, Alan, es cirujano, buscadle, a lo mejor puede…

- Tess, no hay tiempo. Ven conmigo.

- ¿Qué?

- No tardarán en llegar más merodeadores. Nunca cazan solos. Tenemos que llevaros al campamento, algo más allá hay un claro desde el que podemos volar…

Geor estaba examinando a Mike. Vio que le miraba y negó con la cabeza: nada que hacer. Pero Tot estaba vivo, y había arriesgado su vida por salvarnos. Y quizá porque yo estaba en estado de shock no era capaz de calibrar el riesgo, pero miré a Geor y Jako y dije con absoluta firmeza:

- Llevadle al campamento. No voy a moverme de aquí, no vamos a abandonarle.

Geor se había acercado. Habló despacio, con suavidad.

- Tess, si Tot estuviera consciente, él mismo te diría que te fueras. No podemos arriesgar tu seguridad.

- Me iré con Jako si tú le llevas al campamento.

- No. Debemos estar todos para poder defender al grupo del ataque de los merodeadores.

- Geor. No voy a moverme de aquí si no me prometes que le llevas.

- De acuerdo – interrumpió Jako de repente -. Llévatelo, y avisa en el campamento, puede que necesitemos ayuda, no sabemos lo grande que es su grupo. Y ahora, ven aquí.

Tiró de mi mano y corrimos camino adelante, no estaban muy lejos. Los ángeles formaban un círculo en el centro del cual se hallaban mis compañeros. Estaban muertos de miedo, y verme llegar llena de sangre no los tranquilizó.

- ¿Qué ha pasado? – preguntó Isabel corriendo a mi encuentro -. ¿Estás bien?

- Una cosa…un bicho… uno de esos merodeadores. Mató a Mike y ha dejado malherido a Tot.

- ¿Y tú…?

- No, estoy bien, es sangre de Tot.

- Esto no puede estar pasando – gimió Esther, y estuve a punto de decirle

que estaba de acuerdo, era una alucinación, no podía haber pasado.

- ¡Cerrar el círculo! – ordenó uno de los hombres voladores, y de repente nos vimos encerrados en un círculo de alas abiertas que formaban los ángeles, dándonos la espalda, estrechamente apretados para no dejar una rendija entre ellos.

Esther gimió en voz alta y Carey se echó a llorar.

- Cogeros de las manos – dije sin pensar y todos nos asimos de la mano, haciendo un pequeño círculo dentro del círculo exterior, apretando con fuerza los dedos del compañero.

- Seguro que esto es algo habitual aquí, no va a pasar nada – dijo Alessandro con la voz poco firme, pero yo agradecí su intento y añadí:

- He visto cómo acababan con el que atacó a Tot y Mike, nuestros ángeles saben defenderse y defendernos.

Algunas sonrisas tímidas respondieron a mis palabras, pero de repente, los aullidos nos helaron a todos la sangre en las venas. En respuesta, nuestros ángeles empezaron a agitar las alas. Rozaban unas con otras, emitiendo un ruido sordo, amenazador, y levantando tanto polvo que tuvimos que soltarnos las manos para taparnos la nariz y la boca lo mejor que pudimos. Era terrible no saber lo que pasaba fuera. En medio del fragor del aleteo, se escuchaban gruñidos y aullidos. Yo pensaba en las garras del monstruo y me daba horror imaginar las heridas que podían infligir a nuestros defensores. Tras un rato que se me hizo eterno, el aleteo empezó a disminuir, y el círculo se abrió. Mientras el polvo se posaba, no vimos nada. Luego empezaron las exclamaciones de horror. Al menos una docena de merodeadores agonizaban ante nuestros ojos. Y lo peor de todo era ese hedor. Esther trastabilló y Carey y yo la sujetamos antes de que cayera al suelo, medio desvanecida, pero los ángeles no nos dieron tiempo para nada.

- Rápido, rápido, volamos ya.

Cada uno teníamos a nuestro ángel delante, obligándonos a cogernos a sus hombros, sujetando el anclaje de los arneses con movimientos automáticos, y elevándose rápidamente, sin los miramientos de los ensayos previos. Vi que Mac sujetaba a su arnés a la palidísima Esther y a Carey, porque Geor aún no había vuelto, y se elevaba con las dos.

Al cogerme a Jako mis manos se llenaron una vez más de sangre caliente, pero había visto demasiadas cosas ese día para sufrir un vahído tipo Esther.

- Estás herido – murmuré y levanté los ojos hacia él.

- Estoy bien. Un par de arañazos – y me deslumbró con una sonrisa y un guiño -. ¿Lista?

- Oh…. Claro, sí - y ascendimos deprisa sin el suave aleteo previo habitual.

Pero yo estaba demasiado asombrada para echarlo de menos. Era la primera vez que me sonreía, y desde luego, nunca se había permitido algo tan próximo como un guiño. Y las sorpresas no acababan ahí. Nunca me había hablado mientras volábamos… hasta ese momento.

- Eres una chica valiente. Me dejaste anonadado cuando te vimos lanzar las piedras.

- No tiene mérito, lo hice sin pensar – murmuré sonrojada.

- Claro que tiene mérito. Igual que lo que hiciste por Tot.

- Se ha jugado la vida por Mike y por mí, ¿cómo íbamos a dejarle allí?

- Cumplía con su deber.

Busqué sus ojos otra vez y antes de que pudiera abrir la boca me sonrió y dijo:

- Gracias. Gracias, Tess.

- Gracias a vosotros, Jako – hubo un silencio y pregunté -, ¿de verdad estás bien? Sangras mucho.

- De verdad. Sujétate fuerte, hoy no es un simulacro.

Tot estaba muy grave. Alan, el cirujano, había hecho todo lo posible, pero no contaba más que con el rudimental instrumental del campamento, sin asepsia ni cobertura antibiótica posible. Más tarde, los ángeles recuperaron el cuerpo de Mike y se celebró una pequeña y rápida ceremonia antes de incinerarlo en una pira de leña. La cena se sirvió en los cobertizos. Se había montado un cuerpo de vigilancia alrededor del campamento, y la sensación de tensión era tan fuerte que apenas nos atrevíamos a hablar entre nosotros.

Pregunté a Tina cómo estaba Jako, y me aseguró que estaban cuidando de él, y que se restablecería pronto. Eso me sonó terriblemente grave de repente, y pensé que debía estar mucho peor de lo que me había dejado creer a mí, mostrándose tan tranquilo durante el vuelo de vuelta. Volví al cobertizo hecha papilla, y encontré a mis compañeras tan llorosas como yo. Isabel quiso tranquilizarme, había estado con Biorn, le había preguntado por los heridos, nadie estaba en peligro de muerte…

Pasé la noche entre pesadillas. Varias veces me despertaron los aullidos, sin que supiera si formaban parte de mis sueños o del mundo real. A la hora del desayuno, los ánimos habían mejorado apenas. Todos teníamos cara de cansancio y pocas ganas de hablar. Me serví un zumo y me senté a la mesa, esperando a Isa, que había ido a buscar fruta. De repente, escuché una voz a mi espalda, y alguien se inclinó sobre mi hombro.

- ¿Cómo está la chica más valiente del mundo?

- ¡Jako!

Me tapé la cara para que no viera mis lágrimas. Dios, qué alivio, estaba vivo y con ganas de bromear. Escuché su risa mientras me rodeaba los hombros con un brazo, estrechándome suavecito.

- Tot esta mejor, está consciente, ha bebido agua. Alan dice que se está recuperando.

- ¡Cómo me alegro! ¿Y tú? Tina me dijo que…

- Yo estoy perfectamente, Tess, ¿pero es que lo dudaste en algún momento?

Cuando un rato más tarde, Tina dijo que haríamos prácticas de vuelo, utilizando la plazoleta central, noté al sujetar mi arnés, que Jako llevaba un vendaje bajo la camiseta, pero ninguno de los dos hizo alusión a ello.

- Bueno, después de lo de ayer, podemos darle un poco de emoción al vuelo sin miedo a traumatizarte.

Le miré con prevención y se mordió los labios para no reír. ¿Cómo se podía ser tan guapo? No se había afeitado, y una sombra de barba más oscura que su cabello, sombreaba sus mejillas.

- ¿Confías en mí? – dijo suavemente

- Sí – contesté sin dudar y volvió a sonreír ampliamente.

- Entonces, vamos allá.

Sobrevolamos el campamento y el bosque, camino de los acantilados. La orden de Tina era no tocar tierra en ningún momento. En el aire estábamos seguros. Ese día, nuestro vuelo fue especial. Aunque no me lo dijo, entendí que era su manera de darme las gracias porque su compañero estaba vivo. Volamos sobre las olas rompientes, tan bajo, que la espuma nos salpicaba. Me llevó a ver los nidos de unos amistosos pájaros de colores vivos, similares a loros pero mucho más grandes, y se rió a carcajadas, incrédulo, cuando le hablé de que en mi mundo, había pájaros que podían hablar. Entre las rocas, en la parte baja de los acantilados, crecían unos frutos verde esmeralda, que sabían deliciosos, picantes e intensos, de gusto indescriptible, y unas flores color púrpura que olían a la brisa del mar. Jugamos a volar muy alto y caer en picado hasta casi tocar el agua, caer hasta que yo gritaba, "¡basta!", con el corazón disparado, cogida con tanta fuerza a sus hombros que me dolían las manos.

Cuando volvimos al campamento, tenía perfectamente claro que mi hombre volador, aunque herido, estaba en plena forma. Y que nuestra relación había dado un giro radical.

(sigue...)

Capítulo 4

La llegada (continuación)

Esa noche volvimos a reunirnos todos para cenar. Al final se sirvieron unas frutas color rosa que tenían propiedades sedantes. El portavoz se levantó para aconsejarnos a todos los miembros de la expedición que las comiéramos, al día siguiente se celebraría la ceremonia de emparejamiento definitivo, con pruebas para determinar quién sería nuestro ángel guardián durante el viaje. Me fui a dormir pensando qué pasaría si me "cambiaban de ángel". En aquellos días había llegado a conocer a todos los hombres voladores, en especial a los de nuestro grupo, y tenía que reconocer que todos parecían dignos de confianza. Pero si me preguntaban si quería cambiar a Jako, no dudaría en decir que no.

A la mañana siguiente, Tina nos despertó temprano, hicimos un rápido paso por la cueva de los baños y nos condujo a la plazoleta central, donde el portavoz nos esperaba con los chicos.

- Buenos días a todos. Antes de empezar estas pruebas, ¿hay alguien que no quiera seguir con su guardián actual?

El silencio no se rompió, y pensé que aquella ceremonia sería puramente simbólica.

A partir de ahí estuvimos un rato contestando preguntas absurdas sobre nuestros gustos, que una especie de jurado de cinco personas siguió con aparente interés. Tina y el portavoz eran los encargados de dirigir las diferentes partes de aquel pintoresco despropósito. Luego nos sirvieron bebidas, y el jurado se fue por una media hora. Al volver, se dirigieron a nosotros uno por uno preguntándonos otra vez si estábamos seguros de no querer cambiar al guardián. Nos llamaban a la mesa, alejada del grupo, para mantener la privacidad.

- Bien, Tess, ¿estás segura de querer mantener a tu ángel guardián? – me dijo Tina.

- Sí, estoy segura.

- ¿Por qué contestas tan rápido? Date unos minutos, reflexiona.

La miré sin comprender.

- Escucha Tess, el viaje es largo y peligroso, puedes quedar en algún momento aislada del grupo. Sólo le tendrás a él.

- Tina, ya he estado en situación de riesgo y me ha defendido sin importarle poner en peligro su vida. Me ha demostrado ser capaz de dejarse matar por mí, ¿qué más puedo pedir a un ángel guardián?

- El es un hombre muy atractivo. Ha tenido problemas, ¿lo sabes?

-¿Problemas de qué tipo?

Los miré uno a uno, pero todos eran hombres menos Tina, y quizá por eso la miraban a ella, dejándola tomar el mando.

- Una chica le acusó de abusar de ella.

Callé, ¿qué podía contestar? ¿Qué no lo creía?

- ¿Qué opinas de eso?

Aquello era absurdo. Si hubiera abusado de alguien, ¿seguiría haciendo de guardián de las expediciones? Obviamente no. Pero si era una especie de juego, no me quedaba otra que jugarlo.

- ¿Se demostró que fuera cierto? - pregunté.

- No – y ahora era el portavoz el que hablaba -. Pero fue una situación muy desagradable para todos.

- Especialmente para él – escuché a Tina y la miré con sorpresa, por su tono amargo -. Lo mismo que os preguntamos a vosotros hoy, se lo estuvimos preguntando a ellos ayer. Sólo uno de los ángeles pidió ser relevado, y por problemas de capacidad, resultó malherido en un enfrentamiento hace unos meses, y no se siente al cien por cien para emprender una expedición. No, no es ninguno de los de tu grupo – me interrumpió, antes de que pudiera ni abrir la boca -. Jako dijo que su relación contigo era buena y que, si tú no decides otra cosa, seguirá en su puesto.

- Yo tampoco quiero cambiar.

Pensé si habría sido mejor mantener la actitud distante con Jako, si el pequeño tribunal estaría mejor predispuesto a mantener a mi hombre volador conmigo si la aventura con los merodeadores no nos hubiera aproximado. Pero por muchas vueltas que le daba, no encontraba en nuestra actitud nada que pudiera hacerles sospechar que nuestra relación podía ser sospechosamente estrecha. Miré a Tina a la cara. "¿Qué crees? ¿Qué si le dejas conmigo me lo tiraré sin pensarlo dos veces?", pensé sin simpatía. Por favor, había arriesgado la vida por mí y mis compañeros, y estaba dispuesto a seguir haciéndolo en los largos meses de la expedición. ¿Quién podía pensar en ponerle en el riesgo de ser mutilado de modo

bárbaro?

- De acuerdo. No quieres cambiar. Ahora dinos, ¿confías plenamente en él?

Estaba perpleja, pero si hice una pausa fue para que no me acusara de precipitarme.

- Sí.

- Eso es todo, Tess. Vuelve con los otros.

Estas entrevistas personales, llevaron bastante rato, y cuando empezaron a distribuir las mesas para comer, pensé que habíamos acabado. Por eso vi con sorpresa que nos dividían en los tres grupos habituales y, guiados por tres portavoces, nos dirigíamos al bosque.

- Supongo que saben lo que hacen – cuchicheó Isa -. No habíamos vuelto a salir desde el ataque de los bichos.

- Pues yo he dicho que confío en Jako, pero para nada me creo protegida por Tina y los otros.

- Y menudo tercer grado me han hecho –suspiró - . Y de lo más indiscreto: si estoy casada, si soy feliz en mi matrimonio, si le engañaría con otro… Supongo que temen que salte sobre Biorn en cuanto nos veamos solos. ¿Ha sido igual contigo?

- No exactamente, pero sí, tercer grado total, y tengo la misma impresión, no se fían un pelo de que no intente seducir a Jako.

Camino del acantilado nos llevaron a una cueva que no conocíamos. Y allí empezó lo peor: de uno en uno nos venían a buscar, y ninguno de los que se iba, regresaba. Isa fue de las primeras, y Esther y yo estuvimos intentando mantener una conversación tranquila con regular éxito, hasta que me llamaron a mí. Caminé con Tina por un sendero entre la maleza. Las dos guardábamos silencio, yo pensaba que no merecía tanta desconfianza por su parte, pero de qué iba a servir darle mi opinión sobre todo lo que estaba pasando esa mañana. Seguíamos sin duda una especie de ritual y no iban a cambiarlo por mucho que yo protestara. Bien, ahí estaba el portavoz y el resto de los jurados o lo que diablos fueran. Tras ellos, el terreno acababa abruptamente y el acantilado rompía la montaña con sus picos sobre el mar.

- Tess, has dicho que confías en que tu ángel guardián, Jako, puede cuidar de ti y lo hará durante todo el viaje. Eso significa que crees que está

capacitado para responder en situaciones extremas, de modo rápido y efectivo…

Escuchaba el discurso con una terrible sensación de irrealidad. Todas aquellas caras severas fijas en mí… ¿qué venía ahora?

- Bien, si quieres conservar a tu ángel, demuestra tu confianza en él.

El grupo se abrió dejando un amplio camino hacia el acantilado.

- Salta – dijo Tina.

- ¿Qué? – se me escapó atónita.

- Lo has oído. Salta.

- Pero qué…

- Confía en tu ángel.

- Esto es absurdo, ¡si ni siquiera está aquí!

- Tess, si quieres conservar a tu ángel debes confiar en él ciegamente. Si no, buscaremos otro con el que te sientas perfectamente identificada.

Iba a decir que podían intentarlo con toda la corte celestial de la que dispusieran, que jamás saltaría, con ningún ángel, que aquello era una locura… pero callé. Recordé a Jako cayendo de ninguna parte la noche en que Isa y yo hablábamos en el porche. Recordé cómo se movía en el aire, como era capaz de caer en picado hacia el mar y remontar muerto de risa ante mis gritos. Si aquella prueba era necesaria para conseguir un ángel definitivo y por lo tanto, poder emprender la expedición, tarde o temprano acabaría por tener que arriesgarme. Y si podía confiar tanto en alguien, ese era Jako.

- ¿Qué he de hacer? –murmuré.

Guardaron silencio unos segundos, y me di cuenta de que estaban sorprendidos. No esperaban que aceptara. Entonces, ¿qué significaba todo aquello? Fue Tina la que habló de nuevo.

- Corre hasta el final y salta. Lo más lejos posible, alejándote de las rocas. Como si te zambulleras en una piscina.

- ¿Ahora?

- Ahora.

- ¿Y dónde está Jako? ¿Está viendo esto desde algún sitio?

- El sabe lo que está pasando.

- ¿Lo está viendo? – insistí.

- No.

Retrocedí, retorciéndome los brazos con angustia.

- Tina, esto es demencial,¿qué esperáis de mí? ¿Qué me suicide?

- ¿Confías en Jako? – dijo en voz baja pero muy clara-. Entonces, salta.

- ¿Cómo va a saber que voy a saltar y cuándo?

- Sabe lo que estamos haciendo. Sabe que vas a estar aquí, en algún momento, y que puedes decidir saltar. Está en algún sitio, pendiente de ti. Siempre está pendiente de ti, es su misión, y lo será durante todo el viaje. Siempre llegará a tiempo, ¿o no confías en él?

Cerré los ojos.

- Vale – dije, y sin darle tiempo a más, eché a correr sintiendo las lágrimas mojarme la cara.

- ¡Tess! – la escuché gritar.

Pero yo ya estaba en el aire.

Durante unos… ¿segundos, minutos?, caí libremente, cada vez más rápido, sintiéndome horriblemente arrastrada por mi peso, el aire golpeándome como algo físico que me atenazaba la nariz y la garganta y me impedía respirar. Quería gritar y no podía, y pensé, "me voy a desmayar, me voy a morir ahogada antes de estrellarme contra las rocas"…. Y entonces, de pronto, estaba en sus brazos, como si el impacto de sujetarme cayendo a tanta velocidad no le afectara, estrechándome contra sí de ese modo tranquilizador que hacía pensar que nunca me soltaría.

- Respira, Tess, despacio, respira todo lo hondo que puedas….

Obedecí y el aire me llenó los pulmones. Ya no caíamos, ahora volaba conmigo, mar adentro, despacio, con un aleteo lento, y cuando tuve oxígeno suficiente para llorar, no intentó consolarme más que con su abrazo. Descendió sobre un islote y nos sentamos en la arena, bajo el

manto protector de sus alas abiertas, curvadas sobre nosotros. Al rato me tranquilicé y levanté los ojos.

- Jako…

- Estás bastante loca, Tess, ¿lo sabías?

- ¿Qué?

Me miraba sonriendo, y me aparté el pelo revuelto de la cara intentando controlar las ganas de darle un bofetón. ¿Qué le hacía tanta gracia?

- ¿Estoy loca? ¿Por saltar?

- ¿Tú que crees? ¿Crees que alguien cuerdo saltaría al vacío sin pensarlo?

Bromeaba, pero no se estaba riendo de mí.

- Claro que lo pensé, pero no tenía otra salida.

- ¿Cómo que no?

- Bueno, dejar que otro fuera mi guardián y yo no quería.

Me tocó la punta de la nariz con su largo dedo índice.

- Eres una loca. Era sólo un reto. Se supone que nadie lo acepta. Entonces te ponen una prueba menor, como dar una vueltecita con tu guardián, bien sujeta por el arnés, y todos contentos.

- ¿Nadie más ha saltado?

- Nadie.

- Pero tú has aparecido a tiempo, ¿estabais preparados de algún modo?

Suspiró con burla divertida y miró a lo lejos.

- Les dije a los chicos que tú lo harías, y nadie lo creyó. Sería

rico si hubiera apostado.

- Pero Jako, no es verdad, nadie me detuvo. Tina me puso al límite, no me dio opción.

Ahora me miraba con esa expresión amable y distante de los primeros

días.

- Si hubiera dicho que no, me hubiera buscado otro guardián. Estoy segura – murmuré con convencimiento, y él no me contradijo.

- Tenemos que volver, la ceremonia seguirá todo el día, hasta que todos queden emparejados.

- ¿Voy a tener que pasar más pruebas? ¿Qué es lo próximo? ¿Echarme al fuego? – se le escapó una sonrisa y yo sonreí a mi vez -. No venga, dime, quiero estar preparada.

- No hay más pruebas para ti, Tess. Pero si te mandan saltar a una hoguera…

Esperé que acabara con un "no vuelvas a seguirles el juego", pero me hizo un guiño y dijo:

-…estaré allí antes de que notes el calor de las llamas. Venga, sujeta tu arnés, volemos según las normas.

"El tampoco quiere que nos separen", pensé. Y también sabía que yo tenía razón, que en mi caso, Tina no hubiera hecho concesiones.

(sigue...)

Capítulo 5

La llegada (continuación)

Creo que intentaron evitarlo, pero la historia corrió entre nosotros, y esa noche no había nadie que no supiera que había saltado al acantilado, y que Jako había aparecido para salvarme de una muerte segura. Otro de los chicos de la expedición, un tal Dani, había estado a punto de saltar, pero los jueces le habían detenido y dado por buena la prueba. Estaba indignada, y pensaba que Tina me debía una explicación y una disculpa. La ceremonia acabó tarde, y cuando las chicas nos retiramos al cobertizo, vino a darnos las buenas noches y a felicitarnos por lo bien que había ido todo. Sí, estupendamente: todo el mundo seguía con su ángel, pero sólo yo había tenido que saltar al vacío. O sea que cuando salió del cobertizo, fui tras ella.

- ¡Tina! – se detuvo y se volvió despacio. Me dio la impresión de que esperaba aquello desde hacía horas.

- ¿Pasa algo, Tess?

- Eso me gustaría saber a mí. ¿Existe una razón para haberme obligado sólo a mí a saltar por el acantilado?

- Mira, Tess – dijo sin levantar la voz-. Tienes razón, lo siento. Te precipitaste, íbamos a detenerte como lo hicimos con Dani, pero fuiste tan…

- No – dije sin sonreír -. No es cierto. Si me hubieras detenido, me hubierais obligado a cambiar a Jako por otro de los ángeles – calló, sin negarlo -. Vale, ¿vas a decirme qué es lo que pasa? Insististe como una bruja antes del acantilado para que perdiera mi confianza en él, que si una chica le acusó…que si lo pensara bien…queríais que no saltara para tener el motivo para hacerme cambiar. ¿Por qué? ¿Es algo que he hecho? ¿Soy yo la que no soy digna de confianza?

- Fue un error. Siempre he estado en contra de esa estúpida ceremonia de las piedras y las pulseras.

- ¿De qué hablas?

- La última vez que la suerte le emparejó con una mujer, estuvimos a punto de perderle.

Yo callaba, quería que siguiera, quería oírlo todo.

- Es un hombre demasiado atractivo, ¿sí o no, Tess? Y no es sólo su físico, ¿o aún no lo has notado? – yo mantuve mi silencio -. Se enamoró de él, perdió cualquier sentido de la cordura o la dignidad. Tuvieron que convivir tres meses y todos sabíamos que tarde o temprano se desencadenaría un drama. Malinterpretaba toda su cortesía y amabilidad. Dijo a todos que era correspondida, que estaba loco por ella.

- ¿Y qué pasó?

Jako estaba allí, con las alas íntegras, por lo que no debía haber cedido a los encantos de la acosadora, ¿no?

- Los ángeles son hombres… pero diferentes a los que tú conoces. Hay muchas cosas que no sabes de ellos, Tess.

- Cuéntamelas.

Por un momento, creí que iba a hacerlo, pero de repente calló y me miró con tanta frialdad que me estremecí.

- En este mundo, todo tiene su lado oscuro, Tess. Todo y todos sus habitantes. Te basta con saber que le hizo pasar un infierno y todos lo pasamos mal con él. No podíamos intervenir hasta que llegara sana y salva al Valle. Es el compromiso de los ángeles.

- ¿Crees que yo haré lo mismo que ella? – dije despacio, para controlar la rabia que me daba que me diera por perdida sin haber hecho nada para merecerlo.

- No lo sé. Pero quien quita la ocasión, quita el peligro.

Dejé que se fuera porque comprendí que cuanto más lo habláramos menos nos íbamos a entender. Pero si alguna vez la había considerado casi una amiga, eso se había acabado.

Me senté un momento en el porche, demasiado enfadada para volver al dormitorio, donde aún se escuchaban risas.

- No te lo tomes a mal.

Me volví bruscamente.

- ¡Jako! ¿Lo has oído?

- Bueno, a una chica que se tira de cabeza por los acantilados sin avisar, no puedes permitirte quitarle el ojo de encima.

Sonreí sin querer.

- Estarás deseando que me vaya a dormir para poder relajarte – dije con burla.

- ¿Seguro que no eres sonámbula?

Me eché a reír y me tendió la mano.

- Ven, quiero contártelo yo.

Sujeté mi anilla al arnés sin preguntar, y levantó el vuelo hacia una de las torres de vigilancia, donde nos sentamos.

- No creas que me gustan las alturas – reconocí mirando hacia abajo con aprensión.

- No sueltes el arnés – y dejó ir un poco de cuerda alargándolo, para que pudiéramos sentarnos uno junto a otro sin desenganchar la anilla -. ¿Mejor así?

- Dilo tú – murmuré -. Si me tiro de cabeza me tienes bien sujeta.

- Por Dios, vaya expedición me espera, con una chiflada así –murmuró y yo me reí, pero eso era lo que pensaba la portavoz, ¿no?

- ¿Oíste a Tina?

- No pude evitarlo. Por eso quería hablar contigo.

Callé. Me agobiaba tener que escuchar confidencias demasiado íntimas de un hombre al que apenas conocía. Algo me decía que me convenía mantenerme lo más lejos posible de él en el campo emocional.

- Me preguntaron si quería aceptar el compromiso contigo, y dije que sí, igual que tú saltaste al vacío esta mañana. Pero hasta que se celebre mañana la ceremonia final, nada es definitivo. Aún podemos decidir que lo mejor es que emprendas la expedición con otro guardián.

- Jako, - dije mirándole a la cara -, si crees que puede darse una situación violenta, comprometida, desagradable…porque estemos juntos en esto, dejémoslo correr.

- ¿Una situación desagradable…para quién? ¿Para ti y para mí? No, no lo creo. No tienes nada que ver con Carmen, la mujer de la que te hablaba Tina. Pero seguramente, Tina se sentiría mucho más tranquila si me

emparejaran con un hombre.

- Bueno, pues que se fastidie Tina – exclamé.

Sonrió. Me miró a los ojos y le mantuve la mirada.

- No quiero renunciar, Tess. Me llegó al corazón verte lanzar piedras al merodeador, y no supe si reír o llorar cuando esta mañana te tiraste por el acantilado. Esta aventura se basa en la confianza mutua. Hace años que participo en las expediciones y sé de lo que hablo. Mañana yo juraré por mi vida que haré todo lo que esté en mi mano para hacerte llegar al Valle sana y salva. Tú no tendrás que comprometerte a nada. Pero en muchas ocasiones a lo largo del camino, mi vida y mi seguridad van a depender de ti.

- Haré todo lo que esté en mi mano para hacerte llegar sano y salvo – dije en voz baja, copiando sus palabras, y él sonrió.

- Lo sé.

Se inclinó hacia mí. Su voz era suave y sonaba dulce ahora.

- ¿Sabes una cosa, Tess? Yo también saltaría al vacío esperando que estuvieras ahí por mí.

Fue en ese momento. Brillaba una luna fría, que anunciaba la proximidad del invierno. Sus alas semiabiertas se curvaban creando un refugio que nos rodeaba a los dos, protegiéndonos del aire. Le miré sin saber qué decir y él sonrió y me empujó amistosamente con el hombro.

- Venga, es hora de dormir. No le demos más vueltas.

Tenía que haberle dicho “no saltes, Jako”. Porque en ese momento supe que podría enamorarme perdidamente de él.

(sigue...)

Capítulo 6

La llegada (continuación)

La ceremonia de emparejamiento no fue muy larga. Simplemente cada ángel juraba defender con su vida la vida de su protegido. Yo seguía bastante disgustada con todo el asunto y por mucho que Jako vino a bromear que "ya no tenía remedio" y a hacer burla de mi ceño fruncido, mi antipatía por Tina no desapareció. La expedición se pondría en marcha en cuanto acabaran de montarse las caravanas, lo que calculaban no tardaría más de un par de días. El tiempo estaba cambiando bastante rápido, y nos proporcionaron vestiduras más cálidas, aunque por las noches el aire empezaba a ser difícil de soportar. El portavoz explicó que viajaríamos de día y descansaríamos en campamentos móviles por las noches. A lo largo de la ruta encontraríamos ciudades amuralladas o campamentos similares al nuestro, donde sería más seguro y más cómodo estar, pero también nos esperaban cuevas, o incluso, árboles, ya que en algunos caminos, dormir a ras de suelo era demasiado arriesgado.

- Esta noche sería preferible que no salieras del cobertizo. Nos reúnen para acabar de detallar las rutas, y estaré un poco distraído.

Sonreí con cara de inocencia.

- No me digas que no voy a poder tirarme del acantilado esta noche.

Me miró enarcando una ceja con burla y me eché a reír. Me encantaba que me siguiera las bromas y que no pareciera capaz de perder la paciencia conmigo.

- Venga, que sí, que seré buena. No me meteré en líos.

- Así me gusta.

Por eso, cuando llegó Esther y dijo que se celebraba una fiesta en la plazoleta, que había bailes y música y que estábamos todos invitados, dudé un momento, pero pensé, ¿qué riesgo puede haber?, y me uní a las chicas.

La plaza estaba engalanada con antorchas y banderines, y los hombres y mujeres del campamento estaban sentados en círculo, tocando tambores, y algo parecido a gaitas y mandolinas. En seguida saltaron al círculo los bailarines, y nosotros batimos palmas, siguiendo el ritmo. Estaba siendo

muy divertido, cuando unas nubes taparon la luna de repente, hasta el punto que la luminosidad de las antorchas pareció disminuir. Instintivamente, miré hacia arriba y de repente, el cielo se llenó de luces. Como cuando estallan los cohetes de una verbena. Luces que caían hacia nosotros, brillantes, dejando una estela a su paso.

- ¿Qué...?¿Eso qué es? – escuché a Isa, que estaba a mi lado.

- ¡Lluvia de fuego! ¡Lluvia de fuego! ¡Corred!

Y corrimos, claro, en medio del pánico general, en especial nuestro, que no entendíamos nada... hasta que una de las luces tocó la cabeza de uno de los bailarines y esta prendió en llamas.

- Corre, Tess, corre... – dijo la voz ahogada de Isa, y corrimos de la mano, coreando los gritos de nuestro alrededor.

La bola de fuego me alcanzó de lleno en el hombro, pocos metros antes de llegar al cobertizo. El dolor fue tan intenso que parecía que todo mi cuerpo fuera a echar a arder en cualquier momento. Caí al suelo y creí que iba a perder el sentido, y no me importó, al menos el dolor cedería. Isa se arrojó a mi lado, tirando de mí y uno de los chicos de la expedición intentó ayudarla a levantarme. Las bolas seguían cayendo por todas partes. Pero, una vez más, los ángeles estaban allí. Más tarde, las chicas me explicaron cómo abrieron sus alas creando un techo protector. Isa me dijo que Jako me llevó en brazos al cobertizo, cobijándola a ella y al otro chico bajo sus grandes alas hasta ponernos a todos a salvo.

Pese a lo aparatoso del incidente, sólo hubo dos quemados más, el de la cabeza en llamas y otro, también del campamento. Ardieron algunos tejados, pero la situación estuvo rápidamente bajo control. El dolor de mi hombro mejoró con las compresas frías de hierbas medicinales que me aplicaron los “médicos” del campamento. Alan, el cirujano del avión, me advirtió que probablemente quedaría cicatriz, era una quemadura de segundo grado... pero a la mañana siguiente, cuando vino a revisar la herida, se asombró de ver lo mejorado que estaba y dijo que si seguía igual de bien, no creía que finalmente dejara huellas.

Me sorprendió que Jako no viniera a visitarme, pero me dijeron que estaban todos muy ocupados con la expedición, y reparando los desperfectos del fuego, y no me preocupé. Dos días después de la lluvia de fuego, observamos con curiosidad cómo montaban una plataforma en el centro de la plazoleta. Comentamos entre nosotros, con cierta burla, que eran realmente una gente muy dada a las ceremonias, ¿qué vendría ahora?, y fue uno de los chicos el que los disculpó diciendo que, sin televisión por cable, en algo tenían que entretenerse, haciéndonos reír. Sin embargo, a ninguno nos hizo gracia que nos encerraran en los

cobertizos después de comer, sin ninguna explicación.

La luna estaba alta cuando Tina vino a buscarnos, aconsejándonos que nos abrigáramos, hacía bastante frío. No se oía música, ni voces, y nos miramos inquietas mientras recorríamos la corta distancia hacia el centro del campamento. Los chicos de la expedición estaban ya en la plazoleta cuando llegamos, en medio de un silencio amedrentador, formando círculo entorno a la plataforma. La luz de las antorchas temblaba en sombras cuando el aire hacía bailar las llamas. Vi que algunos me miraban y murmuré, ¿qué pasa?, pero nadie hablaba. Uno de ellos señaló a la plataforma con la cabeza y cuando dirigí la mirada hacia arriba me quedé sin aire.

Era Jako. De espaldas a nosotros y de frente a una mesa donde el portavoz y el habitual jurado se sentaba. Estaba completamente desnudo, sus alas plegadas y la cabeza inclinada, los brazos cruzados cubriendo su bajo vientre. Desde donde yo estaba, no podía verlo, pero sus manos estaban atadas con una gruesa soga. De pie junto a la plataforma estaba Geor, con algo en la mano.

- ¿Qué es esto? – murmuré, pero en ese momento habló el portavoz.

- Estamos aquí por la tormenta de fuego de hace dos noches. Por suerte sólo causó quemaduras leves a tres personas y destrozó algún techo. Pero uno de los heridos fue Tess. Su guardián se distrajo de su deber, y aunque tuvimos suerte y se recupera bien, pudo haber sido trágico. Jako ha traicionado la confianza de su protegida y debe ser castigado por ello. El consejo ha decidido que recibirá quince latigazos y estará confinado en ayuno hasta que salga la expedición. Mientras tanto, otro guardián se responsabilizará de la seguridad de Tess.

- ¡Eso no es justo! – grité y me solté de un tirón del brazo de Isa, que quería rodearme los hombros y tranquilizarme.

Avancé hacia la mesa. Al pasar junto a Geor vi las púas del látigo, que era lo que tenía en la mano, y sentí ganas de vomitar.

- Silencio, Tess. No se puede apelar ningún castigo del consejo.

- Sí, se puede, porque no estáis siendo justos. Fui yo la que se expuso. Fui yo quien traicionó su confianza. Jako me advirtió que tenía que asistir a una reunión de preparación de la expedición, que no podría estar al cien por cien por mí, y me pidió que me quedara en el cobertizo. Yo le prometí que lo haría. Y desobedecí.

Se hizo un silencio. Los miembros de la mesa se miraban unos a otros y pronto juntaron las cabezas y empezaron a cuchichear. Yo me quedé quieta, de pie ante ellos, temblando. Algo me decía que no serían capaces de azotarme a mí.... pero no podía estar segura. Al fin el portavoz volvió a hablar.

- Si es como dices, muchacha, aceptamos tu explicación, y tú debes aceptar el castigo.

"Oh, porras", pensé con desmayo, pero le miré a los ojos y asentí en silencio.

- Retirad a Jako de la tarima. Preparad el baño negro.

¿El baño...qué? Pero no iba a tardar nada en saberlo, para qué iba a preguntar. De repente tenía a Geor a mi lado, ayudándome a subir a la plataforma de donde Jako había desaparecido.

- Ponte esto, Tess – me dijo en voz baja, y me introdujo en una especie de saco o bolsa de tela densa. Lo sujetó a mi cuello, de manera que sólo la cabeza quedaba fuera. Estaba tan aterrorizada que las piernas apenas me sostenían -. No te asustes, cariño, es desagradable, pero no te hará daño – le escuché y le miré entre lágrimas, agradecida por su tono amable.

- No, por favor – rogué cuando vi que iba a ponerme una especie de pañuelo sobre la cara.

- Sí, debes ponértelo, es una protección, no te preocupes.

- Geor...

- ¿Puedes confiar en mí? – dijo bajito -. Te aseguro que va a ser menos malo que saltar al acantilado.

- Oh, Geor – y sonreí sin querer, dejándole atar el pañuelo sin resistirme.

Fue muy rápido. Noté que algo denso, caliente y pegajoso caía sobre mí como una ducha. Olía horrible, como a pescado. Inmediatamente, me quitaron el saco, que me había protegido perfectamente, y en seguida, el pañuelo, que evitó el contacto de aquello en mi cara. Pero tenía los cabellos llenos de esa sustancia, que de aspecto y consistencia parecía alquitrán. Y que se adhería a mi pelo como alquitrán. El mismo Geor cortó mi larga melena en mechones cortos, con un cuchillo afilado. Yo estaba tan aliviada de la tontería de castigo, que no me dí cuenta, hasta mucho después, de que toda la gente del campamento, incluidos los ángeles, lo

consideraba como una humillación terrible.

Volví al cobertizo, rodeada de mis compañeras, todas en completo silencio..... Hasta que cerraron la puerta tras nosotras.

- ¡Por Dios, Tess, eres una loca! - chilló Carey abrazándome.

- Creíamos que iban a azotarte a ti – exclamó Isa sonriendo con alivio.

- Por favor, dejadme un espejo, debo estar espantosa – me reí y todas empezaron a comentar a gritos el miedo que habían pasado por mi culpa, lo valiente que había sido... y naturalmente, el cuerpazo que tenía mi ángel.

La ceremonia de castigo se convirtió en una fiesta a puerta cerrada, pero al día siguiente recibí las condolencias de los habitantes del campamento intentando aparentar dignidad ante la desgracia. Aunque los ángeles andaban muy ocupados con la expedición, dos o tres que se cruzaron conmigo me ofrecieron pequeños ramos de flores y sonrisas deslumbrantes. Bueno, sin duda era la chica más popular entre ellos: me había negado a abandonar a un ángel a su suerte (y Tot se recuperaba cada vez más de prisa) y me había dejado castigar para que otro de ellos no pagara mis culpas.

Yo buscaba a Jako con disimulo, pero no fue hasta esa tarde, cuando me quedé sola un momento atando unos bultos junto al cobertizo, cuando sentí caer una sombra a mi espalda y me volví sonriendo al suave aleteo.

- ¡Hola! Estaba empezando a pensar en ir a tirarme por el acantilado, a ver si así aparecías.

- Lo siento, Tess – dijo mirándome con tristeza, y le tapé la boca con la mano.

- No, yo lo siento. Y sabes que fue sólo culpa mía.

Sus largos dedos acariciaron mis mechones mal cortados.

- Crecerá, no pasa nada que un buen peluquero no pueda arreglar – dije bajito- . Y creo que hasta me favorece.

- Estás preciosa – y le miré con curiosidad, porque él no era como otros de los ángeles, no decía por costumbre cosas bonitas a las chicas.

- Lo sé – y le saqué la lengua y sonrió con desgana hasta que le empujé, y tuvo que reírse. Antes de que pudiera negarse, até mi anilla a su arnés -

. Demos un paseo.

- Uno corto.

- De acuerdo.

No hablamos. Volamos frente a frente, estrechamente abrazados. Quizá demasiado estrechamente. Pero eso, ¿quién podría decirlo?

(sigue...)

Capítulo 7

La llegada (continuación)

Pasaron dos días más, y ya estábamos todos desesperados por acabar con los preparativos, movernos, avanzar en aquella aventura descabalada en la que estábamos inmersos, cuando de repente, los ángeles desaparecieron. El portavoz nos explicó que los merodeadores estaban preparando la hibernación y que eso los mantendría alejados del campamento unas semanas. Nuestros ángeles habían ido a atender "asuntos personales" antes de emprender el viaje. Eso me dio mucho que pensar. Había dado por sentado, por su dedicación absoluta a nosotros, que los hombres voladores no tenían hogares ni familias propias, pero nunca nadie había dicho nada parecido. A lo mejor, Jako tenía una preciosa casita, donde le aguardaba una "ángela" y unos angelitos rubios como él. ¿Por qué no?

Aquella tarde, Tina nos envió a su grupo, Alessandro, Esther, Isa, Carey y yo, a recoger nueces rojas para llevar como provisiones de mano. Había que seguir un sendero sinuoso, hacia el pie de la montaña, pero Tina nos tranquilizó diciendo que era absolutamente seguro: estaba en dirección contraria, según dijo, a los agrupamientos de los merodeadores, que hibernaban en cuevas a muchos kilómetros de allí. Lucía un sol todavía cálido y Alessandro se erigía en jefe, aprovechando "que esos fantásticos seres con alas", como él decía, no le hacían sombra por una vez. Todas bromeábamos siguiéndole el juego, y nos hacía reír como niñas con su buen humor, cuando escuchamos los primeros chillidos.

Lo primero que pensé fue en los agudos gritos de un ratón de campo cazado por una rapaz nocturna. De pequeña había pasado muchos veranos en la granja de mis abuelos, y las noches estaban plagadas de trágicas historias de ese tipo. Pero en seguida los vimos, a distancia suficiente como para captar cada detalle con claridad.

Era Mac, el ángel de Carey. Y estaba luchando con un ser horroroso, una criatura alada como él, pero de color azulado, más pequeña en tamaño, delgada, que se debatía para soltarse. Mac la tenía atrapada por los brazos, y pese a los tirones y chillidos, y las dentelladas y zarpazos, iba atrayéndola poco a poco hasta que pudo rodearla con ambos brazos. Nosotros nos habíamos quedado a pocos metros, a su espalda, absolutamente fascinados por el espectáculo, y vi que Alessandro iba a decirle algo, a llamar su atención, cuando las alas de Mac se desplegaron y empezó a elevarse con la criatura entre los brazos. Ascendía muy despacio, sujetando con fuerza a su oponente, que claramente era inferior a él. Giraba lentamente y eso nos permitió ver que su cuerpo, desnudo

hasta la cintura, sus brazos y su cara, estaban cruzados de arañazos superficiales. La criatura tenía una larga cabellera oscura y apelmazada. Separó la cabeza todo lo que pudo para lanzarse sobre Mac, intentando alcanzar su cuello con los dientes, pero él la tenía bien sujeta y sólo pudo estallar otra vez en un chillido de rabia.

Poco a poco, los espasmódicos movimientos fueron cesando, se relajó contra su agresor, y pareció quedar adormecida. Supe lo que estaba pasando, lo había experimentado yo misma antes. El suave aleteo, la vibración muscular, la sensación de deshacerte en los brazos del hombre volador, de que podrías quedarte allí, acunada para siempre.

- ¿Pero qué hace? – susurró Isa -. ¿Será como las boas, lo deja grogui y ...se lo come?

- Oh Dios, - dijo Alessandro en el mismo tono -. Es...una chica, quiero decir, una hembra, ¡tiene pechos!

Tenía razón, ahora Mac la había soltado de su abrazo de oso para cogerla por la cintura, y la criatura tenía unos enormes senos azules. Sin dar tiempo a más, Mac deslizó sus pantalones hacia abajo, con un movimiento rápido de su mano izquierda y acabalgó las piernas de la criatura en sus caderas. Ella pareció salir de repente de su letargo y dio un chillido horrible, agitando las alas, tratando de escapar, lanzándole mordiscos y arañazos mientras él la penetraba con un espantoso grito que no sonaba en absoluto placentero, sino desgarrador.

Copularon en el aire, sin que ella dejara de luchar, en medio de chillidos, gruñidos y gemidos.

Cuando el hombre volador empezó a gritar, despertamos del encantamiento y echamos prácticamente a correr por el sendero hacia el campamento. Nos detuvimos en un pequeño claro, sin aliento. Carey no podía ni hablar, y los demás tampoco lo intentaron. Yo me alegré, porque no tenía muchos comentarios que hacer, excepto que cuanto antes saliéramos de aquel mundo de locos, tanto mejor para todos. La escena había sido de un violencia brutal, y el hecho de que el protagonista fuera uno de nuestros ángeles lo hacía todo aún más sórdido. Como pudimos, apoyándonos los unos en los otros y sosteniendo por turnos a Carey, que estaba fatal, llegamos al campamento. ¿Por qué no me sorprendió encontrar a Tina en las puertas de entrada?

- Oh, menos mal que estás aquí, ha pasado algo horrible – exclamó Alessandro, y pensé que se iba a echar a llorar, pero aguantó como un valiente hasta que depositó a la temblorosa Carey en brazos de la portavoz.

- ¿Qué ha pasado? ¿Os han atacado? – dijo con voz serena.

- No, fue...

- Asistimos sin querer a la cópula de un ángel, de uno de nuestros ángeles. Violó a una espantosa mujer azul con alas delante de nuestros ojos. Era Mac, el ángel de Carey.

Hablé sin inflexiones y mirándola a los ojos. De algún modo, estaba segura de que ella había querido que viéramos aquello.

- Venid al cobertizo. Alessandro, por favor, ve a la cocina, que te den algo fuerte de beber, tienes un aspecto horrible.

La seguimos en silencio. Carey lloraba desconsoladamente. Por Dios, era una cría, insoportable a veces, pero qué podías esperar de una adolescente. La escena había sido brutal para personas hechas y derechas como Alessandro, Isa, Esther y yo, cuánto más para ella.

- No llores, Carey. No pasa nada.

- Tina, yo no quiero ir con él. Cámbialo. Quiero otro ángel – sollozó ella.

- No es posible ya – dijo Tina con voz suave -. El juramento es irrompible, aceptasteis los dos.

- Pero Tina, ¡yo no quiero tener nada que ver con un tipo así!

- Cariño, - dijo con simpatía, y luego, dejo caer la bomba - , todos ellos son así.

No existían las "ángelas". No había nada parecido a casitas de techos rojos y flores en la ventana, con angelitos rubios esperando a papá.

Las hembras de la especie eran las arpías, esas mujeres azules, aladas y espantosas, que vivían en tribus apartadas y que no querían saber nada de sus machos. La única manera de tener relaciones sexuales con ellas era utilizar la fuerza bruta, y por ello era una ceremonia públicamente aceptada.

Y los ángeles eran seres extremadamente sexuales, que al vivir con los hombres habían aprendido a contener sus instintos a base de castigos y juramentos.

Las arpías parían a sus hijos dentro de la tribu, y abandonaban a los machos a su suerte. Los humanos recogían a los bebés que hallaban medio muertos en los bosques, y cuidaban de ellos. A cambio, los ángeles les protegían y juraban fidelidad a sus portavoces, ayudándoles con las

expediciones además de trabajar en cualquier labor del día a día, facilitada por su enorme fuerza, por su habilidad voladora, por su resistencia al frío y al calor.

Cuando quedaron claros los devastadores efectos de los embarazos en las mujeres humanas, las relaciones sexuales con los ángeles se convirtieron en la peor de las transgresiones. Los ángeles acataron la norma, espantados ellos mismos de las consecuencias que tenía su lujuria para las mujeres.

Pero el impulso estaba allí. La necesidad podía ser apremiante, enloquecedora. Por eso salían de tanto en tanto en busca de las arpías. Podían perderse durante días hasta quedar suficientemente saciados como para volver a su casta vida habitual.

Carey aún hipaba suavemente. Miré a Isa, que estaba ensimismada, tratando supuse de asimilar aquella sorpresa.

- Por eso los mandamos a desahogarse antes de la expedición. Volverán satisfechos.... al menos por un tiempo. Pero os tengo que repetir que tengáis cuidado, que no juguéis al equívoco, que no...os arriesguéis a nada.

- Si son tan peligrosos, ¿por qué nos dejáis con ellos? Dijiste que podíamos quedar aislados durante meses, dependiendo solo de nuestro ángel – dije sin mirarla.

- No me mal interpretéis. No son peligrosos. Son hombres sacrificados, valientes, que no permitirán que nada ni nadie os haga daño. Pero en determinadas situaciones, el instinto puede ser más difícil de controlar. Y lo que os pido es que los ayudéis a controlarlo. Os dije que el sexo con ellos está penado, pero son las relaciones completas, las que pueden dejaros embarazadas, las que lo están. Podríais…tontear y no iría contra las normas. Pero como habéis visto, es bastante peligroso poner a un ángel… demasiado al límite.

Callamos todas. Yo no quería pensar. No quería pensar en Jako, así que seguí hablando.

- ¿Sabes una cosa? Ella, la...arpía se defendió cuanto pudo, pero supongo que es imposible escapar de un ser tan poderoso...

- Oh, sí, fue una lucha terrible – exclamó Esther.

- Y la sedó.... igual que hacían los primeros días con nosotros, cuando nos daba tanto miedo volar con ellos – dijo Isa, y noté que se sonrojaba. Seguro que pensaba en la maravillosa tranquilidad que esa vibración producía. Seguro que ella se había dejado llevar, abrazando a Biorn,

cerrando los ojos con deleite... “Basta”.

- Y sin embargo – dije sin pensar, siguiendo o tratando de interrumpir el oscuro curso de mis pensamientos -, cuando empezaron a copular, él gritó con dolor. No dejó de gritar de un modo terrible durante la cópula, no parecía nada placentero.

- No lo es.

Todas miramos a Tina con sorpresa, mientras ella mantenía su actitud de maestra explicando como – papá – pone - la – semillita – en – mamá a unas parvulitas escandalizadas.

- No puede serlo. Esta lucha entre sexos lleva muchos siglos en marcha. Las arpías introducen en sus vaginas todo tipo de elementos punzantes, sin importarles causarse ellas mismas desgarros gravísimos. Pero además, su vulva ha evolucionado desarrollando una especie de dientes terriblemente afilados.

- No nos estás tomando el pelo, supongo – murmuró Isa, claramente consternada.

- No, Isabel. La cópula con ellas debe ser algo monstruoso, aunque también debéis saber que su pene no es tan delicado como el de los humanos, no podrían soportarlo si no.

- Todo esto es un despropósito – exclamé-. Todo el mundo sabe que el sexo tiene que ser placentero, sino, las especies no perdurarían, ¿qué motivo pueden tener ellos para someterse a esa tortura? Y no me digas que sus creencias les impiden masturbarse, no te creeré.

Mis compañeras me miraron con cara de no dar crédito a mi crudeza . Pero yo estaba furiosa, pensaba que nos estaba manipulando para asustarnos, y cada vez era menos capaz de disimularlo.

- Claro que es placentero, Tess – dijo Tina con esa detestable voz de maestra paciente -. Con la cópula alcanzan un orgasmo muy superior al de la simple masturbación. Es... similar al del cerdo, puede durar más de diez minutos.

Fue Isa la que se echó a reír, rompiendo la tensión. La miramos perplejas y de repente estábamos todas llorando de risa, absolutamente histéricas, hasta Tina reía sin querer.

- Oh Dios, ¿cómo sabes todo eso? – preguntó Esther con voz entrecortada, secándose los ojos.

- Era antropóloga en nuestro mundo. He recogido muchos datos de todas las especies de este mundo que están a mi alcance. Hemos encontrado cuerpos de arpías muertas, y los estudié con los médicos de aquí. Ellos son expertos en botánica y zoología, no están tan atrasados en eso. Hacen observación directa y...

- Sí, pero, por favor.... saber "eso"...

Carey aulló de risa y todas estallamos de nuevo, ante la imagen mental de Tina enarbolando un cronómetro mientras perseguía las cópulas voladoras de los ángeles. Al fin nos serenamos. Tina esperó a que cedieran las últimas ráfagas contagiosas de risitas.

- Chicas, siento que hayáis tenido que ver eso, pero creo que no ha sido en el fondo más que la mejor manera de enfrentaros con otra de las realidades de este mundo. Cuando el primer día os dije que no podíais tener relaciones con ellos, no era el momento de que supierais toda la historia, acababais de llegar, estabais en shock...y era necesario que establecierais con ellos una relación de confianza, sin la que no os será posible sobrevivir. ¿Habría sido alguna de vosotras capaz de ponerse en sus manos como lo habéis estado haciendo hasta ahora? Intentad que esto no cambie vuestra relación con ellos, y vedlos como lo que son, hombres con alas, una especie diferente, con sus peculiaridades buenas y malas. Pero que han jurado defenderos y llevaros indemnes al valle. Y podéis estar seguras de que lo harán.

- Por eso nos mandaste al bosque, ¿verdad Tina?

Se hizo un silencio. Todas me miraron.

- Has estudiado sus costumbres, sabías dónde suelen "cazar", sabías que si nos enviabas unas cuantas veces de paseo por allí, acabaríamos por encontrarnos con alguna "pareja".

- No sabía que os lo encontraríais. Y no es su zona de caza. En este momento, estarán cazando, como tú dices, por todas partes. Han desatado el celo.

- Vale, y ahora, dime otra cosa, Tina, ¿qué hay del resto de las chicas? No han salido de excursión. ¿Vas a mandarlas a ellas también, a ver si...por casualidad... ?

Me miró con frialdad.

- Iba a hacer una reunión la última noche y explicaros todo esto a todas. Si lo he adelantado ha sido porque os vi realmente traumatizadas.

- ¿Cómo querías que estuviera, después de ver a mi ángel violar a esa bruja aullando de dolor? – dijo Carey, amargamente, y Tina le estrechó la mano.

- Seguro que sí, Tina – interrumpí -. Y sé que de cualquier forma, repetirás la explicación, esta noche o mañana, y nos tendrás a nosotras de testigos oculares, para...dejar las cosas bien asentadas y que ninguna vaya a tomarse alguna libertad con su hombre volador.

- Si quieres pensar que lo tenía todo arreglado para que sucediera esto, Tess, adelante. Vive tu paranoia si te hace feliz. La verdad es lo que os he contado, lo que creo que debéis saber y que contaré a todas esta noche.

No quise discutir más, pero tenía la absoluta certeza de que todo aquello había estado planeado, y que le había salido muy bien. Claro que las cosas siempre son mejorables. Tal vez era paranoia, como ella me había dicho, pero nadie me hubiera convencido de que Tina no había tenido los dedos cruzados para que fuera Jako el implicado.

Y yo no quería, no quería pensar en Jako. No quería pensar en él, persiguiendo arpías, gritando de dolor y placer enganchado a una bruja azul con dientes en la vulva. No dormí apenas. Estaba tan furiosa con Tina, que se me saltaban las lágrimas de rabia. Sentía que había conseguido destrozar mi imagen de él. Cada vez que cerraba los ojos veía la amplia espalda de Mac, sus musculosas nalgas… y pensaba que Jako estaría haciendo lo mismo, "desahogándose" antes de la expedición con todas las que pudiera pillar.

¿Y qué más daba? No son celos, me decía una y otra vez, sino lo desagradable de todo el asunto. Qué terrible forma de disfrutar el sexo. Tenía que dejar de pensar en él como humano. Había cosas que demostraban que no lo era.

La noticia llegó en el desayuno, nos iríamos al día siguiente, y nos dieron las indicaciones de todo lo que debíamos preparar para la marcha. Prácticamente no salí del cobertizo. "Cobarde", pensaba, porque era el único sitio donde estaba segura de que Jako no entraría a buscarme. No quería verle, y los ángeles debían estar a punto de llegar.

Pero se celebró una cena temprana de despedida, para poder hacer una pequeña fiesta que no obligara a retirarse tarde, y todos debíamos asistir. ¿Sabrían ellos que nosotras sabíamos? Si nos notaban un tanto esquivas, ¿alguna de nostras tenía suficiente "confianza" con su guardián para decirle que conocíamos sus hábitos sexuales a fondo y que nos estaba

costando asimilarlo?

Aparecieron en grupo. Dios, parecían un equipo de baloncesto o algo así. Venían bromeando entre ellos, con el cabello húmedo, seguramente recién salidos de la cueva de los baños, y uniformados con unos jerseys negros de cuello alto abrochados a los lados del cuerpo para salvar el obstáculo de las alas, que resplandecían níveas en contraste con la lana oscura. Los vaqueros descoloridos, las botas de caña, tan grandes, tan atractivos… Y el más guapo, el mío.

Vino directamente hacia mí. Mientras sus compañeros se acercaban al grupo, y saludaban a unos y otras, tanto de la expedición como del campamento, Jako vino hacia mí con una sonrisa deslumbrante y los ojos azules llenos de luz.

- ¡Tess! ¡Has aguantado sin tirarte por el acantilado!

Fue superior a todo. A todas las barreras que había ido levantando desde la tarde anterior, a mis pesadillas de la noche, al rechazo a una realidad que me repelía. Le devolví el abrazo con fuerza y cuando me apartó y se inclinó hacia mí sonriendo le toqué la cara con ganas de llorar.

- ¿Estás bien? ¿Han cuidado bien de ti en mi ausencia?

- Sí… bueno, sí, no ha habido mucha actividad por aquí…

En ese momento se acercó Mac y sentí que me ponía roja hasta la raíz de mis cortos cabellos.

- Hola, Tess, ¿has visto a Carey?

- Estaba por aquí.

- Estás muy guapa, te sienta bien el color de tu vestido. Claro que a ti todo te sienta bien.

- Gracias.

Tenía un arañazo en la mejilla, que desaparecía bajo el cuello del jersey. Las imágenes saltaban delante de mis ojos. Su espalda. El bombeo de sus caderas.

- Voy a ver si la encuentro, nos vemos luego.

Jako me miraba en silencio.

- Eh, ¿qué te pasa?

- Nada.

- Tess, ¿qué te pasa?

No era capaz de sostener la mirada de sus ojos preocupados y me tapé la cara un segundo.

- Ven.

- No, Jako, luego hablamos, en serio, no…

Pero no podía resistirme sin llamar la atención de todos, y dejé que me llevara de la mano.

- Jako, para. Para, por favor.

- Ven aquí.

Estábamos detrás del cobertizo. Me rodeó con el brazo y le empujé.

- No, Jako.

- ¿Confías en mí?

Me levantó la barbilla con los dedos, muy delicadamente y repitió:

- ¿Confías en mí?

- Sí.

- Cógete a mí.

Obedecí y volamos a la plataforma de la torre. Esta vez yo no llevaba arnés, y cuando nos sentamos me cogí de su brazo, disgustada con la altura.

- Qué ha pasado.

- Nada, en realidad.

- Tess, ¿quieres dormir aquí?

- ¿Qué?

- Yo no tengo problema, suelo dormir en los árboles. Y de aquí no

bajamos hasta que me lo digas.

- Tonto – sonreí sin querer.

- Lo que sea – dijo bajito, mirándome con sus grandes ojos que la noche oscurecía -. Por favor.

- ¿Por qué crees que ha pasado algo?

- No me miras a la cara, me estás evitando. Y te pusiste tan nerviosa con Mac que casi te echas a llorar.

- Tina nos mandó a dar un paseo al bosque – me miró en silencio y yo desvié los ojos -. Nos tropezamos con… bueno, él no nos vio, pero todo el grupo vimos a Mac…con una de esas…arpías.

Sentí su brazo tensarse bajo mi mano y miré con gran interés el botón dorado de mi manga, para no levantar la cara

- Tess…

- No digas nada – dije de prisa-. Por favor. No estoy enfadada, no pasa nada. Fue un shock, especialmente para Carey,… miento, fue un shock para todos, pero ya está. Por favor, no quiero hablar de ello.

- ¿Qué visteis? – dijo a media voz.

- Todo.

Un silencio. Largo. Horriblemente largo.

- No sé qué decir, Tess. Lo siento.

- No quiero que te disculpes. No quiero hablar de esto.

Me rodeó de nuevo con el brazo y me devolvió al suelo suave y rápidamente. Caminé a su lado y al pasar por la puerta del cobertizo, le dije que me quedaba, que no volvía a la fiesta, y me dejó marchar en silencio. Lloré de rabia contra Tina. No sabía por qué me daba tanta pena que hubiera pasado todo aquello. Lloré hasta quedarme dormida.

Capítulo 8

La expedición

Para la expedición todos vestíamos ropa oscura y cómoda. El arnés era obligatorio, y lo sería día y noche. Cada uno cargaba una pequeña mochila y un grueso jersey. Las provisiones y tiendas de campaña viajaban en dos carromatos. Éramos diecisiete expedicionarios (todos menos el malogrado Mike), cuatro hombres del campamento, Tina y el portavoz, y un ángel por cada uno de nosotros: en total cuarenta y seis personas. La expedición serpenteaba a lo largo del camino. Dos ángeles volaban delante y dos detrás. Los demás caminaban entre el grupo. Jako cargó mi mochila pese a mis protestas y desapareció atrás, con sus compañeros.

- ¿Se lo has dicho? – preguntó Isa en cuanto nos dejaron solas.

- Sí. Notó en seguida que pasaba algo. ¿Tú lo has comentado con Biorn?

- No. Pero ya sabe que lo sé. Creo que tu chico los puso a todos al día.

- No es "mi chico" – sonreí.

- Bueno, ya me entiendes.

Por ser el primer día, los guías no fueron demasiado exigentes, paramos varias veces, la última a media tarde, en un claro del bosque, cerca de la playa, donde mientras unos montaban tiendas, otros encendían fuego y otro grupo nos fuimos a buscar leña. Isa, Alessandro y yo caminamos juntos recogiendo ramas.

- ¿Qué tal con Jako? – me preguntó el italiano.

- No del todo mal.

- Biorn y yo también lo superaremos – bromeó Isa -. Es un buen chico.

- Hay algunos que lo están pasando peor. Esther apenas se dirige a Geor. El pobre no sabe qué hacer. Mi guardián, Rakko, y yo , hemos estado hablando. Esta noche me reuniré con todos ellos… recordad que soy terapeuta, me he ofrecido para mediar de alguna manera.

- En realidad, esto no tendría que influirnos tanto, no tiene que ver con nosotras – suspiré-. Es…otra especie. Imaginad que en vez de esto fueran distintos porque comieran bebés foca crudos… Nos parecería horrible, pero no dejaríamos de confiar en que van a cumplir su compromiso de

ayudarnos en el viaje.

- Bueno, Tess… Es un poco diferente, en tanto en cuanto tú no eres un bebé foca y no irían a comerte en caso de apuro.

- Oh, vamos, Alessandro,…

- Sabes lo que quiero decir. Comprendo que os podáis sentir menos… seguras. Si yo fuera una mujer, me costaría un poco no darle vueltas al asunto.

- Oye,…

Miré a Isa, que ponía una cara que sus amigos empezábamos a reconocer como la de "hablo en serio", cuando en realidad iba a bromear.

- Alessandro…, cuando has hablado con Rakko, ¿le preguntaste aquello de los diez minutos que te comenté?

- ¡Por Dios! – exclamé y nos echamos los tres a reir.

Alessandro tenía treinta y cinco años aunque parecía más joven con su aire de profesor comprensivo y sus gafitas redondas que le daban un aspecto encantador. Siempre era afable y tenía un sentido del humor pacífico y divertido. Se quitó las gafas y las limpió meticulosamente en su jersey mientras hablaba.

- Sí. Y es cierto. Me dijo que a veces hasta veinte. Pero Rakko, además de ángel, es un poco fantasma.

Amigos y ganas de reír. Mientras mantuviéramos eso, todo iría bien.

Cenamos alrededor de los fuegos del campamento. Los ángeles organizaron turnos para hacer guardia, y luego se dispersaron. Nos dividimos en las tiendas, esta vez mezclados, hombres y mujeres, de un mundo y otro. En mi tienda había siete personas, los cinco del grupo habitual con Tina y uno de los conductores de carromato. Al rato de no conciliar el sueño, y agobiada por lo estrecho de mi saco y de la tienda, me escapé al exterior. Sólo algunos ángeles permanecían ahora ante los fuegos. Distinguí a Geor frente a una hoguera, y me acerqué a enterarme de cómo les había ido con Alessandro. Mi amigo parecía satisfecho de la reunión y nos había dicho a Isa y a mí que todo se arreglaría.

- Hola, ¿puedo sentarme?

- Claro, guapa, ¿no tienes sueño?

- No, no consigo dormirme. Demasiada gente a mi alrededor.

- Sí, esas tiendas no son muy confortables.

Me estremecí y acerqué las manos al fuego.

- Tienes frío – aseveró sin preguntar, y abrió sus alas -. Ven, acércate.

Sonreí y me senté más cerca, de modo que su ala derecha formó una pantalla rodeándonos.

- Ahh, esto es otra cosa – exclamé bromeando y asintió divertido-. ¿Cuánto crees que durará el viaje, Geor?

- Dios, niña, que acaba de empezar, esa pregunta es terrible.

- Oh, vamos, di – me reí.

- Unos cuatro meses.

- ¿Está así de lejos?

- Está lejos. Y viene el invierno. Pronto nevará, y los caminos se volverán intransitables. Seguramente no podremos cruzar la última montaña hasta que empiece la primavera y deshiele.

- Suena interminable – gemí.

- Sólo largo. Y si algo se hará eterno serán las últimas semanas, las pasaremos en una aldea de cruce, un lugar desolado con cuatro casas y cuatro viejos gruñones. Pero de ahí al valle, sin nieve, es cuestión de pocos días.

Las llamas crepitaron y guardamos silencio los dos. El aire era gélido y me aproximé un poco más a él, protegiéndome en el parapeto de su ala.

- Siento lo que ha pasado – dijo de pronto.

- Han pasado muchas cosas – bromeé tocándome el pelo -. No lo cortaste tan mal, y crece de prisa.

- Oh, eso también – sonrió -. Nunca había conocido a una chica tan valiente como tú, Tess.

- Jako dice que estoy chiflada – comenté en tono confidencial, y se echó a

reír.

Aunque nadie nos había hablado de sus jerarquías u organización, sabíamos que Geor era el "jefe" de los hombres voladores, el responsable ante los portavoces. Era un hombre enorme, de los más grandes entre ellos, con aquella cicatriz que le daba un aspecto feroz desmentido por sus ojos castaños y bondadosos. Estaba al cuidado de Esther y ella siempre hablaba de él con entusiasmo….entusiasmo que se había enfriado a resultas de los últimos acontecimientos.

- Jako está muy orgulloso de ti – dijo suavemente-. En realidad, todos lo estamos.

- Vaya, pues muchas gracias.

- Jako es absolutamente fiable, Tess. Que nunca te hagan dudarlo.

- He oído lo de esa mujer, y él mismo me contó algo.

- Eso fue tremendo, sí. Lo pasó realmente mal.

Silencio.

- Geor – dije a media voz -, lo de… lo del sexo… No os preocupéis. Acabará por pasar.

- No me gusta ver que Esther me tiene miedo, Tess.

- No es eso.

- Sí lo es. Lo estuvimos hablando antes con Alessandro. Creo que todas nos miráis preguntándoos qué pasará si nos desquiciamos.

Estaba hablando en serio, pero pensé que el error era tomárselo tan a la tremenda. Le di un codazo suave y me miró sorprendido.

- Venga, Geor, no le deis más importancia. Pasará. Erais demasiado perfectos, teníais que fallarnos por algún sitio. Todo volverá a su lugar, cuando nos resignemos a veros menos maravillosos.

Sonrió y me pasó el brazo por los hombros. A medio camino pareció dudar, pero yo me deslicé contra él haciendo que acabara el gesto. Me estrechó suavecito.

- Gracias, guapa.

Estuvimos un rato hablando del viaje, de otras expediciones que había

acompañado, y luego me mandó a dormir.

- Jako tendrá que cargar mañana todo el camino contigo si no descansas un poco.

- Vale, haré otro intento.

Me acompañó hacia la tienda, yo me cogía de su brazo. Pese a mi grueso jersey, el frío era intenso, y bajo la protección de sus plumas se aguantaba mucho mejor.

- Buenas noches, Geor.

- Tess, ¿tu relación con Jako… ha cambiado desde que sucedió lo de Mac?

- Sí – reconocí -. Pero mejorará – me miraba con tristeza, como diciendo, ¿lo ves? -. Geor, sé que mejorará porque…

- ¿Por qué?

- Porque le estoy echando horrores de menos – reconocí.

Me acosté en mi saco, entre la pared de la tienda e Isa. Jako apenas se me había acercado en todo el día. Pensando si tendría que ir buscando un acantilado para llamarle la atención, me quedé dormida.

Acababa de cerrar mi mochila. Nos habían proporcionado ropa interior de un tejido desconocido, que se secaba de modo prácticamente instantáneo, lo que resultaba muy conveniente en aquellas condiciones, y yo procuraba mantener las cuatro cosas que cargaba como equipaje lo más limpias y ordenadas posibles. Le escuché acercarse y levanté la cabeza con una sonrisa.

- Buenos días, Tess. Ven a desayunar, hemos traído algo que te va a gustar.

- Hola Jako.

Seguí revolviendo mi bolsa, muy ocupada. Sentía el corazón en la garganta, y no era justo, no podía estar sintiéndome como una colegiala sonrojada, sólo porque el ángel más guapo de un mundo de otra dimensión hubiera venido en mi busca.

- ¿Qué te falta? ¿Te ayudo?

- Ya está – me incorporé -. Bueno, me alegro de verte ahora…por si acaso desapareces como ayer.

- Pensé que preferirías que me mantuviera lejos. Pero alguien me dijo que al parecer me echabas de menos.

"Oh, Geor…", gemí para mis adentros.

- Y, de cualquier forma, si me necesitas en cualquier momento, sólo tienes que llamarme.

- ¿Si digo "Jako", aparecerás?

- Claro.

Le miré y vi su sonrisa y me contuve para no abrazarle. Tendió la mano y me revolvió el pelo mirándome a los ojos. Su voz sonó baja y suave.

- Venga. Pregunta. Lo que quieras.

- No, si yo no quiero…

- No importa. De verdad.

- En realidad, no me… - le miré un segundo y me mordí el labio -. Oh, bueno, vale…Tú… ¿tú también lo haces…así?- y sentí que me moría de haberlo puesto en palabras, y balbucí - lo siento, olvídalo…

- No pasa nada – desvió un momento los ojos, luego buscó los míos, inclinando su alta estatura hacia mí, y habló con una sinceridad indudable -. Sí, Tess. No tenemos otra forma de hacerlo. Sé que entre los humanos es diferente. Por algún motivo, no está en la naturaleza de nuestras mujeres mantener relaciones sexuales mientras que para nosotros es una necesidad muy presente. Pero eso no quiere decir que no podamos controlarla.

Yo callaba. No sabía qué contestar a todo aquello. Era otro mundo, en el más estricto sentido de la palabra. No eran humanos, en el más estricto sentido también.

- Tess… no te pido que lo disculpes o lo entiendas. Pero por favor, no pierdas la confianza en mí. Tu bienestar y tu seguridad están por encima de todo para mí.

- Está bien – dije muy bajito-. De verdad, Jako. Podemos dejarlo así. No hay más preguntas, ni siquiera debí hacerte esa, se me escapó.

- Entonces, si todo está bien, mírame a la cara y dime que te volverías a tirar por el acantilado.

- Sí – sonreí.

- ¿Seguro?

- Seguro.

- Están sirviendo el desayuno, pero tenemos tiempo.

- ¿Para qué?

- Para saltar.

- Jako…

- Hace como un siglo que no vuelas conmigo.

Enganché mi arnés a la anilla y me atrajo con suavidad para ajustarlo.

- ¿Lista?

- Del todo.

- Pues cierra los ojos y no los abras hasta que te lo diga.

Cuando volábamos, mis manos estaban en sus hombros y sus brazos entorno a mi cintura y mi espalda, mientras mis piernas rodeaban una de las suyas, porque era más cómodo así que dejarlas colgar sobrecargando las caderas con su propio peso. Todo aquello exigía un estrecho contacto físico, que podía ser más o menos consciente. El límite de la proximidad era absolutamente subjetivo, pero yo había volado muchas veces ya con él, y sabía que en ocasiones la distancia se reducía tanto que no existía en absoluto, mientras que otras, el aire circulaba entre los dos. Esa mañana había distancia, y eso era muy significativo para mí. Cuando me dijo que abriera los ojos y me vi al borde de un desfiladero di un grito y me así a él con todas mis fuerzas.

- No pasa nada – le escuché murmurar a mi oído.

- Jako, no me gustan los precipicios, los acantilados, los… - rogué con los ojos firmemente cerrados.

- Pues vámonos ahora mismo – y saltó sin soltarme.

No era una caída libre, porque él sabía que era peligroso para mí, o sea

que planeamos descendiendo, dejándonos llevar por el viento.

- ¿Todo bien? – le escuché.

- Si sigues sujetándome así de fuerte, sí – contesté, porque ahora no había ni un resquicio.

- Y más fuerte, si quieres.

- Por favor. Lo más fuerte que puedas.

Fue como si nos fundiéramos. Le devolví el abrazo con todas mis fuerzas. Era maravilloso volar. Sobre todo, así, sobre todo con él.

- Me encanta volar contigo – dije sin pensar.

- Eres la pareja perfecta. Te acoplas perfectamente.

- Esto es mágico, Jako, es magia para mí – reconocí.

- Iremos despacito, vamos a hacerlo durar…

Oh Dios, las palabras perfectas en el hombre perfecto, pensé con burla.

Habían traído frutos verdes de las rocas. El resto de mis compañeros no los conocían y estaban entusiasmados. Jako sirvió una ración y nos sentamos juntos a picotear del plato. Pronto se creó muy buen ambiente. Las chicas se relajaron al ver mi camaradería con los ángeles, y envidiaron la cortesía de Jako, pendiente de mí a su manera discreta y poco empalagosa, y se aproximaron a sus guardianes que se volcaron con ellas encantados de abrir brecha en el malestar de los días anteriores. Hasta Tina participaba en las conversaciones, y me sonrió un par de veces.

Esa noche, empezaron las lluvias.

(sigue...)

Capítulo 9

La expedición (continuación)

Despertamos en medio de un delirio de truenos. El agua caía tan fuerte que parecíamos estar bajo una catarata. La tienda de la derecha se desplomó y escuchamos los gritos de la gente tratando de salir. Tina nos dijo que estuviéramos preparados para abandonar la nuestra. Al poco asomó Geor y entre él y Mac nos guiaron en la oscuridad hacia un refugio improvisado en el bosquecillo cercano. En ese corto trayecto nos pusimos como sopas. El refugio consistía en un techado de lonas entre las ramas. El aire agitaba las telas empapadas, que restallaban a nuestro alrededor, salpicándonos como una ducha fría muy desagradable, con un ruido ensordecedor que nos obligaba a gritar para entendernos. Perdí completamente la noción del tiempo, y estaba helada y entumecida cuando aparecieron Jako, Rakko y los demás. Habían estado buscando un lugar más protegido y nos llevaban a unas cuevas al pie de la montaña, donde dijeron que nos esperaban unas hogueras estupendas y mantas secas de los carromatos. Cada guardián se hizo cargo de su protegido, y avanzamos en fila por el terreno empantanado, porque la única luz era la de los relámpagos y nos rodeaba la oscuridad. Jako me llevaba de la mano, las alas entreabiertas para intentar evitar el agua y el aire gélido, y cuando tropecé se inclinó y, sin ningún esfuerzo, me cogió en brazos. No protesté. Estaba tan agotada que hubiera podido dejarme caer al suelo y sentarme a llorar, sin importarme morir ahogada bajo aquella ducha. Al llegar me dejó junto al fuego. Se repartieron mantas alrededor de la hoguera, y nos aconsejaron que nos quitáramos los jerseys mojados, que humeaban con el calor. Obedecí con los demás, pero no podía parar de tiritar, incluso pegada al fuego y envuelta en la manta.

- Bebe esto, te sentirás mejor – me dijo Tina que repartía tazones de un caldo ligero muy caliente. Me quemé la lengua y lo dejé a un lado, frotándome los brazos con fuerza para intentar parar el temblor.

- Ven, Tess, ven aquí.

Jako había estado repartiendo mantas y organizando algún tipo de acomodo en el fondo de la cueva, con sus compañeros. Me tendió la mano y me puse de pie mientras él se deshacía de mi manta.

- Espera, no, tengo mucho frío – protesté.

- Lo sé, ven.

Nos separamos un poco del grupo, buscando espacio suficiente. Sin previo aviso, me rodeó con los brazos y abrió las alas, haciendo que nos envolvieran para crear un lugar pequeño y cerrado. Era exactamente

como estar debajo de un edredón de plumas, plumas de la mejor calidad, y el frío remitió casi inmediatamente.

- Jako, eres mejor que una estufa –bromeé.

- Temblabas como una hoja, me asustaste – y abrió las alas al tiempo que nos separábamos.

Fui consciente de que a Tina no le había parecido bien, pero decidí ignorarla. Era mi ángel, cuidaba de mí. Estaba helada y me había dado calor de una manera rápida y eficaz, y, pensara ella lo que pensara, de lo más inocente.

Amaneció nublado, pero sin llover y el portavoz decidió seguir la marcha. A medio día empezó a chispear, pero no cuajó en lluvia y seguimos andando. Tina se las arregló para emparejarse conmigo y separarme un poco del grupo. Yo vestía una gruesa chaqueta de paño, pantalones y botas, y un jersey de gruesa lana, negro como mi gorro. Echaba de menos unos buenos guantes, y tampoco hubiera puesto reparos a un impermeable aunque fuera de plástico barato.

- Tess, quería hablar contigo.

- Dime.

- Es respecto a lo de anoche.

La miré esperando. No iba a ayudarla autoinculpándome de nada. Sabía que el episodio del abrazo alado, por llamarlo de algún modo, no le había hecho gracia y, sin querer, me sentía un poco culpable, Jako me había tenido abrazada bajo las plumas, era algo extrañamente íntimo, pero sólo de un modo muy subjetivo.

- No sé cómo hacer para que lo entiendas, Tess – y como yo callaba aún, suspiró con fuerza -. ¿Crees que no sé lo que está pasando? Fue mi ángel durante mi viaje al valle, Tess. He estado donde tú estás. Y sabes lo que quiero decir.

¿Había sido "su" ángel? ¿Había cuidado de ella como cuidaba de mí? ¿Volaba con ella y le decía que era su pareja perfecta? ¿La tapaba con sus alas cuando tiritaba?

- Sí, ya te lo dije, yo llegué como tú, en una expedición, y también hice mi viaje al Valle Negro de Ozzier con una caravana, algo más pequeña que esta, guiada por portavoces y protegida por ángeles. El viaje no llegó a los dos meses, era verano y el clima fue muy benigno. Pero disfruté de los cuidados de un ser encantador, exclusivamente volcado en mí, dispuesto a dar su vida por mi seguridad. Un verdadero ángel, de trato y de físico,

Jako, ¿no es verdad?

Calló. Quería creer que hacía aquello por mí, por mi bien, pero no conseguía sentir simpatía alguna por ella. Que se creyera con derecho a hablar de mi relación con Jako porque hubiera sido su guardián, me parecía un gesto de paternalismo y prepotencia.

- Tina, no sé a qué viene todo esto. ¿Qué quiere decir que sabes lo que está pasando?

- Estás fascinada por él. Estás empezando a confundir tus sentimientos, y sobre todo, a confundir los suyos.

- ¿Los suyos?

- Lo que él hace, Tess, lo que todos ellos hacen, forma parte del compromiso, del juramento. Son amables, son educados, son pacientes, incluso cariñosos. Pero no sienten nada. No saben sentir.

- ¿Me estás diciendo que crees que me estoy enamorando de Jako?

- No exactamente "enamorarse", pero sí creo que estás confundida.

- ¿Lo estuviste tú?

- Mira, Tess, el hecho de que te pongas tan a la defensiva, ya es revelador. ¿Por qué no dices sencillamente, "no, Tina, te equivocas"?

- Lo que me "fascina", como tú dices, es que juegues a la maestra o a la jefa benévola, no sé bien, conmigo. Nos avisaste desde el primer día de que tener sexo con un ángel estaba prohibido, y nos amenazaste con cosas terribles, desde explotar como un globo si quedábamos preñadas, hasta castigos escalofriantes para ellos. Por si acaso alguna no lo tenía claro, nos enfrentaste con la escena terrible del bosque, "ojo, no los provoquéis, el sexo con ellos no sólo está prohibido, sino que es espantoso"…

- No lo quieres entender, y te vas a estrellar. Son seres emocionalmente tarados. Abandonados a la muerte al nacer, y criados como animalitos en los campamentos humanos. Nadie los quiere, no aprenden a querer, cuando consigas que te toquen, te besen, se exciten, será sólo sexo lo que los guíe, y tú creerás que tienes su amor y te estrellarás. Pero veo que es inútil. Sigue haciendo escenas con tu ángel, Tess, no te voy a encerrar en un carro, no te dejaré sin comer. Sólo te pido que no lleves las cosas tan lejos que le pongas en aprietos.

Echó a andar y me dejó atrás.

“¿Es lo que te sucedió a ti? ¿Te enamoraste de Jako?”, pero no tuve valor para preguntárselo.

Esa tarde salió el sol unas horas, y la caravana se detuvo para extender las ropas húmedas y encender unos fuegos para preparar algo de comida caliente que todos agradecimos. Mientras acababan el tentempié, abandoné el grupo en busca de mi guardián.

Jako estaba doblando las lonas húmedas de las tiendas antes de reemprender la marcha.

- Hola, Tess. ¿Va todo bien?

- Sí.

- Tienes el ceño fruncido.

- ¿En serio? – sonreí e hizo un gesto de “así está mejor”-. Oye, estuve hablando antes con Tina. Me dijo que fuiste el guardián de su viaje.

- Sí, es verdad, hace ya algunos años de eso.

Me gustaba hablar con Jako cuando me prestaba atención a medias. Contestaba automáticamente a todo, sin pararse a pensar, haciéndome reír muchas veces sin proponérselo.

- Ella… ¿estaba enamorada de ti?

Me miró con curiosidad.

- ¿Lo estaba? - dijo.

- Te lo pregunto.

- Y yo cómo lo voy a saber.

- Venga, Jako, eso se nota.

- ¿Cómo se nota?

- ¡Jako! – enarcó las cejas -. Venga, ¿es que no te has enamorado nunca?

- No… bueno, no lo sé, dime qué es, cómo se siente, tal vez sí y no he

sido consciente.

Contemplé su sonrisa mientras seguía doblando lonas, y pensé, ¿y de quién se va a enamorar? ¿De una de esas arpías? Las mujeres del campamento estaban prohibidas, igual que las de las expediciones. Y aquello que había dicho Tina de que "estaban emocionalmente tarados"…

- Pues cuando estás enamorado te portas como un tonto… como si estuvieras atontado… - su sonrisa se acentuó pero no le dejé hablar -. Quiero decir, que estás distraído, pensando en la otra persona, y a veces haces bobadas sólo para que te mire, y cuando estás con ella te sientes bien, feliz, y cuando no está la echas de menos, y cuando vas a verla te duele el estómago de nervios…

- Geor me dijo que me echabas de menos. ¿Estás enamorada de mÍ?

- ¡No! – exclamé sobresaltada -. Te echaba de menos de otra manera, porque estabas apartado y eres mi amigo y…

- Esto empieza a ser un poco complicado – protestó y yo le di un empujón y se echó a reír -. No, creo que nunca me he puesto a hacer el tonto para que nadie me mirara, y sólo me duele el estómago si me paso con la comida,…

- Oh, ya te vale. Está bien, debe ser cosa de los humanos, no de los ángeles – murmuré.

- Vaya, qué lástima, ¿me pierdo algo bueno, entonces?

- Cuando sucede, y va bien, y el otro también te quiere, es… - ¿cómo ponerlo en palabras? -... precioso. Aunque – reconocí para ser justa -, también puede doler si va mal.

Asintió en silencio, como si, realmente, estuviera siendo cortés pero el asunto no le importara en absoluto, haciéndome reír.

- ¿Y a qué venía todo esto?

- Creo que Tina piensa que todas estamos en peligro de enamorarnos de vosotros.

- Bueno, no sé de enamoramientos, pero en todas las expediciones hay una o dos chicas que hacen un poco el tonto, como tú dices, y no sé si lo disfrutan o no, pero suele haber llanto de por medio. No pasa nada – añadió con un guiño -, somos capaces de manejarlo bastante bien, y siempre jugamos con ventaja, porque a medida que nos acercamos al valle, las chicas empiezan a tener otros intereses, la emoción de volver a

casa, supongo.

- Pero ella, Tina, no se fue – recordé.

- Es verdad, pero le costó mucho decidirse. En tu mundo, no podía ver, nació ciega. Pero quedarse en este mundo, tan diferente, fue duro.

- ¿Volviste con ella al campamento?

- No… yo me quedé en el valle, tuvimos un encontronazo con gente poco amigable y estaba herido. Volvió con…un guardián que se llamaba Hillo. Fue una historia triste, él murió en un ataque de merodeadores poco después.

- ¿Defendiéndola?

- Sí. La pobre Tina se quedó destrozada. Eran buenos amigos, además de ser su guardián.

No dije nada, pero empecé a tener una idea un poco distinta sobre los motivos de Tina. Posiblemente había una historia de amor, pero Jako no era el protagonista. Luego estuvimos bromeando, yo reconocí que le considerábamos el más guapo de los ángeles y él me aseguró que yo era la chica favorita de sus compañeros.

- Creía que no os fijabais en nosotras – acusé burlona.

- Tenemos alas, pero eso no impide que usemos los ojos.

- De cualquier manera, no te creo – dije divertida -. Hay chicas más guapas que yo en la expedición.

- A los ángeles nos gustan las chifladas – confesó en tono confidencial, y sonriendo ante mi risa añadió -, especialmente si son tan bonitas como tú.

Y, como no solía piropear a nadie, me puse colorada.

(sigue...)

Capítulo 10

La expedición (continuación)

Viajamos entre lluvia y sol durante toda la semana. Caminábamos cerca de los bosques, procurando evitar internarnos en ellos, porque representaban un riesgo, cualquier enemigo potencial podía esconderse en ellos. Además, nuestros ángeles necesitaban espacio para desplegar sus alas si necesitábamos salir volando de prisa ante un ataque, y eso no era posible excepto en un claro.

El frío arreciaba y cada rayito de sol era bienvenido. Las montañas a las que nos aproximábamos estaban totalmente cubiertas de nieve, y dentro de la ruta, figuraba hacer una parada en el campamento asentado al pie del desfiladero por el que cruzaríamos, para proveernos de las ropas y el calzado adecuados. El portavoz mantenía el paso de la caravana a buen ritmo, a veces extenuante, y a medida que los días pasaban, los nervios crecían, aunque todos fingieran que no lo notaban. Era fácil comprender que los días se iban acortando, y que la oscuridad dificultaba la movilidad y la defensa. Cuanto antes nos encontráramos bajo la protección de un campamento, más seguros estaríamos. Porque además, como descubrimos poco después, la mal llamada"hibernación" de los merodeadores, había terminado.

Carey y yo nos moríamos por las nueces rojas, como ella decía, "tía, esto es un enganche, seguro que llevan cafeína o nicotina, u otra "ina" de ese estilo", el caso es que pedimos permiso para dar un paseo por el bosque a ver si encontramos un nogal antes de que la nieve nos hiciera perder toda oportunidad de encontrar esos frutos. Con la condición de no alejarnos, nos adelantamos a nuestros ángeles, que estaban ayudando a reparar el eje de una de las carretas. Se habían formado un par de pequeñas expediciones en busca de madera y frutas, y el campamento se veía muy vacío.

Encontramos el nogal en un claro y llenamos nuestras bolsas con las nueces más grandes. Carey y yo no éramos exactamente amigas, me llevaba mejor con Esther, y sobre todo con Isa, pero teníamos buena relación desde mi aventura con el baño negro. Mientras que yo me seguía sintiendo bastante incómoda delante de Mac, Carey parecía haberlo superado y volvían a ser la pareja coqueta que no paraba de piropearse, siempre de buen rollo. El era tan grande y ella tan delgadita y pequeña que daba risa verlos.

- Tess… ¿Qué es eso?

- ¿Qué cosa?

- ¿No lo has visto? Entre esos matorrales. ¡Mira!

"Oh, no. Por favor, no". Era un merodeador. Salió despacio de la maleza, a saltitos, aleteando suavemente con sus cortas alas de gallina. Cogí de la mano a Carey sin perderle de vista.

- Cuando diga tres, empezamos a trepar al árbol. Lo más rápido que puedas, Carey, no mires atrás.

- ¿Trepar? ¿No es mejor que corramos hacia el campamento?

- Yo los he visto correr, no lo conseguiremos.

- ¿Y si trepan?

- Esperemos que no tan rápido como nosotras. Uno, dos, ¡tres!

El monstruo no esperaba que nos volviéramos y desapareciéramos árbol arriba, en vez de echar a correr. Le costó reaccionar y eso nos dio tiempo suficiente para alcanzar las ramas bajas y empezar a trepar. Las ramas eran fuertes y anchas y subimos de prisa, pero llegó un momento en que perdieron grosor, y cuando una se rompió bajo mi pie, nos detuvimos, sin respiración. Carey gemía y yo no escuchaba al merodeador y eso me daba pánico, ¿qué hacía? Era imposible subir sin hacer ruido, ¿o no?

- Calla, Carey, escucha…

Alas. Ya estaban allí.

- ¡Tess! – escuché gritar a Jako, y luego la voz más grave de Mac, llamándonos a las dos.

- Estamos aquí, en el árbol grande… Jako, hay un merodeador, no sé dónde está…

- Tranquila Tess, estoy aquí. No os vemos, la copa es muy densa, ¿podéis subir más?

Carey intentó izarse sobre una de las ramas, pero el chasquido fue inmediato.

- ¡No podemos, se rompen las ramas! – gritó -. Mac, Mac, sácame, de

aquí, sacadnos de aquí, por favor…

- No va a pasar nada, Carey – escuché a su ángel -. Mirad, no podemos bajar a buscaros, nuestras alas no pasan por la copa, si no podéis subir para que os alcancemos desde arriba, tendréis que bajar.

- ¿Bajar? – exclamó ella y las dos intercambiamos una mirada de pánico.

- El merodeador está abajo, al pie del árbol – escuché la voz de Jako -. Lo distraeremos y podréis bajar. Cuando Mac os lo diga, bajad lo más rápidamente posible.

- No puedo, Tess, no puedo hacerlo – susurró Carey -. Es uno de esos merodeadores, como los del bosque del campamento, el que mató a Mike. Aún tengo el olor en la memoria, y este es aún más asqueroso,…

- Lo sé, pero ellos nos defendieron entonces y nos defenderán ahora. Carey, yo también tengo miedo, pero no podemos hacer nada más, obedezcamos y dejemos que lo dirijan ellos.

- ¡Bajad!¡Rápido!

Sobresaltadas, empezamos a bajar muy deprisa, sin pensar. Salté al suelo antes que ella. En el pequeño claro, Jako y Mac daban vueltas alrededor del merodeador, que parloteaba furioso intentando romper el círculo con sus zarpazos.

- ¡Carey! – gritó Mac – Cuando te lo diga, corre hacia el camino…. ¡Ahora!

- ¡Corre! – exclamé.

Mi compañera dio un grito y salió trastabillando, al tiempo que Mac levantaba el vuelo. El merodeador se volvió hacia Carey espumeando por la boca entreabierta y quiso correr con los brazos extendidos hacia ella, pero Jako aprovechó que le daba la espalda para rodearle el cuello con el brazo y sujetarle, forcejeando con él. Yo lo miraba con angustia, era lo mismo que había hecho Tot cuando casi lo mató el monstruo.

Y de repente, otro merodeador apareció a la derecha de mi árbol. Me quedé helada de pánico, pero no me veía, estaba pendiente de Carey, y echó a correr hacia ella.

Los merodeadores podían desarrollar mucha velocidad, yo lo sabía, pero vi que el mecanismo de su carrera precisaba unos cuantos saltitos cortos antes de arrancar, no iba a poder pillarla… pero entonces aulló…y Carey volvió la cabeza… y tropezó, cayendo cuan larga era, antes de llegar a la parte del claro donde las alas de Mac podían desplegarse. Jako, que

continuaba forcejando con el primer monstruo, dio un giro forzado a la cabeza que retenía con el brazo. El ruido de las vértebras al romperse fue audible en el silencio del bosque. Lanzó el cuerpo del merodeador a un lado y se precipitó hacia delante, llegando justo a agarrar un ala del otro bicho, que se abalanzaba sobre Carey en ese momento. Como si fuera un ballet coordinado, Mac tiró de las manos de la chica, la levantó en vilo, y retrocedió justo al borde donde pudo aletear y ascender rápidamente.

Jako se había quedado con el ala desgarrada del monstruo en la mano y retrocedió esquivando sus zarpazos mientras la bestia aullaba de un modo horrendo.

- ¡Sube al árbol, Tess! ¡Trepa, rápido!- me gritó. Y yo volví a desaparecer hacia la copa, temblando y llorando, pero subiendo a buen ritmo.

Llegué a las últimas ramas firmes y me acurruqué, secándome los ojos con las manos, tratando de estar lo más serena posible para poder seguir sus órdenes. El silencio me pareció más amenazador que los balbuceos del monstruo. Oía mis propios latidos retumbar en mis oídos, y de pronto, el rumor de las alas sobre mi cabeza, y la voz de Jako.

- ¿Tess?¿Estás bien?

- Sí… creo que sí. Pero, Jako…. – y lo dije pese a saber que sonaría idiota - … estoy muy asustada.

- Estoy aquí, sabes que no voy a dejar que te pase nada.

- Lo sé. ¿Estás herido? ¿Te han hecho daño?

- No. Estoy bien. Escucha, no podemos salir por abajo. Carey sangraba mucho, Mac se la ha llevado al campamento, necesitamos ser al menos dos para manejar al merodeador.

- ¿Sigue abajo?

- Sí.

- Jako… ¿qué vamos a hacer?

- Podemos esperar que Mac mande ayuda desde…

Sentí que se desencadenaba en mí un terror paralizante al escuchar los gruñidos del merodeador mientras empezaba a ascender por el árbol. Cayó al suelo un par de veces, pero se levantó de prisa y pronto estuvo subiendo, despacio pero sin detenerse.

- Jako… - susurré.

- ¿Puedes subir un poco más?

- Quizá sí – y busqué a mi alrededor, y empecé a trepar otra vez.

El merodeador zarandeaba el árbol con el esfuerzo de subir, y di un grito cuando perdí pie por un momento, pero volví a equilibrarme.

- Tess, sigue subiendo con cuidado – dijo Jako, y ahora sonaba más cerca, y no era porque yo hubiera ascendido mucho más. Jako estaba rompiendo las ramas que había por encima de mí, para abrirse camino.

Una oleada de hedor putrefacto me rodeó de repente, y escuché, pocos metros por debajo, el ruido del bicho subiendo con un parloteo desquiciante. Sentí que no podía soportarlo, que me iba a volver loca de miedo, y en eso, las ramas clarearon sobre mí, y tras un ligero lecho de hojas vi las manos de Jako, destrozando el árbol como una máquina.

- Eh, qué guapa estás, te sienta bien el verde – dijo asomando su cara ya casi al alcance de mi mano.

- Oh, Jako, está aquí, está aquí – sollocé tratando de alcanzarle.

Otra ráfaga de aire putrefacto y el cloqueo del monstruo. No quería, pero me encontré mirando hacia abajo. En el mismo instante que una mano descarnada, con dedos largos de uñas como estiletes, cogió la rama justo bajo mi pie, dejándome sin aire, me sentí izada de espaldas, por las axilas. Me volvió hacia él y yo le eché los brazos al cuello, llorando como loca, mientras nos elevábamos, rápido, suavemente.

- Ya está, Tess, ya se acabó, ¿estás bien? ¿Seguro?

- Sí, sí - me cogía por la cintura y de pronto vi las grandes manchas de sangre sobre mi ropa y pensé, "me ha pillado, me atravesó con las zarpas y no lo note en el shock, pero me estoy desangrando…." – Oh, Dios, ¿qué…?

Me costó unos segundos darme cuenta de que la sangre era suya y di un grito.

- ¡Estás herido! ¡Jako! ¡Te ha herido!

- No, Tess – yo lloraba a lágrima viva, absolutamente histérica, segura de que se desplomaría como Tot, que ahora estábamos en el pequeño campamento ambulante, sin nada para cuidar de él, y moriría -. Tess, no

me ha herido, son mis manos lo que sangra.

Tuvo que decirlo un par de veces hasta que le entendí. Me estrechó con un brazo y me mostró la otra mano con una sonrisa.

- No pasa nada, las ramas jóvenes de la copa de los árboles se resistían un poco, pero no es nada más que eso.

Tenía la mano destrozada, en carne viva.

- Jako… - murmuré.

- Estoy bien, tonta.

- Gracias, oh, Jako, gracias…. – y le cubrí de besos sin pensar.

La sorpresa le hizo detener el vuelo, y planeamos un momento un poco erráticamente, hasta que se detuvo aleteando suavemente, colgados del cielo en vertical.

- Tess… - dijo entre divertido y perplejo.

- Lo siento, perdona – rogué sonrojadísima, pero ahora él miraba a algún sitio, a mi espalda.

- ¿Qué es eso?

Sobre las sombras del atardecer se alzaba una columna de humo negro.

Al acercarnos distinguimos a Mac sobrevolando en círculos la zona. Vino hacia nosotros, con Carey desvanecida en sus brazos.

- ¿Qué ha pasado? ¿El campamento?

- No bajes – dijo haciendo un gesto hacia mí con la cabeza.

- ¿Han atacado el campamento? – dije sin voz.

- Debieron sorprenderlos, no llevamos fuera tanto tiempo, tuvo que ser un ataque brutal y rapidísimo.

Sentí que todo me daba vueltas.

- ¿Quién ha atacado? ¡Mac! Estoy aquí, despierta, te oigo y veo el humo abajo, y que hables en jeroglíficos no me ayuda, ¿qué ha pasado?

Jako asintió con la cabeza, y Mac me miró a la cara.

- Los merodeadores nunca cazan solos. Los dos que vimos nosotros debieron separarse del grupo. El resto, no sé cuántos, pero muchos, atacaron el campamento por sorpresa. Están todos muertos.

- ¿Todos muertos? – murmuré.

- Los que se quedaron, las expediciones no lo sé. Si se encontraron a los merodeadores con tiempo de escapar, habrán sobrevivido, sino….

- Isa estaba en uno de los grupos que salió, y Esther y Alessandro, y con ellos Geor y Biorn y…

- Hemos de encontrar un sitio seguro para descender y que podamos atender la herida de Carey, luego los buscaremos – dijo Jako.

Tras sobrevolar la zona un rato, nos dejaron en una meseta de la montaña que hacía como un saliente, con una cueva profunda. Mac se quedó para protegernos y Jako salió a buscar a los posibles supervivientes. Estaba anocheciendo cuando escuchamos el batir de alas acercarse. Carey se había despertado hacía un rato. Su herida era superficial, un arañazo feo pero que curaría bien. Mac había hecho fuego y calentado agua aceitosa de una especie de cocos que untó sobre la pierna de mi compañera. Estaba tan asustada que no podía ni hablar, y se agarraba a mí como un náufrago. Me eché a llorar de alivio cuando vi a Geor y a Biorn, y en seguida estaban conmigo Alessandro y las chicas, destrozados por los acontecimientos.

También estaba allí el otro grupo, y entre ellos el portavoz, que empezó a dar órdenes metódicas para organizar la noche y mandó a un grupo de ángeles al mando de Geor a hacer una visita al campamento. Revisó la herida de Carey y ordenó que cocieran unas hojas para las manos de Jako. Nos acurrucamos en el fondo de la cueva para dormir. Tina era una de las víctimas de la tragedia, y eso me pesaba como una losa sobre el pecho, por haber discutido tanto con ella.

El día siguiente fue de gran actividad. El portavoz nos comunicó el plan a seguir: como no teníamos carromatos, ni gente para guiar y proteger con suficiente seguridad la caravana, viajaríamos por separado hasta el campamento del desfiladero, donde podríamos encontrar refuerzos y todo lo necesario para seguir hacia el valle. El campamento estaba a unos tres días de camino, volando con nuestros ángeles. Cada uno llevaría una mochila con provisiones y lo estrictamente necesario para sobrevivir ese tiempo para que la carga no nos retrasara.

Geor dijo, preocupado, que para poder volar rápido debían subir bastante

alto, y que no lo resistiríamos con las ropas que llevábamos.

- Hará mucho frío, ya lo hace a ras de suelo, arriba serán varios grados menos...

- ¿Y por qué no utilizamos las mantas que nos queden y fabricamos algo de abrigo? – dije en voz alta.

Se volvieron hacia mí.

- ¿Qué propones? – preguntó el portavoz.

Con las lonas de las tiendas creamos una especie de ponchos que nos cubrían hasta los pies y los recubrimos por debajo con la piel y la lana de las mantas. Una vez puestos, se anudaban bien a la cintura, las piernas y los brazos, con cuerdas y tiras de cuero. Estéticamente, no los hubieran admitido ni en la más cutre de las pasarelas, pero resultaron bastante calientes. La gente estaba encantada, y como los ángeles no los necesitaban, hubo lona y pieles para todos. La idea era volar en formación todo el tiempo posible, pero luego, cada uno iría a su ritmo y se buscaría la vida. Lógicamente, era más fácil buscar una cueva para dos que para veinticuatro, y con la orden de no bajar la guardia ni un momento, el grupo echó a volar quedando en encontrarnos dentro de tres o cuatro días en el campamento.

Ese primer día volamos con Biorn y Rakko, y compartimos con ellos un refugio de madera y piedras en un saliente de la montaña, que Isa llamó muy acertadamente "palomar", porque eso era lo que parecía. A pesar de mi invento, habíamos pasado muchísimo frío, hasta el punto de que los ángeles habían descendido varias veces haciendo vuelos muy rasos para dejarnos entrar un poco en calor. El palomar tenía chimenea, no era muy grande y en seguida se calentó de un modo delicioso. Mientras Rakko y Alessandro cocinaban las pequeñas raciones echando mano de la fantasía del italiano, Geor hacía un vuelo de reconocimiento e Isa y Esther organizaban unas camas extendiendo los ponchos por el suelo, yo ayudé a Jako a quitarse las vendas de las manos y a extender el cocimiento de hojas sobre su maltratada piel. Había estado sangrando todo el día, y la humedad y el frío del vuelo no le habían beneficiado nada. Aunque esa mañana habían tenido un aspecto bastante bueno, ahora volvían a estar abiertas todas las heridas, la carne reventaba en un suero sanguinolento y los dedos estaban morados.

- Esto no me gusta – dije a media voz.

- Mañana estará mejor, ponme las hierbas, cicatrizará en seguida.

Apliqué con cuidado la pasta por las palmas, los dedos, el dorso de sus

grandes manos.

- ¿Duele?

- Se puede aguantar.

Le vendé con paños limpios y eché a hervir en un recipiente de barro que encontramos allí las vendas usadas. Una vez limpias las extendí cerca del fuego para tener recambio al día siguiente. Esa noche dormimos bien, los ángeles hicieron guardia, mantuvieron el fuego encendido y el calor y la sensación de seguridad nos permitieron descansar.

Durante el vuelo del día siguiente, nos separamos cuando Jako y yo nos detuvimos para cambiar el vendaje empapado de sus manos, y ya no volvimos a encontrarlos. Nos refugiamos en otro palomar, incluso más pequeño, una cueva artificial hecha de barro cocido en adobes, suficiente para cobijarnos y poder encender el fuego. Cuando le quité las vendas, tras la cena, el calor del pequeño cuarto las había secado sobre la piel, adhiriéndolas a las heridas. Supe que no iba a estar bien cuando se le escapó un gemido al intentar separarlas de su piel machacada.

- Lo siento – me disculpé.

- No, está bien, duele…un poco.

¿Un poco? Contemplé en silencio la piel amoratada alrededor de las heridas que volvían a sangrar ahora mansamente. Los dedos tenían un aspecto espantoso, hinchados y casi negros.

- Jako, no puedes volar así.

- Mañana estará mejor, ya lo sabes.

- No, estará un poco mejor, pero volverá a estar fatal por la noche. Jako, no puedes exponerlas al frío y la humedad. Mira tus dedos, podrías perderlos.

Los movió con cuidado.

- En un par de días llegamos al campamento, allí curarán del todo.

Apliqué con mucha suavidad, sin rozarle apenas, la cocción de hierbas, viendo cómo se crispaban las manos por el dolor, y dije sin levantar los ojos:

- Nos dijeron que siguiéramos vuestras recomendaciones, pero que no

podíais darnos órdenes ni obligarnos a nada, ¿es así?

- ¿Y eso a qué viene?

- Viene a que si depende de mí, como al parecer depende, mañana no vamos a volar. Nos quedaremos aquí uno o dos días o lo que haga falta hasta que mejoren.

- No podemos hacer eso. Tess, mírame – levanté los ojos sin sonreír -. No podemos hacer eso. No tenemos provisiones.

- Pues comeremos menos o no comeremos nada. Jako, yo no me voy. Y tú no puedes irte sin mí.

Me miró con preocupación.

- Tess, estoy bien, no seas tonta, no podemos hacer eso.

- ¿Por qué no?

- Porque va en contra de tu seguridad, de tu bienestar, porque…

- Me quedo.

- No me hagas esto, Tess – rogó en voz baja -. Por favor.

- No voy a irme, Jako, ni lo voy a discutir más.

Me acosté al fondo de la pequeña sala, y él se quedó sentado junto al fuego, sus grandes alas plegadas a la espalda, las manos extendidas cerca del calor. Estaba tan pensativo, iluminado por las llamas del pequeño hogar, que me dio mucha pena. Pero yo no iba a tener sobre mi conciencia los dedos gangrenados de nadie, y menos los suyos.

- ¿Duermes, Tess? – le escuché de repente.

- Aún no.

- Eres una chica extraña – callé -. Estás actuando en contra de tus intereses.

- Si vamos a discutir eso otra vez, prefiero dormir. Buenas noches.

- Hace algún tiempo – siguió, en voz baja, como para dejarme dormir si no quería escucharle -, me rompí un ala durante una expedición. Era el guardián de un tipo muy agradable, realmente simpático. Aguanté más de la mitad del viaje en esas condiciones, por suerte no hubo que volar trayectos muy largos, pero cuando tocaba volar, lo hice, y en ningún

momento el chico se preocupó de si me costaba más o menos esfuerzo. Y era lo lógico. No era su problema, yo era su guardián y estaba ahí para eso.

Me incorporé apoyando la mejilla en la mano. Se había vuelto un poco hacia mí.

- No deberías hacerlo, pero estás cuidando de mí. Es una extraña sensación.

- Bueno, ya sabes que estoy un poco chiflada – dije suavemente.

- Gracias, Tess.

- De nada.

Desperté varias veces, y siempre estaba allí sentado, vigilando el fuego, sus alas levemente encorvadas, sus manos vendadas apoyadas en las rodillas o extendidas ante la lumbre.

Pasamos el día buscando frutas y hierbas por el bosque que crecía al pie de la montaña. Hicimos una sopa deliciosa con algo similar a los piñones, y cocimos los huevos que encontró Jako en un nido. Por la tarde llovió sin parar, y estuvimos sentados junto al fuego, mientras yo rehacía mi poncho para que fuera lo más estanco posible… y por algo más, que me ocupé de ocultar. Dimos un paseo antes de cenar una pequeña porción de las provisiones, apenas un bocado, pero nos reímos tanto hablando tonterías, que no lo hubiera cambiado por el mejor banquete. Habíamos recogido algo similar a las castañas, al menos Jako dijo que se asaban, y cuando las puso al fuego la habitación se llenó de un olor perfecto a madera quemada.

Preparamos el cocimiento de hierbas, retiramos las vendas, que habían permanecido secas todo el día, y los dos nos quedamos callados un segundo. Las palmas estaban cubiertas de las cicatrices rojizas, que ahora no supuraban ni sangraban, estaban cerradas, tiernas pero cerradas, y los dedos estaban sonrosados y aunque hinchados, ya no parecían salchichas.

- Eh…esto es otra cosa, ¿no te parece?

- Vaya si lo es – murmuré tocando la palma con la punta del dedo - .¿Duele?

- No – abrió y cerró los puños con cuidado, y las cicatrices resistieron bien

-. Está un poco tirante, pero no es como ayer.

- Están estupendas. Mira los dedos. Anoche parecía que se iban a caer como ramas podridas.

- Dolían bastante – reconoció con una mueca -. Bueno, ¿entonces qué?

- ¿Qué de qué?

- ¿Podemos volar mañana? ¿Por favor?

- Si me prometes usar estas manoplas que te he hecho esta tarde con un poco de lana del poncho – y las saqué de donde las tenía escondidas

- Tess, se suponía que estabas reforzándolo, no rompiéndolo…

- No lo he roto, está perfecto.

- Vale, me las pongo, salimos mañana.

- De acuerdo.

- ¡Bien!

Empecé a untar el cocimiento, sonriendo sin querer a su entusiasmo.

- Qué pequeñas son tus manos – dijo de pronto.

- En comparación con tus manazas, sí – contesté sin levantar la cabeza.

- Toda tú eres pequeña y delicada. ¿Cómo te las arreglas en tu mundo para sobrevivir?

- Allí es todo diferente. No hay peligros del tipo de los merodeadores. No se necesita la fuerza física tanto como aquí.

- ¿Quién cuida de ti allí?

- ¿Cómo? Oh no, no tengo un ángel guardián, si a eso te refieres – sonreí y levanté la vista. El me miraba pensativo.

- ¿Tienes un…esposo, como hacen las mujeres de aquí?

- Tuve uno – reconocí -. Pero ya no lo tengo, decidimos separarnos.

- ¿Decidisteis separaros?

- En mi mundo, si las cosas no funcionan con tu esposo, el matrimonio se rompe y cada uno va por su lado.

- ¿Pero y las promesas? ¿No hacéis promesas? Aquí los esposos hacen un juramento. Y es como el que los ángeles hacemos, no se puede romper.

- En mi mundo, las promesas se rompen.

- ¿Y te ha dejado sola? – y sonaba un poco indignado, lo que me hizo reír, sorprendiéndole.

- Jako… Fui yo quien le dejé a él. No quería estar con él. ¿Recuerdas lo del enamoramiento que te decía? No estaba enamorada. Sin amor, no quieres estar unida a otro. Al menos, yo no quise – acabé de vendarle y me levanté -. Sé que suena complicado. Bueno, esto ya está, ¿hora de dormir?

- Sí, mañana te despertaré al amanecer.

Sentado frente al fuego su cara quedaba en las sombras.

- Entonces, ¿no estás con nadie?

- No. Pero, de verdad, mi mundo es diferente. Y- reconocí sólo medio en broma -, de cualquier modo, allí nunca encontraré a nadie como tú.

- Tampoco aquí hay nadie como tú – dijo suavemente.

Sonaba como si …¿sintiera timidez al decirlo? Por un momento mi corazón se disparó, pero eché el freno recordando con qué podía compararme. Ser mejor que una arpía no era realmente un mérito digno de un currículum.

Al día siguiente, viajamos casi sin descanso. Hacía un día de sol, y el frío se aguantaba aceptablemente. En nuestras paradas, revisábamos las vendas, que se mantenían secas dentro de las manoplas, y en el rato que paramos a hacer un caldo, aproveché para levantar el vendaje y poner una nueva capa de cocimiento, comprobando que seguían bien, incluso algo mejor que la noche anterior. Jako me dejaba hacer, tendiéndome las manos en silencio. No habló mucho durante todo el viaje, y por la noche, avistamos las murallas del campamento. Habíamos llegado.

(sigue...)

Capítulo 11

La expedición (continuación)

El campamento era en realidad una aldea con sus calles y sus casitas de adobe, la plaza del mercado, el ayuntamiento o la casa portavoz, como ellos decían. Vivían allí unas cien personas, quizá más, organizadas en familias o en grupos de convivientes, como si fueran comunidades religiosas. Eran cazadores y tenían una industria para tratar las pieles. Hacían ropas y botas de invierno, de buena calidad, capaces de aguantar el frío de la que llamaban Montaña del Paso. Sus ángeles vivían fuera de las murallas, en pequeñas casas colgadas de los árboles desde donde protegían la aldea. No conducían exploraciones, y tenían escasa relación con los humanos. Sin embargo, en la aldea sabían por las expediciones previas, que nuestros ángeles no se separarían de sus protegidos, y habían habilitado uno de los bastiones de la muralla para que se alojaran allí. No les consideraban mejores o dignos de mejor trato que sus propios hombres voladores, por lo que no estuvieron invitados a la cena de bienvenida que se llevó a cabo al día siguiente para celebrar que el grupo de visitantes se había completado. Fue una cena distendida y cordial. La historia del ataque de los merodeadores fue versionada mil veces, y seguida con morboso interés. Aunque estaban demasiado al norte como para que los monstruos se acercaran por sus tierras, los conocían perfectamente. Por otra parte, tenían sus propios enemigos y sus batallitas que contar. Algunos de nuestros chicos se mostraron interesados en saber más sobre ello, pero las conversaciones se diversificaron y en mi lado de la mesa predominó el buen humor y las bromas.

Sentado frente a mí estaba uno de los portavoces de la aldea. Se presentó como Sazno, insistiendo en que le tuteáramos y no le llamáramos portavoz. En la aldea había un portavoz "de guerra", que era el verdadero jefe, y un portavoz de "supervisión", que por lo que explicó ejercía el papel de administrador. Era una comunidad rica, la más desarrollada y avanzada de la zona, de lo que se sentían claramente orgullosos. A nosotros, los miembros de la expedición, nos miraban con curiosidad. Estaban acostumbrados a que las expediciones pararan en la aldea, pero hacía casi un año que no llegaba ninguna, y estaban encantados de tener visitantes. Sazno nos dijo que habían previsto varias fiestas para que nuestra estancia entre ellos fuera lo más agradable posible.

- Tenemos que celebrarlo, hacía mucho que no veíamos mujeres tan hermosas por aquí.

Lo dijo mirándome a mí, y levantó su copa como brindando. Por un momento, la sorpresa me impidió reaccionar, ¿estaba coqueteando conmigo?, pero le devolví el brindis con una sonrisa cauta. Era un hombre

alto, de aspecto imponente, sobre todo por su cabeza, que era bastante grande, con un cabello oscuro y denso que la hacía muy llamativa. Sus rasgos eran correctos, con profundos ojos negros que miraban de frente, la nariz grande y unos labios carnosos y siempre sonrientes. Vestía una especie de chaqueta larga de piel, sobre una camisa blanca y unos pantalones de cuero oscuro. Llevaba botas muy altas, como de mosquetero. Y, como comentamos más tarde Isa y yo, muertas de risa, se consideraba arrebatador. Pasó el resto de la cena tonteando con todas las chicas de alrededor, incluidas las que se acercaban a servirnos. Yo estaba muy cansada, y quería ir a curar las manos de Jako antes de acostarme, y en cuanto pude me excusé.

Paseé bajo la muralla, mirando hacia las sombras, y no tardó en aparecer a mi lado.

- Buenas noches, ¿has cenado?

- Sí, ¿todo bien?

- Todo bien – asentí.

De repente me sentí bien de verdad, y comprendí por qué. Habíamos pasado tanto tiempo y tantas cosas juntos desde que llegué a ese mundo, que el día se me había hecho muy largo sin él. Los ángeles no paseaban por la aldea, y aunque estaba segura de que se las arreglaba para estar, como siempre, pendiente de mí, no nos habíamos visto.

El sonreía mirándome en silencio.

- Vine a desearte buenas noches y a echar un vistazo a tus manos.

- Están estupendas. Geor me puso las hojas hace un rato. No me creyó cuando le expliqué lo mal que estaban hace dos días.

- Déjame verlas.

- Eh, ¿y esa confianza que te hacía tirarte por los acantilados?- bromeó fingiendo enfado mientras me tendía las manos y me miraba deshacer el vendaje con cuidado.

- Es increíble – reconocí mirándolas.

- Y está la piel mucho menos tensa, casi no me duelen al cerrarlas

- Genial – murmuré pasando el dedo con cuidado sobre las cicatrices.

Levanté los ojos y encontré los suyos fijos en mí. Si hubiera sido un hombre “sin alas”, si hubiéramos estado en mi mundo, hubiera estado

segura de que iba a besarme. Me quedé muy quieta, y en eso, Geor y Biorn aterrizaron junto a nosotros. Hablamos de la aldea, de la próxima meta del viaje… y me fui a dormir pensando que me lo había imaginado.

Lo que rápidamente estuvo claro que no me imaginaba, era la predilección de Sazno por mí de entre todas las chicas. Isa y Esther me tomaban el pelo, pero no podíamos dar un paso fuera de la cabaña que nos habían asignado a las tres, sin que nos tropezáramos con él e hiciese todo lo posible por acapararme. Era correcto, muy amable, y un tanto empalagoso y yo no estaba de humor para seguirle el rollo, sobre todo cuando sólo podía dar lugar a problemas, ya que no quería nada con él y no pensaba dejar que creyera otra cosa. Cogía mi mano y la ponía en su brazo mientras paseábamos por las callejuelas o curioseábamos en el mercadillo. No podía manifestar el menor interés por ninguna chuchería sin que inmediatamente me la comprara o me la encontrara en la cabaña al volver.

Los días siguientes a la cena no vi a Jako para nada. Isa me explicó que estaban haciendo un reconocimiento del terreno para cuando nos fuéramos. Y eso sería pronto. Pero nuestro portavoz no parecía tener prisa, y antes de darnos cuenta ya estábamos metidos en una nueva celebración en nuestro honor.

Esta vez era una cena con baile, y nos proporcionaron unos vestidos hechos de pieles de lo más suntuoso. Isabel estaba loca con el suyo, que era realmente muy bonito, pero a mí no acababa de convencerme el que alguien había decidido que me pusiera, porque tenía un escote demasiado grande. Supuse que sería una descortesía rechazarlo, pero salí de la cabaña con la sensación de llevar los senos puestos en un mostrador. Como me temía, Sazno me dio la noche. Isa y Esther estaban agobiadas por mí, y el único que podía hacer algo por ayudarme era Alessandro, al que enviaban de tanto en tanto a sacarme a bailar para apartarme de las atenciones del portavoz. Los bailes con Sazno eran eternos, con música lenta y un tanto estridente, y mantenía conversaciones animadas mientras me estrechaba los dedos, o se los llevaba a los labios para besarlos con atento respeto, y luego me preguntaba si me molestaba que hiciera aquello.

- Verás, Sazno, yo soy de esas personas que necesitan mucho….espacio, me agobian las distancias cortas…

- No quiero molestarte, es sólo que eres extraordinariamente suave…

“Salvada”, acabó la música y me solté con disimulo para aplaudir con fingido entusiasmo a la banda que emitía la chirriante música con variopintos instrumentos. Alessandro se materializó una vez más a mi

lado y me disculpé con Sazno con una sonrisa y me así a los hombros del italiano con desesperación.

- ¿Qué tal, linda?

- Alessandro, no puedo más, la próxima vez que me apretuje, chillaré, y si nos echan a todos del pueblo por mi culpa, lo siento, no puedo más.

Se rió suavemente, haciendo gesto de "ten paciencia". Le pedí que se moviera despacio hacia la zona más alejada, y cuando estuvimos bastante lejos de donde Sazno conversaba, me escabullí hacia las murallas. Esperaba que apareciera Jako, pero no lo hacía. ¿Habría bajado la guardia? ¿Le había pillado distraído?

- ¿Jako? – probé a decir, a media voz.

- Estoy aquí.

Miré hacia arriba. Estaba muy oscuro.

- ¿Por qué no bajas?

- No estamos invitados a la fiesta. Y tenemos orden expresa de no dejarnos ver.

- ¿Orden de quién?

No contestó. Yo suspiré arrebujándome en el chal. No quería causarle problemas.

- ¿Estás bien? – le escuché.

- En realidad, no. Te echo de menos.

Silencio.

- Si no vas a bajar,¿puedo subir yo ahí?

- Te está buscando.

- ¿Me busca? ¿Quién?

Silencio.

- ¿Es el portavoz?¿Sazno?

- Viene hacia aquí.

Oh, eso si que no. No podía dejar que me encontrara a solas y prácticamente a oscuras, cuando llevaba todo el baile achuchándome. Podía interpretarlo como si le estuviera esperando, como si le provocara.

- Por favor, ayúdame, no quiero verle – murmuré agobiada.

Ya estaba a mi lado, y con un mínimo impulso estábamos en lo alto de la muralla. Vi llegar a Sazno, llamándome con una voz que supongo que imaginaba cautivadora. Dio unas vueltas por allí, se convenció de que no estaba y se marchó. Durante ese tiempo colgué del cielo, en la oscuridad, prendida de los hombros del hombre volador, su brazo firme entorno a mi cintura, mi cuerpo pegado al suyo, sintiendo la vibración de sus alas a través de sus músculos.

Cuando Sazno se fue, bajamos al suelo.

-¿Qué tal tus manos? – pregunté, violenta por su indisimulable malhumor. ¿Desde cuándo los ángeles tenían humor?

- Perfectas.

- ¿Han curado del todo en estos días? – y fui consciente de que llevaba un montón de tiempo sin pasar ni un minuto con él.

- Sí.

No llevaba ya vendas y las volvió hacia mí. Fui a pasar los dedos por las palmas y las apartó bruscamente.

- Están bien, Tess. No tienes que preocuparte ya.

- Vale – murmuré. Me sentía idiota, pero se me iban a saltar las lágrimas y para evitarlo, me despedí con un rápido buenas noches y volví a la fiesta.

Nuestros anfitriones "estaban que lo tiraban", en palabras de Isa, que no podía evitar burlarse del flechazo de Sazno, y la siguiente actividad era una excursión a los campos de algo similar al maíz pero que al parecer florecía en invierno.

- Los ángeles no estarán, al menos, los nuestros – comentó Isa.

- ¿Cómo es eso? – me sorprendí.

Estábamos acostadas bajo las mantas de piel más cómodas del mundo, en cualquiera de sus dimensiones. Realmente, lo mejor de la aldea era su maravillosa manera de tratar las telas y las pieles. Había sido una noche tranquila, sin festejos tras la cena, y Sazno había estado encantado de anunciarnos el paseo a los campos que haríamos al día siguiente. No había visto a Jako desde el baile, un par de días antes. No tenía ganas de enfrentamientos y no sabía cómo reconducir el malestar que la situación me producía.

- Se han ido…de permiso. El portavoz dijo que nos iremos dentro de tres días, que estamos seguros en la aldea y los hombres voladores de Sazno cuidarán de que la visita de mañana no suponga ningún riesgo. Es un paseo de medio día, ida y vuelta, una especie de picnic de la tercera dimensión – explicó Isa tratando de pasar rápido sobre el punto "irse de permiso".

- ¿Otra vez? ¿Otra vez se han ido a…? – exclamó Esther y a Isa se le escapó la risa ante su sorpresa y acabamos riendo las tres.

- Esther, guapina, ya hace unas semanas que salimos del campamento, y acuérdate lo que la pobre Tina decía de ellos, deben ser como máquinas.

- Oh, venga – protesté -. Si le damos vueltas al asunto acabaremos rehuyéndolos otra vez. Dejemos que sigan su naturaleza y que sean felices – y acallé la voz interior que preguntaba, "¿eso vale también para Jako?" "¡Claro!" Pero no me gustaba pensar que fuera "eso" lo que le había puesto inesperadamente gruñón, ni que hubiera ido a aliviar tensiones.

- Lo cierto es que cuando en nuestro mundo hablan "del sexo de los ángeles" no pueden ni imaginar que dos o tres dimensiones más allá…

- …haya ángeles y sexo – completó Esther y volvimos a reír.

Cuchicheamos un rato en la oscuridad. En broma o en serio, no nos hacía gracia salir de las murallas sin que nuestros guardianes estuvieran al quite. No había merodeadores, pero seguro que no faltaría algún pintoresco personaje de la flora o la fauna local capaz de dejarlos pequeños.

Esa mañana estrenamos nuestras ropas de viaje. Consistían en leotardos tupidos y camisola blanca, bajo un abrigo de piel con capucha y pantalones de piel, con unas botas de cuero forradas absolutamente espectaculares

- Si vuelvo a casa – comenté -, pienso copiar los diseños descaradamente. Son impresionantes, fijaros que caída tiene el abrigo, y no pesa nada…

Guantes, bufanda, gorro… todo increíble. Ellos no tenían cueva de baños, sino una especie de casa-sauna, con chorros de agua caliente que debían alimentarse de algún geiser. Salimos estupendas, limpias y con nuestro favorecedor vestuario, riendo y bromeando, y dimos de pies y manos con Sazno que me sonrió encantado.

- Hola, hola, hola…

- Oh, hola, Sazno. Gracias por la ropa, las botas, todo. Es precioso – exclamé sin poder disimular mi entusiasmo.

Mis amigas me corearon mientras él se hinchaba de satisfacción. Fuimos a desayunar mientras nos explicaba los planes del día con todo detalle. Nuestros compañeros también estaban contentísimos con sus ropas, sobre todo porque habíamos pasado mucho frío en el camino hasta allí, y nos sentíamos mucho más protegidos ahora. Claro, con tanto regalo, tanto buen rollo, Sazno no se separó de mí y yo no me vi con corazón de hacerle uno de mis desplantes habituales y aguanté todo el azúcar de sus piropos como pude.

Habían preparado unos carromatos para el paseo. Estábamos invitados todos los visitantes, aunque sólo siete nos habíamos animado. Nuestro portavoz se disculpó, la próxima salida del grupo le tenía muy ocupado. En total éramos cuatro chicas, Esther, Isa y yo, y Pilar, que estaba en otro de los grupos y tres hombres. La tragedia de los merodeadores no nos había unido entre nosotros, sino que había hecho los grupos más cerrados. Carey y Alessandro completaban el nuestro, y aunque convivíamos sin problemas, nos tratábamos poco con el resto de pasajeros del avión abducido a la "dimensión desconocida", como la llamaba Alessandro. El también nos acompañaba hoy, y los otros dos chicos eran Lionel, el muchacho preguntón de los primeros días, y Simon, un pelirrojo muy callado. Los dos carromatos eran como calesas, forradas, cómo no, en pieles, y vi con desmayo que me iba a tocar aguantar a Sazno todo el día, puesto que parecía claro que iba a ofrecerme el sitio de honor junto a él. Mientras se explayaba en su discurso, paseé la vista distraída. Qué esperaba de mí, sabía que pertenecía a otro mundo, ¿pensaría que iba a quedarme en la "dimensión desconocida" por él? O tal vez, mucho más posible, quería un poco de sexo. Bueno, algunas lo consideraban un tipo apuesto, Esther había comentado que ella no le haría ascos si estuviera en mi lugar.

- ¿Hablas en serio? – me había escandalizado yo - . A mí no me gusta nada... Pero además, ¿y si me quedo embarazada? Recuerda que aquí lo de las ovulaciones lleva bastante descontrol, y Tina dijo que éramos

fértiles.

- Oh Dios, qué horrible, si el bebé se parece a papi, con ese cabezón, es cesárea segura – había gemido Isa y nos pusimos malas de risa.

- Vale, vale, pero embarazos aparte, ¿de verdad no os daría morbo saber cómo lo hacen los de la dimensión desconocida?

La respuesta por mi parte era no, el portavoz, por mucho cargo y labia que tuviera, me atraía cero absoluto. Sazno calló por fin y se alejó un momento para dar unas órdenes a los hombres armados y a los ángeles que nos acompañarían.

De repente, Jako estaba a mi lado. Me contuve para no frotarme los ojos.

- Hola, ¿vas a ir en carro o quieres volar?

- ¿No te has ido? – se me escapó. Me miró como quien dice, "obviamente no", y me sonrojé sin poder evitarlo -. Quiero decir, pensábamos que estabais todos de permiso… - y me sonrojé más, si eso era posible.

- ¿Qué hace este aquí?

Sazno hablaba a los hombres voladores en tono despótico. Lo había observado cuando se dirigía a sus ángeles, y para él todos eran iguales. Era él quien les prohibía estar en la aldea. Ni se le hubiera ocurrido invitarlos a las cenas y bailes, claro. En este campamento, y a diferencia del otro, donde tenían cierta relación con lo humanos, aquí eran considerados poco mejor que caballos, o al menos esa era la impresión que habíamos compartido mis compañeros y yo.

- Vuelve con los tuyos. Si vas a venir, busca un puesto con la escolta.

Jako le miró con su expresión de educada simpatía que yo conocía bien y que no significaba nada en absoluto. Era una cabeza más alto que Sazno y sus alas le daban el doble de envergadura.

- Sazno, es Jako, el guardián de mi viaje – dije y sólo sirvió para que le mirara de arriba abajo, antes de ignorarle y desplegar su mejor sonrisa para pedirme que subiera a la calesa. Jako se alejó unos pasos.

Yo debía ir con Sazno. No sólo era nuestro anfitrión, no sólo nos había cubierto de atenciones, sino que no creía equivocarme cuando sospechaba que la dichosa excursión estaba pensada para impresionarme a mí.

- Me encantaría probar si con las pieles se aguanta mejor el frío ahí arriba

– exclamé en tono ligero -. Voy a volar un poco, y luego os alcanzamos.

Oí el resoplido de Isa y lo ignoré.

- No puedes volar sin arnés – intervino la redicha de Pilar.

- Lo sé – y dedicándole mi sonrisa más brillante al grupo que me miraba con distintos grados de consternación, desabroché mi abrigo y tiré de la argolla bromeando.

- Esto… Tess, princesa… esperaba que compartieras el viaje conmigo, quería explicarte…

- Oh, claro que sí, Sazno, en seguida me reúno con vosotros – y otra sonrisa deslumbrante antes de dirigirme hacia Jako. Le tendí la anilla y murmuré buscando el enganche de su arnés –, vámonos antes de que alguien lo impida.

Unió las dos piezas y tiró de la cincha, pegándome a él con tanta brusquedad que perdí el equilibrio. Caí en sus brazos y nos elevamos inmediatamente. Voló alto y rápido, tan alto que las calesas eran sólo puntitos en la distancia. Hacía tanto frío que se me helaba la nariz y pegué la cara a su pecho, tratando de respirar flojito, porque el aire me quemaba la garganta. Lo estaba pasando fatal, pero permanecí callada, concentrándome en abrazarme fuerte a él hasta que empezamos a planear y el aire subió de temperatura.

- No te has olvidado de volar – le escuché y su voz sonaba como siempre, divertida, cariñosa y cerré los ojos porque los tenía llenos de agua por el frío pasado - . ¿Estás bien, Tess?

- Baja un poco, ¿puede ser?

Me apartó la cara de su pecho para mirarme con sorpresa.

- Tess, ¿qué…?

- Lo siento, hacía frío de verdad, ahí arriba – dije sonriendo con los restos de coraje que me quedaban.

- Oh, por Dios, Tess, lo siento… Lo siento…

Bajamos en picado y se detuvo en las ramas de un árbol gigantesco que dominaba el bosque. Me sentó en su regazo y cerró sus alas sobre nosotros, y me relajé contra él con un suspiro de descanso. En seguida subió la temperatura, pero permanecimos un rato así, abrazados en silencio. Poco a poco, dejó que se colara la luz entre las plumas, como si

entreabriera una persiana y entonces me incorporé.

- Hola – dijo sonriendo.

- Hola, pájaro loco.

- ¿Estás bien? Soy un imbécil, lo siento. ¿Por qué me dejaste hacerlo?

- ¿Por qué lo hiciste?

- Sólo quería alejarme de ellos lo más rápido posible.

- Yo también – suspiré abrazándole de nuevo. Oh, no había nada como aquello. Escondidos en la rama de un árbol, en el espacio pequeño y privado que creaban sus alas. Olían a .. aire limpio, a hierba mojada, a … Y era absolutamente consciente de todos los músculos de su brazo y de su pecho bajo la suave lana de su jersey, y de su mano descansando en mi cadera, y del latido de su corazón contra mi mejilla.

- ¿Tú…también? – y se echó a reír hasta que le golpeé el hombro fingiendo enfado.

Me estrechó suavecito y me contuve para no besar su mejilla.

- Nos dijeron que os habíais ido todos.

- Bueno, yo no me he ido.

- ¿Por qué?

Calló unos segundos.

-¿Importa tanto?

Sí. Sí importaba. No se había ido a perseguir arpías, estaba allí conmigo. Claro que importaba.

- ¿Ya no estás enfadado? – murmuré, separándome más de él. No quería que notara lo rápido que latía mi corazón, pero me sorprendió atrayéndome y apoyé la cabeza en su hombro mientras hablaba.

- No estoy enfadado, Tess. Lo siento. No sé qué me pasa. Sé que debes estar en la aldea con los tuyos, y sé cuál es mi sitio. Pero no me gusta ese lugar donde nos tratan como a animales… Te veo de lejos y sé que todo está bien, pero…no sé… no has venido… creía que aparecerías a dar las buenas noches, o a preguntar por mis manos… no es que debas hacerlo, pero lo esperaba y… hubiera ido yo, si hubiera podido… para charlar un rato, como siempre,… y al no poder… No entiendo qué me pasa, pero no

paro de disculparme con todo el mundo porque estoy siempre discutiendo.

"No lo sabes. No sabes que me estás echando de menos, Jako, pero es eso lo que te pasa", pensé con el corazón en la garganta.

- Y no me gusta verte bailar con ese tipo. Es como si…como si volaras con él.

Oh Dios.

- Yo sólo vuelo contigo – dije despacio, sin separar la cabeza de su hombro.

- Ya sé que él no puede volar…

- Jako. Ya sé lo que quieres decir.

- ¿Si? – una pausa, y luego su voz risueña -. Estupendo.

Me eché a reír y me miró sonriendo, pero luego se puso serio.

- Ahora estás aquí, ¿me perdonas los malos modos? Deberías decírselo al portavoz y que me castigaran.

- ¿Castigarte? Para eso me basto sola, pedazo de tonto – bromeé enternecida.

- Venga, aceptaré cualquier castigo.

- ¿No es bastante castigo cargar un viaje interminable con una chiflada?

- ¿No te he dicho que me gustan las chifladas?

Una vez más pensé, "ahora va a besarme". Pero seguramente, Jako no había besado nunca a nadie, y siguió mirándome con su sonrisa maravillosa, mientras yo me preguntaba qué era lo que estaba haciéndole a ese chico. A dónde pretendía llegar. El no sabía dónde se estaba metiendo, y tal vez Tina había tenido razón y lo único que estaba despertando en él era un instinto sexual salvaje y me iba a arrepentir. Pero si lo que le movía era sexo, ¿por qué no se había ido con sus amigos a desahogarse con las brujas voladoras? "Y entonces qué, Tess, cuál es la otra opción, que se esté colando por ti, qué agradable, pero, ¿de qué va a servir?"

- Jako, tengo que volver con los de los carromatos – dije suavemente.

- Lo sé.

Remontó el vuelo y nos dirigimos sin prisas hacia las carretas, detenidas allá a lo lejos en un claro con flores.

- Tess, ¿te gusta ese tipo? – dijo de pronto, y me sonrojé.

- No, pero he de ser cortés, es nuestro anfitrión y es muy amable con nosotros. Ya sé que a ti tampoco te gusta – no contestó -, pero, Jako, nos vamos en tres días, ten paciencia.

Sazno me dedicó toda su atención, mientras Jako se unía a la escolta de guardia. Regresamos a media tarde, habían servido un licor fuerte con la comida, y los hombres estaban bastante borrachos. Tuve que aguantar las descaradas declaraciones de amor/lujuria del portavoz, y cuando al llegar a la aldea, me invitó a visitar su casa y le pedí que me disculpara, se molestó bastante conmigo, aunque tuvo que conformarse con la negativa. De todos modos, fue muy desagradable, y me negué a asistir a la cena. Nuestro portavoz vino a interesarse por mí y le aseguré que iba a pasarme los tres días que quedaran encerrada en la cabaña, y que sólo saldría si mi guardián me acompañaba, no me importaba si las ordenanzas del pueblo prohibían a los hombres voladores estar en el pueblo.

- Tess, sé que puede resultar un tanto vulgar para ti, pero, ¿tanto te desagrada?

- Portavoz Kin – ese era su nombre, aunque nunca lo usábamos -, desagradarme es poco. Se emborrachó y estuvo grosero e insultante. ¿Qué quiere de mí? No voy a quedarme en la aldea a formar parte de su harén, sé que lo tiene. ¿Qué pretende? ¿Acostarse conmigo?

- Sí.

Le miré sorprendida.

- ¿Tan terrible sería? – dijo en voz baja.

- Sí – contesté en el mismo tono, mientras un dedo helado me subía por la espalda.

- Entonces apresuraremos la marcha. Nos vamos mañana.

Me estaba asustando y lo notó, porque palmeó mi mano tranquilizadoramente.

- Le gustan las mujeres diferentes, las extranjeras. Es un hombre atractivo, normalmente alguna de las chicas de nuestras caravanas está

dispuesta a tener una pequeña aventura con él, y surge de manera espontánea y todo el mundo queda encantado. Nos iremos antes de que las cosas se lleguen a poner tensas. Mañana los hombres voladores estarán de vuelta; saldremos por la tarde, hay un refugio en la montaña donde podremos pernoctar.

- De acuerdo.

Antes de salir se volvió con una sonrisa que pretendía ser animosa y me pareció falsa.

- Creo que es buena idea que no te dejes ver mucho hasta que nos vayamos.

Me quedé a solas con Isa y Esther, que habían asistido en horrorizado silencio a la entrevista. Cogí mi abrigo y mi mochila con mis escasas pertenencias.

- Tess, – susurró Esther - ¿qué haces?

- Confío en él, pero no en ese impresentable de Sazno. Me voy con Jako. Y vosotras deberíais veniros conmigo por si acaso.

Salimos las tres entre las sombras y en cuanto me acerqué a la muralla, Jako descendió junto a nosotras.

- ¿Qué pasa?

- Estamos asustadas. Se adelanta la marcha a mañana, pero yo no quiero pasar la noche en la cabaña, ni creo que las chicas deban tampoco. ¿Podemos estar contigo?

- ¿Lleváis los arneses?

- Lo llevamos todo – murmuré enseñándole mi mochila.

- Vale, a ver esas argollas.

A Esther le temblaban tanto las manos que no atinaba, y Jako la sujetó y le hizo un guiño.

- Señoritas, van a disfrutar de un vuelo un poco apretado. Las quiero a todas colgadas de mi arnés, pero es sólo por seguir el protocolo, lo que vamos a hacer es absolutamente seguro.

Puso a Esther en el centro, y nosotras rodeamos su cintura con un brazo, mientras ella se agarraba a nosotras; con nuestro brazo libre, Isa y yo nos dimos la mano haciendo como un lazo por el que Jako pasó la cabeza, al tiempo que nos rodeaba a las dos con los brazos y nos levantaba así a las tres del suelo, cada una con su mochila incluida. Ascendió con nosotras en sus brazos sin esfuerzo aparente y volamos despacio, prácticamente en vertical, hasta la torre donde estaban alojados los ángeles. Era un cuarto grande, con jergones de paja y una chimenea.

- ¿Os han tenido viviendo aquí? – susurró Isa, indignada.

- Nos vamos mañana, ¿qué más da? – sonrió él.

Trajo paja limpia de algún lugar, y nos acomodamos las tres muy juntas, sumergidas en ella, para no pasar demasiado frío, aunque nuestra flamante ropa nueva nos protegía bien.

Esperé a que se durmieran, o se fingieran dormidas, y salí a sentarme un rato con él en la muralla.

- ¿Qué ha pasado? – dijo suavemente.

- El portavoz me advirtió de que Sazno quería... pasar un rato conmigo, parece que es habitual que se lo monte con alguna de las chicas cuando llega la expedición.

- ¿Todo eso se traduce en que quiere sexo contigo?

- Sí.

- Y tú no quieres.

- No.

Hubo un silencio. Estábamos sentados en el borde de la muralla, con las piernas colgando hacia fuera del pueblo, mirando hacia el camino que tomaríamos al día siguiente.

- Tess, ¿a vosotras...? ¿A las mujeres “humanas” les gusta el sexo?

- Sí, cuando podemos elegir cómo y cuándo y con quién – silencio -. Y en mi caso, me gusta el sexo con alguien a quien quiera, de quien esté enamorada....Oh, qué más da, Jako, es todo tan complicado, somos tan distintos....

Me tocó la mejilla.

- Duerme un poco, Tess, estás cansada.

Obedecí sin discutir.

Despertamos oyendo a los hombres voladores hablar fuera de la habitación. Los ángeles habían regresado y todos preparaban el viaje, excepto Geor y Biorn que debían estar escuchando el relato de la crisis de pánico de la noche anterior de boca de Jako.

- ¿Crees que nos pusimos un poco histéricas? – susurró Isa.

- Yo estaba muerta de miedo – reconoció Esther -. Si Geor hubiera estado aquí, hubiera hecho como Tess, correr a esconderme detrás de él.

- Bueno, compartimos ángel como buenas hermanas – me reí sin querer, e Isa me hizo coro y Esther nos declaró perdidamente trastornadas, y nos reíamos las tres cuando Geor asomó la cabeza.

- ¿Se puede pasar?

- Estáis en vuestra casa – dijo Esther y hubo más risas absurdas, pero lo cierto es que me sentía bien: habíamos dormido como bebés, el sol entraba por las ventanas desprotegidas, nos íbamos de una vez de ese dichoso pueblo, y tres hombres encantadores, con la única y sagrada misión de cuidar de nosotras, nos sonreían en el umbral de la puerta.

El día pasaba rápido. No me separé de Jako, que cargaba las carretas que nos acompañarían en el viaje. Los hombres voladores iban y venían con grandes fardos, provisiones, pieles que la expedición transportaría a lo largo de la ruta para comerciar con ellas… Estaban de buen humor y bromeaban entre ellos, retándose a ver quién levantaba más peso, haciendo carreras para llegar antes al almacén y de allí al carro… Se habían hecho amigos de los ángeles del campamento y de repente se había organizado una verdadera "olimpiada" entre ellos. Alrededor, los hombres y mujeres de la aldea y nosotros, los visitantes, animábamos a nuestros campeones. Jako era terrible cuando se trataba de competir, yo ya le había visto en acción y sabía que siempre iba a por todas. Y era tan guapo, tan atractivo, que a pesar de que todos los hombres voladores eran individualmente impresionantes y arrolladores en grupo, todas las miradas femeninas, todos los vítores y los chillidos de las chicas, eran para él. El escándalo de tanto grito y risas había llamado la atención de nuestro portavoz, que apareció de pronto… acompañado de Sazno. Justo en ese momento, Geor lanzaba una caja al aire y Jako y otro ángel saltaron empujándose… y al bajar, la tenía mi guardián, claro, que hizo una divertida reverencia ante los aplausos. Vi que Sazno hablaba con el portavoz, y este sonreía, moviendo la cabeza en forma negativa. Ante la insistencia del anfitrión, el portavoz cruzó los brazos sobre el pecho y negó con más energía. Sazno gesticulaba, palmeaba los hombros de

nuestro portavoz señalando a los hombres voladores y yo sentía cada vez más miedo. Dejé de seguir la competición de los ángeles, que se organizaban en dos grupos en medio de grandes carcajadas. El portavoz vio que yo estaba mirándolos y me dio la espalda sin más. Sazno quería algo de nuestros hombres voladores. Y para él no eran mucho mejores que cualquier bestia, por lo tanto, sólo podía querer utilizarlos en su provecho. Me alejé del grupo. Me alejé tanto como pude, y caminé deprisa entre callejuelas hacia la puerta de la muralla. Antes de poner un pie fuera, Jako aterrizo frente a mí.

- ¿Qué te pasa? ¿Dónde vas?

Sonreí, enternecida de que ni la fiesta más divertida le hiciera dejar de estar pendiente de mí, pero de repente recordé mi propósito al alejarle del bullicio, me llené de aprensión y le abracé. Nunca me había echado así de espontáneamente en sus brazos, sin aparente motivo, y me estrechó un segundo antes de separarme suavemente de él inclinándose para buscar mis ojos.

- ¿Qué te pasa? Tess, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien?

- Quiero irme, Jako. Ahora. Ya. Luego nos unimos a la caravana. Pero vámonos ahora.

- Tess…

Si le hubiera dicho con voz serena, "vámonos", tal vez hubiera enganchado simplemente mi arnés y hubiéramos salido volando. Pero sólo podía tirar de su brazo y rogar, "por favor, por favor".Seguramente, no tenía experiencia en escenas de histeria injustificada, y no iba a actuar a ciegas, porque eso suponía un riesgo para mi seguridad.

- Tess, tranquilízate. Estoy aquí. Nadie va a hacerte daño.

Geor acababa de aparecer.

- El portavoz nos llama, Jako.

- Espera, Geor. Tess está… asustada de algo que no sé aún qué es.

- ¿Es por Sazno, Tess? - dijo Geor suavemente -. No vamos a quedarnos, si es eso lo que te preocupa.

- ¿Vosotros tampoco? – murmuré secándome los ojos.

- Tampoco.

- ¿Nosotros? – dijo Jako sin entender.

- Sazno quiere que el portavoz deje aquí a la mitad de los guardianes de la caravana. Tienen problemas en la frontera y quieren refuerzos. A cambio, ha ofrecido guerreros para custodiar la caravana. Parece ser que la guerra está a punto de estallar.

- ¿No vais a quedaros?

Ahora no me hacían caso. La palabra "guerra" había puesto a Jako en estado de alerta.

- ¿Atravesaremos territorio en guerra, Geor?

- Seguramente no podremos evitarlo. Por eso el portavoz se ha negado a ceder guardianes.

- ¿Y si cambian la ruta?

- Imposible en esta época, sabes que la mayoría de los pasos están cortados por la nieve.

Echamos a andar mientras ellos seguían discutiendo sobre la ruta y la guerra. Más tarde, el portavoz nos explicó que habían perdido una expedición entera atravesando una zona de guerra y que desde entonces hacían lo posible por rodear los territorios conflictivos, aunque eso supusiera alargar los viajes. Como Geor había dicho, el invierno limitaba en nuestro caso las rutas alternativas. Nos reunieron en la plaza. Hubo una pequeña introducción, pero la pregunta era clara: ¿alguien aceptaba liberar a su guardián del compromiso de protección personal para que se uniera a los ángeles guerreros del pueblo? Esther dijo con voz tranquila si alguien había preguntado a los ángeles lo que querían ellos, pero el portavoz cortó la discusión con un tajante "no es eso lo que se discute", y una vez más, fuimos conscientes de que los ángeles eran considerados una raza subordinada a los humanos y utilizada por ellos. Estaba a punto de hablar cuando Carey me tomó la delantera.

- Lo siento, pero no cuenten conmigo. Si estoy viva en este momento es gracias a mi guardián, y no hablo de modo figurado. Si se llevan a Mac, será contra mi voluntad.

- Nadie va a hacer nada contra la voluntad de nadie – aplacó el portavoz.

- Pues entonces no creo que ninguno de nosotros colabore en su guerra – concluyó ella con un tonillo superior que la hacía bastante desagradable.

- Te agradeceríamos que no opinaras por los demás – dijo Sazno con voz suave -. Sé que vosotros sois extranjeros y nuestros problemas os son

ajenos, pero alguno de tus compañeros podría tener un sentido de la solidaridad distinto al tuyo.

Carey calló, y yo decidí guardar silencio también.

- Hay una opción intermedia –dijo el otro portavoz de la aldea, el "de guerra" -. Podríais quedaros hasta que las cosas se tranquilicen; viajar ahora no es recomendable. Y mientras os protegéis en la aldea, vuestros guardianes podrían unirse a los nuestros.

Busqué a Jako con los ojos. Estaban todos al fondo, los brazos cruzados sobre el pecho, atentos y serios.

- Aún en ese caso, no dejarán de cumplir con su compromiso, a menos que sean explícitamente relevados de él –dijo el portavoz -. Pero si nos quedamos, yo cedo a mi guardián y a los guardianes de los otros tres guías de la expedición.

Después de la masacre de los merodeadores, la expedición estaba formada por el portavoz y los tres guías, mi grupo completo de cinco personas, y lo que quedaba de los otros dos grupos: Pilar, Chui, Lionel, Alan y Simon. Sólo nuestros ángeles habían sobrevivido, los otros habían muerto tratando de defender a los humanos. Había escuchado al portavoz, durante una de las cenas con la gente de la aldea, explicar la dantesca escena del campamento asaltado. "Parecía un gallinero tras la visita del zorro… todo lleno de plumas y sangre", había dicho con un suspiro, y nuestros anfitriones habían sonreído al símil, pero Esther, Isa y yo no le encontramos ninguna gracia, y pasamos gran parte de esa noche llorando por lo sucedido.

- Supongo que si vamos a quedarnos, yo puedo prescindir de Gog – escuché de pronto a Lionel.

- Espléndido – dijo el portavoz, y empezó a mirarnos en silencio.

Yo le devolví la mirada con frialdad. Me había dicho que no me preocupara, que nos iríamos para evitar tensiones. Ahora iba a dejarnos allí, ¿y pretendía desprotegernos totalmente?

- Si nos quedamos, y cedemos algunos guardianes, debería haber algunas condiciones – escuché a Esther y me volví hacia ella sorprendida-. Creo que si estamos hablando de guerra, nuestros guardianes deberían ser admitidos en la aldea para que estén lo más cerca posible de nosotros. Y también creo que se deberían mejorar sus condiciones de vida… aunque tengan alas, no tiene por qué vivir en un lugar indigno hasta para animales.

- No se trata de condiciones, sino de solidaridad y cooperación – dijo el portavoz, claramente molesto por la intervención de Esther.

- Pues no lo llamen condiciones, pero yo pido lo mismo que Esther – dije, y tras de mí sonaron los "yo también" de Isa, Carey y Alessandro, y me sentí muy satisfecha de pertenecer a nuestro pequeño grupo.

- Tess, ya sabemos que te has hecho famosa preocupándote por los hombres con alas – dijo Sazno con su voz conciliadora -, pero te aseguro que a nosotros también nos interesa su bienestar.

- Entonces, ¿pueden venir a vivir a la aldea?

- Nuestras normas lo impiden.

- ¿Y los vas a seguir teniendo en ese bastión, abierto a todos los aires, con paja en el suelo para dormir, sin ninguna comodidad?

- ¿Has estado allí, Tess?

- He estado allí.

- ¿Y eso por qué? ¿Con qué motivo?

"Porque temí que vinieras a violarme, imbécil" , pero eso no lo iba a decir, y callé sintiendo que todos me miraban como si hubiera hecho algo terrible.

- Fuimos las tres – dijo Isa -. Estábamos asustadas, había ruidos, creo que la gente…tu gente estaba un poco bebida… Subimos a la atalaya porque nuestros guardianes no podían bajar a vigilar la cabaña. Eran tus órdenes.

- Sabes que opino que tus expediciones crean demasiados lazos con los guardianes –comentó él, dirigiéndose al portavoz, que hizo un gesto de hastío, como si fuera una vieja discusión -. En fin, ¿alguien más prescindirá de su guardián en bien de todos?

Alan, el cirujano, ofreció renunciar al suyo, y Simon, a regañadientes, le siguió. Entonces Sazno empezó a discutir con nuestro portavoz si "podía elegir" a los guardianes, es decir, si se cedían siete, decidir él quienes eran, y que el resto se ocupara de nosotros… Yo abandoné la reunión y me fui a la cabaña. Estaba furiosa, me sentía traicionada, y no pensaba permitir que Sazno escogiera nada. Las chicas vinieron al rato, no se había salido con la suya, los guardianes debían mantener el juramento. Sólo quedaban desligados si las personas a las que protegían decidían

abandonar la expedición.

- Pero, ¿nos quedamos?

- Es lo que andan decidiendo ahora – explicó Isa -. Parece ser que el territorio va a ser un polvorín las próximas semanas, y los pasos de la montaña son posiciones estratégicas, por lo que estarán en el ojo del huracán. Sazno y el portavoz de guerra creen que debemos quedarnos unas semanas.

- ¿Y qué dice nuestro portavoz?

- Creo que se está dejando convencer. Perdieron una expedición entera en una situación parecida a esta, y no se quiere arriesgar.

Resoplé sin poder evitarlo. Seguro que el que no iba a ir a ninguna guerra era Sazno, y si nos quedábamos yo iba a tener que seguir aguantando sus avances. Sin embargo, era suficientemente tranquilizador que Jako no fuera a separarse de mí, por lo que no refunfuñé más de la cuenta cuando vimos que se descargaban los carromatos y el portavoz mandó a decirnos a todos que el viaje se posponía. Naturalmente, nuestros generosos y juerguistas anfitriones hicieron una cena de celebración o de segunda bienvenida, aunque también era una cena de despedida para los guerreros que saldrían hacia la frontera al día siguiente. Por primera vez, los ángeles estaban invitados a la fiesta, ya que constituían más de la mitad del contingente de su ejército. "Qué detalle", se burló Isa, y Esther dijo que si nosotros no hubiéramos estado presentes, seguro que habían pasado de ellos como de costumbre. No había tenido especial relación con los hombres voladores de nuestra expedición que se iban a "prestar" a la aldea, pero sí que los conocía lo suficiente como para que sintiera verlos metidos en aquel lío.

Cuando entramos en la sala de la casa portavoz, tiré del brazo de Jako, que remoloneaba disgustado. Se sentían fuera de lugar, incluso Geor había intentado librarlos del evento con la excusa de que el tamaño de sus alas les dificultaba sentarse a la mesa, pero no había colado. Cien veces antes habíamos compartido mesa con ellos, y la mirada de reproche de Esther cuando le escuchó, había sonrojado al hombretón de la cicatriz. Me senté entre mi guardián y Geor y les aseguré que iba a ser una fiesta estupenda, porque ellos estaban allí.

- Y me muero porque me saquéis a bailar – rogué y ellos se miraron por encima de mi cabeza poniendo los ojos en blanco y haciéndome reír.

Nuestra mesa fue la más bulliciosa esa noche. El grupo estaba reunido, y Mac, que hubiera sido el perfecto animador de cruceros en nuestro mundo, hizo que en nuestro lado de la sala las carcajadas atrajeran las miradas de todos. Luego apartaron las mesas y ensancharon la pista de

baile, y empezó a sonar la música mientras la gente hacía los últimos brindis, en medio de lo que me parecía un exceso de euforia y optimismo ante unas futuras batallas en que proclamaron que machacarían al enemigo en tiempo récord. Nadie salía a la pista aún, y Carey le pidió a Mac que abrieran el baile, pero su ángel miró a Geor en busca de consejo y este movió la cabeza negativamente.

- Mejor no, Carey. Podrían considerarlo una provocación.

- ¿Por qué? – se enfurruñó ella.

- No nos consideran sus iguales.

- ¿Y? – Carey sabía ser muy impertinente cuando le llevaban la contraria. Además había bebido un poco del jarabe alcohólico que pasaba por vino y la mirada de sus ojos verdes de gato no era amable.

- Carey, en este pueblo, la relación con los hombres voladores es escasa. Las mujeres no tienen trato alguno con ellos, ¿no lo has visto? – dijo Esther, conciliadora.

- Quiero bailar con Mac.

- No seas cabezota, por favor…

Ahora ya había más parejas en la pista y Carey hizo una mueca.

- Vale, lo conseguiste, ya no soy la primera. ¿Podemos bailar ahora?

Geor suspiró y Mac la siguió a la pista, haciendo gesto a su compañero de que no se preocupara. Se mezclaron entre las parejas, y yo vi cómo algunas de ellas los miraban con desagrado, pero al poco todos parecieron olvidarse, aunque era el único hombre volador en la pista.

- Sería bueno que hablarais con ella – dijo Geor dirigiéndose a mí -. No sé si lo sabéis, pero se está comportando un poco…fuera de tono. Mac hace lo que puede, pero es incontrolable. Si vamos a quedarnos aquí un tiempo, debería tener más cuidado.

Isa y yo nos miramos en silencio. Habíamos intentado hacerle ver a la inglesa que estaba jugando con fuego. Se dedicaba a coquetear con los chicos del campamento, que la seguían como perros en celo. Isa le había dicho por activa y por pasiva, que este mundo era diferente, que si extendía la mano, le cogerían el codo, que era una sociedad primitiva y que no comprendían que pudiera estar mirando a un hombre a los ojos diciéndole, "si tú quieres…", y luego saltar al siguiente con un "me pones a cien, apártate un poco o no respondo". "Sois peor que mi abuela, ¿queréis dejarlo ya? Son bromas, si no lo entienden, allá ellos…yo sólo quiero a mi

chico alado, ¿verdad que Mac es un cielo? Ojalá pudiera llevármelo de vuelta a casa, mis amigas iban a flipar".

- Tess – y el tono de Esther me hizo seguir su mirada.

Adiós. Ahí venía Sazno. Daba un rodeo, parándose en todas las mesas, pero de vez en cuando miraba con disimulo hacia nosotros. Bajé de prisa los ojos. No había vuelto a verle a solas desde la excursión y la penosa escena de la borrachera estaba muy viva en mi memoria, por lo que no tenía ninguna gana de mantener una conversación con él.

- ¿Quieres bailar? – dijo Jako, y le miré con adoración antes de que Geor interviniera.

- No es buena idea, Tess.

- Geor, viene hacia aquí, no quiero…

- Tess. No es prudente – e hizo un gesto hacia Jako. "Vas a meterle en problemas", comprendí, y tiré de la mano de mi guardián haciendo que volviera a sentarse.

- De acuerdo – murmuré, y Geor se relajó y asintió.

- No tienes por qué aguantar sus … - dijo Jako a media voz.

- ..¿atenciones? Estaré bien – aseguré tratando de que mi sonrisa fuera convincente.

Ya estaba allí, con su gran cabeza y su voz melosa. Saludó a todos, incluso palmeó el hombro de Jako, rogando que nadie se levantara.

- En realidad, vengo a robaros a la joya de la fiesta. Tess, ¿puedo pedirte que bailes conmigo?

- Será un honor, Sazno.

- Pero no te vamos a dejar acapararla – dijo Alessandro, y le hubiera abrazado -. Todos le hemos pedido bailes, tiene el carnet lleno.

- ¿Carnet? – preguntó él.

- Es algo que se usaba antiguamente en nuestro mundo – expliqué -. Quiere decir que ya tengo varios bailes comprometidos – una sombra cruzó sus ojos y añadí -, pero naturalmente, el primero es el tuyo, portavoz.

Sonrió y me ofreció el brazo. Una vez en la pista, lo primero que hizo fue disculparse por nuestro último encuentro, tan desafortunado.

- Está olvidado, Sazno – tranquilicé, y me acercó un poco más a él, inclinándose para mirarme a los ojos.

- ¿Sabes que no podía dormir pensando que estuvieras disgustada conmigo?

- La verdad es que no fue agradable, pero todos podemos tener un mal día.

- Yo quiero que mis días contigo sean perfectos.

Sonreí sin comprometerme.

- Y querría que nuestras noches fueran maravillosas.

Bien. ¿Ahora qué? Si decía otro "no gracias", ¿volveríamos a la violencia?

- Sazno, sé que has conocido a otras mujeres de mi mundo, pero no sé qué idea te has hecho de ello, y hay algo que me gustaría aclarar. En mi caso,… no soy muy aventurera en las relaciones. Eso significa, que no soy partidaria de las relaciones pasajeras, de tener sexo por sexo. No quiero que algún malentendido cree malestar entre tú y yo – y esperé con una sonrisa encantadora mientras sentía un vacío atroz en el estómago.

- No debes tenerme miedo, Tess. Las relaciones, como tú dices, hay que empezarlas para saber cómo acabarán. Entiendo lo que dices, pero no veo porqué hemos de cerrar las puertas a una historia entre los dos.

"¿Qué no me gustas ni me inspiras ni chispa de confianza te parece una buena razón?" Pero, claro, eso tampoco iba a decirlo. La música acabó y volvimos a la mesa. Alessandro me recordó que era su baile, y me fui con él, mientras el portavoz se dirigía a otra mesa y sacaba a bailar a una muchacha del pueblo.

- ¿Qué tal ha ido? – preguntó mi pareja, y le conté la situación, mientras ambos veíamos cómo Sazno apretaba contra sí a la jovencita cuyas mejillas ardían y que sonreía transportada de gusto.

No volvió a por mí, y cuando estuve segura de que no lo haría, me relajé y disfruté de la fiesta. Carey le explicaba a Mac los pasos de uno de esos bailes tontos que triunfan en verano, y el ángel nos arrastró a todos a la pista. No pegaba exactamente con la música, pero nos reímos tanto que todo el mundo quiso aprender y fue un momento de camaradería entre extranjeros y vecinos, entre humanos y hombres voladores. Luego la orquesta entonó una música muy suave mientras las luces bajaban, lo que

por las otras fiestas sabíamos que significaba que era hora de retirarse.

Me moría por bailar con Jako. Sabía que no debía, pero lo deseaba tanto, y ahora, Alessandro bailaba con Isa, y Carey con Mac, y Esther con Biorn, y vi que él me miraba con media sonrisa y me cogí de su brazo.

- Te vas a reír, pero no sé bailar muy bien – avisó.

- Bueno, con que nos movamos despacito, vale.

Puse las manos en sus hombros y por reflejo, me dejé ir contra él, como cuando volábamos. Despacio, me rodeó con ambos brazos y me estrechó contra sí con suavidad. Parecía que hubiéramos bailado juntos toda la vida. Mi cuerpo seguía al suyo, acoplándose perfectamente a sus movimientos. Al acabar la música, todos aplaudimos y nos dirigimos a las cabañas. Mac y Carey se despidieron, porque ella estaba algo más alejada, y Alejandro también nos besó a todas y se fue con Rakko. Nosotras tres caminamos con nuestros ángeles hasta la cabaña.

- ¿Han arreglado vuestra vivienda? – preguntó Esther.

- Bueno, trajeron telas para las ventanas y algunas mantas – asintió Biorn.

- Es igual – dijo Geor con su tranquila voz habitual -, nosotros no pasamos frío, y no dormimos mucho. No os preocupéis, estamos cómodos en cualquier sitio.

- Estaremos pendientes de Sazno y su gente – añadió el ángel de Isa-. Podéis dormir tranquilas, nadie os va a molestar.

Jako estaba silencioso. Se despidió brevemente cuando se fueron.

Los días siguientes fueron de preparativos y despedidas para el ejército. Salieron en diferentes grupos y mantuvieron la aldea ocupada. Sanzo no descuidó sus deberes, pero se las arregló para pasar ratos conmigo, y fui invitada permanente a su mesa. Nuestro portavoz me esquivaba sin disimulos, y eso me daba rabia y bastante agobio. Sentía como si me hubiera vendido como a los ángeles, y temía qué podía venir después. La primera semana mi pretendiente se mostró atento y cortés, pero a partir de la segunda, la táctica se volvió más acosadora. Buscaba el roce continuo, llevarme de la mano, rodearme los hombros, y cuando por fin intentó besarme en un momento en que atravesábamos un pasillo a solas, le rechacé y pretendió que no pasaba nada. Pero a partir de ese momento, me mantuve tensa, esperando su próximo paso.

Isa y Esther se habían adelantado con Carey a desayunar, y yo me entretuve secándome el pelo, que había crecido algo. De repente cayó una sombra sobre mí y me volví sobresaltada.

- ¡Sazno! – dije casi sin voz y me envolví en la tela que servía de toalla.

- Buenos días, belleza.

- Creía que esta parte de la casa de los baños era sólo para las mujeres.

- Y así es. Pero ser el portavoz puede tener algunos…privilegios. Y tú y yo podemos disfrutarlos…juntos.

Avanzó hacia mí y yo retrocedí sin disimular mi espanto. El rió con pretendida bonachonería.

- Eh, no te asustes, Tess, por favor, ¿me tienes miedo?

Yo callé. Pensaba si Jako podría entrar allí, un sitio tan privado.

- Sólo vine a invitarte a desayunar en la sala de la casa portavoz.

- Mis amigos me esperan en la plaza.

- Ya, pero allí…siempre hay tanta gente…

- De acuerdo. Pero ahora, creo que deberías irte – dije en voz baja.

- Tienes un cuerpo precioso – contestó.

La tela era una especie de lino. Húmedo como estaba ahora, resultaba perfectamente transparente. Crucé los brazos intentando cubrirme. Su mirada estaba fija en mí y su voz sonó cargada de una lascivia que me dio horror.

- Quítate la sábana. Déjame verlos. Son redondos como frutos…. Oh, y ese vello rizado en la entrada al paraíso…

- ¡Basta! – exclamé y me miró a la cara de nuevo -. Fuera de aquí. Ahora.

- ¿Sabes lo que dicen de ti? Que lo haces con tu hombre con alas. Sabes lo que le pasará si eso es cierto,¿verdad?

- No pasará nada, porque no es cierto.

- Bueno… déjame tenerte y nadie lo pondrá en duda.

Eso le traicionó. Me amenazaba… y eso me hizo comprender que no iba a limitarse a saltar sobre mí, sino que quería que yo cediera. Tal vez no tenía tanto poder como para violar mujeres sin más. O quizá era demasiado arriesgado el violar visitantes. Le miré de arriba abajo. Aquel impresentable no sabía con quién hablaba. Si pensaba asustarme con amenazas, tenía que haberme visto sobrevivir en el mundo de la moda. Estaba harta de tratar con bravucones.

- Vaya…eso podría darme mucho miedo… si fuera cierto que tengo un rollo con mi guardián. Pero como no lo es, ¿por qué no te metes tus amenazas en el culo y sales de aquí antes de que sea yo la que cuente a todo el mundo la clase de cucaracha que eres?

Seguramente nadie le había hablado así en su vida. Se desconcertó hasta el punto de retroceder y desaparecer por el pasillo. Me vestí en un segundo y salí al exterior a toda velocidad. Jako cayó del cielo.

- Estaba a punto de entrar cuando le vi salir echando humo. Eso me hizo sospechar que te habías defendido sola, pero estaba preocupado.

- No creo que te hubieran dejado entrar – sonreí.

- Eso no hubiera sido problema. ¿Qué pasó?

- Me amenazó para tener sexo… - vi su expresión y negué con la cabeza -. Vamos, quiero ver a nuestro portavoz.

El portavoz me recibió en su cabaña y me escuchó en silencio. Cuando acabé la historia de todo lo que había pasado esos días, con el aparatoso final, suspiró y me enseñó las palmas en señal de impotencia.

- Está bien, Tess, dame un poco de tiempo para pensar qué hacemos.

- Vale. ¿Qué hago mientras usted piensa?

- Tess, sé que estás asustada, pero no creo que se atreva a ir más lejos. Estaré pendiente de ti.

- Portavoz, no sólo temo por mí. Si ese tipo intenta algo, podría traer problemas a Jako. Imagine que hubiera entrado a buscarme a la casa de baños esta mañana. ¿Y si hubiera tenido que atacar a Sazno?

- Lo sé, lo sé. Dame un poco de tiempo, Tess, no es buen momento para emprender el viaje, no puedo exponeros a todos a los peligros de ahí

fuera…

Jako me esperaba a la puerta.

- ¿Qué ha dicho?

- Que le dé tiempo a pensar algo.

Caminamos por el pueblo, la gente se volvía a mirarnos, no era habitual ver a los ángeles allí, pero además todos (todas) recordaban a Jako de los juegos del día anterior.

- ¿Quieres dar un paseo? – propuso.

- No sé si es buena idea.

- Al menos estarás lejos un rato.

Nos estaban mirando, abiertamente o con disimulo. Ellos no solían volar con sus guardianes, y sería un espectáculo que daría que hablar. Tess y su ángel. No podía dar pie a los rumores.

- Mejor no, Jako. Al menos, no desde aquí. No quiero que todos nos vean.

- ¿Vean el qué?

Intenté seguir andando y me cogió de un brazo, deteniéndome.

- ¿Qué es lo que pasa, Tess?

"Estupendo", pensé con desaliento. La mejor manera de que hablaran de nosotros: el ángel más guapo del mundo inclinado sobre la extranjera, en medio de la plaza del pueblo, mirándose a los ojos como si estuvieran solos en todas las dimensiones del universo.

- Vamos a volar, pero lo haremos desde el bosque, ¿vale? No quiero que piensen que les damos un espectáculo – le tapé la boca con la mano -. Y luego te explicaré por qué.

- El bosque no es seguro.

- Lo sé, avancemos sólo unos metros. Por favor.

Pasamos la muralla y en cuanto dejamos de cruzarnos con los lugareños en el camino principal, le tendí la argolla y nos enlazamos. Volamos bajo, sobre las copas de los árboles, hasta encontrar uno con las ramas

suficientemente gruesas para sentarnos.

- ¿Aquí sí podemos hablar?

- Esta gente no suele volar con sus guardianes, y es muy "aparatoso" cuando nos sujetamos con el arnés y nos elevamos del suelo. No quería que lo vieran, que hablen de ello.

- De acuerdo, pero, y si hablan…¿qué?

- Jako… - desvié los ojos y jugué con unas hojas cercanas -. Sazno me amenazó con acusarnos de mantener relaciones.

Un silencio.

- No lo entiendo – dijo suavemente -. ¿Cómo que te amenazó?

- Sabe o intuye que no soporto pensar que te hagan daño, y menos por mi culpa. Me sugirió que si no tenía relaciones con él nos acusaría para que te castigaran.

- ¿Y cómo piensa probarlo?

- ¡No lo sé, Jako! – exclamé con desesperación - . Sólo sé que no quiero dar ni el menor motivo, que nadie pueda malinterpretarlo cuando estamos juntos, que nadie pueda decir, "oooh, sí, los vimos abrazarse en la plaza", sólo porque apretamos el arnés para volar,… no podemos bailar como anoche, no puedo subir a la atalaya contigo…

Jako me devolvía una mirada sería e impasible.

- No, no puede probar lo que no hay, pero deberías saber cómo funcionan los rumores, Jako. Si yo digo que quizá los vi besarse, aparecerán tres asegurando que los vieron besarse. Si quiere que crean que hemos faltado a la ley, cualquier detalle inocente se transformará en acusatorio. Y yo… yo me muero si…si tú sufres alguna de esas barbaridades que os parecen lo más habitual en este mundo.

Me sequé los ojos con rabia, sintiéndome impotente ante cualquier cosa que Sanzo tuviera pensada contra mí, contra nosotros. Sentí su manaza en mi cabeza, revolviendo mis rizos cortos.

- Tess… no llores. No pasa nada. Ni ha pasado nada, ni va a pasar.

- Lo siento, estoy asustada – reconocí.

Levanté la cara y vi su sonrisa tranquilizadora y pensé lo maravilloso que era reconocer que tienes miedo ante alguien a quien le importa saberlo, y

que cuida de ti.

- Mira, entiendo que tu mundo es mucho mejor que el nuestro, pero aún siendo menos “civilizados”, hace falta demostrar las acusaciones con algo más que rumores. He estado envuelto antes en algo parecido. Y no salió adelante. Porque no era verdad.

- ¿Con esa mujer…Carmen?

- Sí. Fue complicado, porque ella me acusó de haber mantenido relaciones durante nuestro viaje. Pero no era cierto, y fue muy desagradable, pero al final… quedó en nada. Sazno puede decir lo que quiera. No tengas miedo. El es el primero que sabe que, si no es cierto, no podrá probarlo. ¿De acuerdo?

Asentí y él sonrió.

- Si prefieres que no volemos delante de ellos, me parece bien. Si no hemos de bailar en sus fiestas, no hay problema, de cualquier modo, no creo que vuelvan a invitar a los hombres voladores a ninguna otra.

Hizo una mueca y reí débilmente, secándome los ojos de nuevo. Jako volvió a tocarme el cabello. Sus dedos se deslizaron por mi mejilla y me quedé muy quieta.

- Pero, Tess – y ahora hablaba en voz baja, y pensé si era consciente de cómo cambiaba su voz, qué cálida era, qué seria -, no te alejes.

- Oh, no – aseguré sonriendo.

- No me refiero a eso - ¿a qué creía que me refería yo?, pero callé -. Sabes que siempre estoy pendiente de tu seguridad. Lo que no quiero es que dejemos de dar estos paseos tontos, y que podamos charlar como siempre. Si ha de ser a escondidas, no importa.

- Vale – contesté también en voz baja.

- Bien – dijo en el mismo tono, y me hizo un guiño.

- ¿Volvemos? – murmuré a propósito, para romper la magia.

- ¿Quieres volver?

- No – se me escapó y me tapé la boca abochornada, sintiendo que estaba cubierta de rubor, y traté de reír para que pareciera una broma.

Jako sonrió, pero no se movió.

- Yo tampoco – dijo, de nuevo muy bajito.

- ¿Por qué? – musité sin voz.

- Porque me gusta estar aquí.

- A mí también – reconocí sin comprometerme. Me gustaba…el paisaje, el olor de la resina del árbol, la luz del frío sol entre el follaje.

De repente, sentí su mano cubrir la mía sobre la rama. "No pueden sentir, no saben sentir", susurró la voz de la malograda Tina en mi cerebro, pero volví mi mano y nuestros dedos se enlazaron.

- A veces hago tonterías, como el otro día cuando cargábamos los carros… para que me mires. Y no hay momentos mejores que cuando estoy contigo, y me siento más desgraciado que un oso lleno de pulgas cuando no estás, y creo que es porque te echo de menos.

Sus dedos acariciaban los míos mientras hablaba bajito y yo no me atrevía casi a respirar, y miraba hacia la espesura con el pulso latiendo como loco en mis oídos.

- ¿Estoy…enamorado, Tessie? – y mi corazón se derritió ante el diminutivo.

- Estás chiflado, Jako – dije suavemente.

- Ya, pero, ¿enamorado también?

Me volví hacia él, que sonreía como si aquello no fuera justo lo que no debía suceder.

- No puede ser. No tiene sentido – dije despacio, tratando de sonar muy lógica.

- Ah. No sabía que estar enamorado tenía que tener sentido.

- No es eso… Jako, no es posible. Somos amigos y hemos pasado tantas cosas juntos y…

- Tengo amigos. Geor es mi mejor amigo. Y no se parece en nada a esto. Es algo nuevo para mí. Y, no estoy muy seguro de si me gusta.

- ¿No?

Ahora mis ojos no se separaban de sus iris azules, y me miraba tan serio que no podía ni intentar bromear para quitar importancia al asunto.

- Duele – dijo bajito y llevó mi mano a su pecho -. Duele aquí, justo en el centro – pensé que era una metáfora, pero estaba hablando en serio -. Duele como si me hubieran abierto un agujero y pasara el aire. Duele más que volar con un ala rota, duele distinto, porque nada lo hace parar. Hasta que estás conmigo… conmigo como ahora, o como anoche en la cena. Conmigo para mí, no mientras cuido de que todo vaya bien y te veo con los demás… cuando te veo reír y bailar… y no es conmigo.

Le besé porque sabía que él no iba a hacerlo. Le besé muy suavemente, rozándole los labios y sentí que contenía el aliento un segundo. Entonces me rodeó con el brazo, atrayéndome.

- Hazlo otra vez.

- Jako…

Le besé y se inclinó hacia mí, devolviéndome el beso con una torpeza que me puso el vello de punta. Hundí los dedos en su cabello rubio, mientras me abrazaba y me lamía los labios de un modo tan sensual que mi cuerpo reaccionó como una bomba. Empujé sus blancos dientes de fiera con la lengua y entré en su boca dejándome llevar por el deseo. Nos separamos sin aliento.

- Tess, eso ha sido… maravilloso – dijo sonriendo, y se inclinó de nuevo hacia mí.

- Jako, no, espera – rogué.

Me miró con tanta pasión que tuve que respirar hondo, mientras le empujaba con cuidado, para alejarle un poco.

- Jako, no puede ser. No puedo dejar que pase esto.

Se apartó un poco levantando las manos.

- Tess, por favor, no te asustes.

- ¡Jako! – murmuré muriéndome de ternura.

- Nunca, ¿me crees, verdad? Yo nunca…

- Cállate – le tapé la boca como tantas veces antes, para hacerle callar, pero ahora me besó los dedos -. ¿Tengo que tirarme por el acantilado

para recordarte que confío en ti?

Sonrió y me acarició la cara, y yo cogí su mano entre las mías.

- Jako, esto es algo entre tú y yo. No puede ser de otro modo, no podemos dejar que nadie lo sospeche o estaremos en problemas. Tú especialmente.

- Entre tú y yo – repitió despacio.

- Exacto.

- Entonces, ¿tú también?

- Vengo de otro mundo, Jako, tengo una vida muy diferente…

- ¿Tú también lo sientes? – me interrumpió.

"Esto es absurdo", me maldije, "¿cómo vas a estar enamorada de un hombre volador de la dimensión desconocida? Estás impresionada porque es tan guapo, tan fuerte…porque te mira con los ojos brillantes, porque no sabe besar, porque se te ha declarado como un niño, porque…" Estaba loca por él. Como no recordaba haberlo estado ni con mi primer flechazo a los quince años.

- Esto es… muy complicado, ¿sabes? – empecé -. No es sólo el hacer el tonto, o el querer estar con el otro o el echarle de menos. Cuando quieres a alguien le quieres para lo bueno y lo malo, para tener un futuro con él…

Me besó y me atravesó el huracán. Me pregunté qué sentiría él cuando me besaba.

- ¡Jako! Escucha, es en serio, no tiene sentido, esto sólo nos va a hacer daño.

- Vale. Dime qué hago. Cómo lo evito.

- No lo sé – reconocí -. No lo sé, Jako – le aparté otra vez -. Y creo que ahora deberíamos volver a la aldea.

- ¿Estás enfadada?

- Claro que no – y le besé fugazmente la mejilla -. Anda, vámonos, llevamos mucho rato fuera.

Se puso de pie rodeándome con el brazo, estrechó la cincha y de repente

estaba en sus brazos, como siempre… pero diferente. Se inclinó hacia mí.

- ¿Preparada?

- Preparada.

Nos elevamos. Creo que fue el vuelo más largo y más corto de nuestra breve historia.

(sigue...)

Capítulo 12

La expedición (continuación)

Isa y Esther decidieron que, si Sazno quería acosarme, se lo iba a tener que currar. Hicimos un plan estratégico perfecto, en el que nunca me dejaban sola. Durante toda la semana, nos movimos en bloque, a veces también con Carey y Alessandro. Después de las comidas y cenas, paseábamos junto a la muralla y nuestros guardianes se nos unían. Si había gente del pueblo, y nos parecía que les disgustaba su presencia, simplemente, subíamos con ellos y nos sentábamos en la atalaya, que seguía siendo una cuadra desvencijada, y pasábamos un rato comentando los cotilleos del pueblo sobre la guerra o nuestra retrasada marcha. Jako y yo nos comportábamos como siempre, pero yo pasaba el día soñando con esos escasos segundos en que me elevaba hasta la atalaya en sus brazos. Procuraba no darle vueltas a las cosas, porque hacerlo me hacía sentir culpable. Sazno estaba sencillamente… furioso. Seguía invitándome a su mesa, y yo aceptaba para no empeorar las cosas. Eran momentos delicados, porque él no se privaba de cogerme la mano o de pegar su pierna a la mía bajo la mesa. Aguantaba por miedo a que Jako pudiera aparecer si pensaba que lo estaba pasando mal, y además nuestro portavoz procuraba sentarse también junto a nosotros y me ayudaba a capear el temporal.

Aquella noche hacía verdadero frío. Llevaba nevando todo el día. Hacía un rato que por fin el cielo se había despejado, pero sólo para dar paso a una temperatura tan baja que la costra de hielo hacía imposible caminar. Llegamos a la casa portavoz para la cena muertas de risa, después de resbalarnos y caernos mil veces, pese a todas las precauciones. Geor había aparecido para preguntar si nos llevaban en volandas pero acabábamos de encontrarnos con Carey, y estábamos histéricas de risa y no aceptamos su ayuda.

Entramos las cuatro en la sala acaloradas y riendo. Más tarde, Alessandro dijo que parecíamos las hadas del frío, envueltas en la ropa de piel, sonrojadas, despeinadas y felices. Seguramente, era una imagen bastante atractiva. Ojalá no hubiera nevado, o hubiéramos renunciado a la cena, o… cualquier cosa menos llamar la atención de aquellos salvajes. Carey fue a sentarse al fondo, rodeada en seguida de una nube de moscones que atendían sus caprichos como esclavos. Yo ocupé la silla que me habían reservado entre los portavoces, escondiendo una mueca para Esther, que se sentaba junto a Isa y Alessandro.

- Estás espectacular esta noche, mi princesa – escuché la voz susurrante de Sazno y me volví rápida hacia él.

- Gracias. Hace calor aquí, ¿verdad? – y me quité el chaquetón, quedándome con la camisola larga, sin pensar que aquello podía considerarse una provocación sexy.

La cena trascurrió entre charlas neutrales. Cuando intentaba trabar una conversación íntima conmigo, mi portavoz se las arreglaba para intervenir con algún tema banal, y ya casi habíamos conseguido salvar una noche más, cuando Sazno volvió a coger mi mano sobre el mantel.

- Tienes la piel muy blanca… ¿sabes que no pienso más que en tocarla desde que te vi, las gotas resbalando por tu cabello…?

- Sazno, por favor, no – dije suavemente.

- ¿No has pensado lo que te dije?

- No voy a empezar una relación con nadie, ni aunque sea tan poderoso como tú – y me volví hacia mi izquierda, tratando de llamar la atención del portavoz, distraído ahora.

- ¿Sabes que haces sentir muy débiles a los poderosos, princesa?

Tiró de mi mano deslizándola bajo la mesa hasta su entrepierna.

- ¿Pero qué…? – exclamé tratando de soltarme.

- Te quiero esta noche en mi cama, Tess, no te vayas, ven a mi cuarto…

- ¡Basta! – me levanté soltándome de un tirón, pero se levantó a su vez, me atrapó a la fuerza y me besó mordiéndome los labios hasta que di un grito. Como un tentáculo asqueroso, su lengua alcanzó mi garganta y tuve una arcada.

- ¡Sazno! Por favor, compórtate, somos tus huéspedes – escuché decir al portavoz, pero yo ya corría fuera de la sala, poniéndome el chaquetón, cegada por las lágrimas, muerta de miedo de que viniera detrás de mí. ¿Qué iba a hacer? ¿Resistirme? ¿Para que Jako viniera a rescatarme…y se metiera en el peor de los líos?

Salí y el frío me golpeó como una bofetada, colándose por todas las rendijas de mi chaquetón mal abrochado. Quise correr y patiné sobre el hielo, tratando de mantener el equilibrio, cuando un brazo salió de la nada, y me colgué del cuello de Jako con una exclamación de sorpresa.

- ¿Qué te ha hecho? – dijo su voz amenazadora.

- Nada. Nada, de verdad. Llévame lejos.

Un remolino de alas nos rodeó. Geor, Rakko, Biorn y Mac volaban con nosotros.

- ¿Qué ha pasado ahí dentro, Tess? – dijo Geor -. ¿Están los demás a salvo? El portavoz nos aseguró que él se ocupaba de que fuera así.

- Todo bien – asentí – o lo estaba hasta ahora. Ha sido Sazno, impresentable como siempre, pero sólo conmigo…quiso llevarme a su cuarto. Pero el portavoz se está encargando de todo.

- Llévala al nido del bosque – le dijo Geor a Jako -. Voy a bajar a ver cómo están las cosas ahí dentro. En caso de duda, nos los llevamos a todos, avisad a los demás.

Cerré los ojos y me dejé acunar por el suave aleteo. El nido era una estructura de paja y adobe sobre una plataforma de madera en lo alto de un abeto gigante, con una puerta doble que daba paso a una estancia de suelo de paja más grande de lo que parecía desde fuera. Me sentía tan agotada que dejé que cargara conmigo sin protestar, y me acostó en el suelo sobre una pequeña montaña de paja cubierta por mantas.

- ¿Estás bien, Tess? ¿De verdad no ha pasado nada?

- Estoy tan cansada, Jako, tan terriblemente cansada…

- Cierra los ojos. Yo estoy aquí.

Cuando Biorn vino a buscarnos, todo estaba en orden en el pueblo. Insistí en volver a mi cabaña con las chicas, pese al ceño fruncido de Jako, pero yo no quería dar que hablar y sabía que él estaría pendiente de mí de cualquier modo. Isa y Esther me tranquilizaron: el portavoz se las había arreglado muy bien. Sazno se disculpó con todos y aseguró que lo mío había sido un desgraciado malentendido.

- Pero no nos vamos, ¿no? – pregunté con desaliento.

- No, no de momento…

Seguía nevando cada día. Las chicas y yo nos moríamos de aburrimiento sin nada que hacer entre las cuatro paredes y cuando despejaba un poco salíamos a dar un par de vueltas al rededor de nuestra casa.

- Entrad en la cabaña. ¡He dicho entrad en la cabaña!

Prácticamente nos empujaron dentro.

- ¿Qué habrá pasado? – susurró Esther, pero tuvimos que conformarnos las tres con entreabrir la puerta de tanto en tanto a ver si nos enterábamos de a qué venía el griterío y las carreras de la gente, hasta que algunas de las voces llegaron más claras.

- ¡Han matado a un ángel!

Sentí que me temblaban las piernas y me dejé resbalar al suelo por miedo a caerme. Isa se sentó a mi lado con una mano en la garganta y Esther se tapó la cara y empezó a llorar.

- No puede ser… - susurró Isa y tiró de mí cuando intenté levantarme para salir corriendo a por información -. Espera, Tess. Espera.

- Tengo que saber qué ha pasado. Y si es cierto...quién es.

- Nos han mandado estar aquí, no salgas ahora.

Consiguió retenerme, pero sólo porque el portavoz y dos de sus hombres aparecieron casi de inmediato. Cuando me miró me quedé sin aliento. No iba a poder soportarlo. "Jako, no. Por favor".

- Carey está malherida. Dicen que Mac la atacó.

- Eso no es posible… - exclamamos Isa y yo a coro.

- Carey está muy mal, Alan la está atendiendo pero está muy mal, y te llama, Tess.

- ¿Y Mac? – preguntó Isa.

- Está muerto.

- ¡Oh, Dios, no!

- Ven, Tess. Vosotras quedaros aquí.

Salí con él, sintiéndome dentro de una pesadilla. Caminábamos rápido, llevándome fuertemente cogida del brazo.

- ¿Qué ha pasado? – pregunté.

- Los hombres dicen que le sorprendieron violándola, y lo mataron.

- Es mentira - susurré.

- Le atacaron entre cinco. Le…destrozaron el cráneo.

- Portavoz, es un crimen.

- Yo tampoco creo que hiciera daño a Carey. Más bien lo contrario… Ven, están aquí – me detuvo un segundo - . Tess, intenta mantener la calma.

La sala de la casa portavoz estaba llena de gente. Alan me llamó desde una puerta lateral, y entramos a un pasillo oscuro.

- La niña está muy mal. La han destrozado.

- Oh, por favor, Alan…

- Fue una violación múltiple, y creo que intentaron matarla también a ella, para que no pudiera hablar…

- Tú tampoco crees que lo hiciera Mac, ¿verdad?- murmuré secándome los ojos.

- Vamos, Tess, por supuesto que no. Lo mataron para poder atacarla a ella. Ninguno de esos tipos tiene ni un rasguño, tuvieron que ponerle una trampa, Mac los hubiera dominado con los ojos cerrados… pero bueno, eso ya no tiene vuelta atrás… Carey quiere hablar contigo… entra y sale de la inconsciencia... pero no sé cuánto durará. Intenta tranquilizarla, ¿vale?

- Vale.

Carey parecía aún más delgada y blanca en el camastro donde yacía. Pilar estaba con ella y me sonrió entre lágrimas, estrechándome la mano. Le habían dado algún tipo de droga, láudano o algo similar que la tenía desconectada. Le cogí una mano y recordé el día que trepamos escapando de los merodeadores, el día que sorprendimos a Mac con la arpía, el día que nos reímos de mi corte de pelo cuando defendí a Jako, el último baile que le enseñó a su ángel y que tanto nos hizo reír a todos...

- Tess…

- Estoy aquí, Carey, no te preocupes, Alan está cuidando de todo, y está también Pilar, que es la mejor enfermera de esta y la otra dimensión... – dije intentando sonreír.

- Le han matado, Tess – y las lágrimas rodaban por sus mejillas-. Le abrieron la cabeza sin que hubiera hecho nada, pobre Mac, nos llevaron a

una emboscada,… le aplastaron la cabeza, Tess… y a mí…

- Tranquilízate, cariño. Todo va a ir bien ahora. Vamos a cuidar de ti.

Cerró los ojos con un gemido. Cuando vi que no recuperaba el sentido otra vez, salí del cuarto.

- Alan, no puedo soportarlo – sollocé, y cuando me abrazó creo que él también lloraba.

Atravesé la sala, cegada por las lágrimas. Fuera el frío me dejó un momento sin aliento, y de repente, Jako estaba allí, y estiré los brazos para que no se acercara.

- ¡Vete, Jako! – exclamé y me interpretó mal.

- ¡Tess, Mac no lo hizo! – "no puedes tenernos miedo, no puedes tenerme miedo a mí".

Eso acabó de romperme el corazón. Me eché a llorar tapándome la cara con las manos.

- Claro que no lo hizo, por eso quiero que te vayas, no puedo soportar pensar que te hagan daño también a ti, no te acerques, mantente lejos de mí…

Sentí que nos elevábamos y en pocos segundos descendíamos junto a mi cabaña.

- Por favor, Jako, aléjate.

- Sabes que no voy a hacerlo, Tess. Entra en la casa y no te preocupes de nada, estaré aquí.

- ¡No! No puedes quedarte aquí, no tenéis permiso para estar en el pueblo… - puso su largo índice sobre mis labios y con la otra mano señaló al cielo. Sonreí entre lágrimas y asentí -. Vale. Arriba.

- Entra en la casa. Dile a las chicas que Geor y Biorn están bien, y pendientes de ellas.

- De acuerdo.

Isa y Esther corrieron a abrazarme. Lloramos durante mucho rato, mientras yo les contaba como podía lo que había dicho Alan, y cómo estaba Carey. Un breve golpe en la puerta nos sobresaltó a todas, pero

quien entró fue el portavoz.

- Vengo a deciros que he mandado a buscar a los ángeles que enviamos a la frontera. Nos vamos en cuanto estemos preparados y...según evolucione Carey – se volvió hacia mí -. Tú prepara tus cosas, Tess, te marchas ahora mismo, Jako está esperándote.

-¿Yo?

- Tengo la palabra de Sazno, pero me da igual, prefiero que te marches, no confío en él.

El corazón me martilleaba el pecho.

- Todo tiene sus riesgos, Tess, y debes saberlo. Si te quedas, tendremos que confiar en que durante los días que tardemos en partir, nadie intentará raptarte, violarte, o mataros a ti y a tu ángel... o a quien se ponga por delante. Porque es así como están las cosas. Irte supone un viaje de tres meses como poco, en una zona en guerra y en pleno invierno. Si te digo que te vayas es porque sé que Jako está capacitado para llevarte sana y salva al Valle, pero es cierto que podéis encontraros en situaciones con las que ni un ángel pueda enfrentarse. Yo quiero que te vayas. Pero tal vez debería dejarte decidir.

Tragué saliva. Deseaba poner tierra entre aquel lugar y yo, pero tenía que ser justa.

- Si me voy... ¿no correréis los demás riesgo de que haya represalias?

- No. Sazno no está en una situación envidiable, y cuando vuelva el portavoz de guerra va a tener problemas. Matar un ángel está penado con la muerte, excepto si se demuestra justificación, y él debería actuar en consecuencia y no lo ha hecho. Cuando vuelva el portavoz, sabe que tendrá que responder de sus actos. Yo pediré un juicio, y Alan está dispuesto a declarar como médico, ante cualquiera, que las heridas de Carey respaldan el que fue violada repetidamente por varios asaltantes, como ella dice en sus momentos de lucidez, y no por un ángel. Sazno quiere vernos fuera del pueblo cuanto antes, y no se arriesgará a tener más causas pendientes.

- Entonces puede que no sea necesario que me vaya...

Me miró a los ojos. No era una mirada fácil de soportar.

- Te quiere a ti, Tess. Y no le importa lo que le cueste. Es una obsesión. Me pidió que te vendiera a él, a cualquier precio. Quiso hacer marchar a tu guardián a la frontera para poder actuar con más facilidad. Quizá me equivoco. Pero si no te vas, o conseguimos poner la expedición en marcha

realmente rápido, o temo que acabaremos pagándolo todos.

- De acuerdo.

Empecé a meter mis cuatro ropas en la mochila, con manos temblorosas.

Isa y Esther me abrazaron, llorábamos las tres. Salí a la puerta con el portavoz.

- Nos vemos en primavera, en el Valle – dijo, y con una de las pocas sonrisas que le había visto en ese tiempo, me besó la frente.

Jako escuchó serio sus indicaciones de rutas y cuando le tocó el hombro a modo de despedida, inclinó la cabeza con respeto. Enganchó mi argolla y tiró de la cincha y su brazo me ciñó la cintura una vez más, y yo puse mis manos enguantadas en sus hombros.

- ¿Preparada?

- Cuando quieras.

“Ahora si que estoy saltando a un acantilado”, pensé, pero, sin saber por qué, el ruido de sus alas me hizo sentirme bien.

Capítulo 13

El viaje

A media tarde empezó a nevar con fuerza. La luz se hizo mortecina y pronto oscureció totalmente, una noche cerrada y sin luna, de frío glacial. Habíamos parado a calentar caldo en el bosque, pero nuestra etapa de viaje debía durar hasta llevarnos a la entrada del desfiladero, donde había campamentos que podrían darnos refugio. Durante esa parada, intenté sacar el tema de la aldea, pero él no quiso hablar mucho. Me dio la impresión de que la muerte de Mac le había afectado más de lo que era capaz de admitir.

- Jako... se me hielan los dedos... Bueno, se me hiela todo, pero sobre todo, me han empezado a doler los dedos como si me quemaran...

- Estamos muy lejos aún, no vamos a poder llegar. Creo que va a ser mejor que busquemos dónde pasar la noche.

No era fácil. Tenía que ser un lugar alto, donde ningún animal pudiera alcanzarnos. Pero no valía un árbol, porque teníamos que encender fuego, dejar secar las ropas un poco, calentar algo para la cena. Jako bordeó la montaña hasta encontrar una grieta que debía ser la entrada al nido abandonado de algún ave de buen tamaño. Entró delante de mí, para asegurarse de que no había un inquilino y cuando me llamó tenía tanto frío que ni siquiera el apestoso olor del agujero me molestó. El ya estaba encendiendo fuego con las ramas secas de un arbusto, y mientras se caldeaba el refugio y hervía el agua, tiró suavemente de mis manos y me abrazó, rodeándome con las alas. Yo me estreché contra él, con los ojos cerrados. Mi ropa humeó en seguida con el calor y me quité el chaquetón y las botas con un suspiro de alivio. En la mochila de equipaje que Jako cargaba, había una manta en la que me envolví, sentándome junto a la hoguera mientras él organizaba la cena. Veló mi sueño y mantuvo el fuego encendido toda la noche. Al día siguiente me despertó con té caliente y una frutas redondas como ciruelas pero que sabían a moras, que había encontrado en el bosque y que sirvieron estupendamente de desayuno.

Las noches siguientes las pasamos en refugios del desfiladero, esperando que cesara la tormenta de nieve que impedía adentrarse en su interior. Había otros viajeros en la misma situación. Los refugios eran similares a naves industriales, terriblemente mal acondicionadas. Jako tenía monedas para el trueque, y cenábamos junto a las hogueras alguna carne mal asada que apestaba a bicho viejo, y que yo le cedía al segundo bocado. Me alimentaba de hojas y frutas que Jako recogía para mí, y no pasaba

hambre. En realidad estaba demasiado cansada para tener hambre. Mi guardián comía por los dos, cosa lógica por todo el esfuerzo físico que realizaba, y lo que me preocupaba era lo poco que dormía, pero él me aseguraba que no había problema. Yo me quedaba dormida no importaba el bullicio o el humo de la nave. Dormía absolutamente tranquila, perfectamente protegida por mi ángel. Jako se sentaba de espaldas a la pared, de manera que yo quedaba entre esta y su espalda, echada sobre la manta y perfectamente cubierta por las plumas de sus alas.

Volábamos largas horas, en silencio, porque el viento y la nieve no nos dejaban hablar, y nuestras paradas eran breves y escasas, la mayoría aprovechando algún recodo o cueva abrigada para encender fuego un rato. Durante todo el tiempo, mi ángel estaba pendiente de todo lo que estaba en su mano para hacerme las cosas lo más cómodas posibles. Las condiciones eran tan extremas que dedicaba sus cinco sentidos a vigilar, a prevenir. Estaba siempre en tensión, y con motivo. Gracias a su absoluta concentración evitamos varios aludes y escapábamos de las redes que los furtivos colocaban por todas partes, porque cualquier presa que atraparan, animal o humana, era bienvenida. Veíamos desde el cielo caravanas de furtivos que arrastraban carretas cargadas de hombres y mujeres, que iban tirando a los lados del camino a medida que morían por el frío, el hambre o las barbaridades a los que los sometían. Aunque nos habíamos cruzado con unos animales espantosos, que eran como topos gigantes que de repente emergían de debajo de la tierra para atrapar a sus víctimas, esas caravanas era lo que me daba más miedo, y las pocas pesadillas que atravesaban mi pesado sueño, estaban pobladas por ellas.

El último campamento antes del desfiladero tenía unas grandes tiendas de lona, dentro de las cuales se establecía una especie de mercado. Había perdido mi gorro en uno de los vuelos, y mis guantes estaban rotos, y cuando Jako dijo que entraríamos a reponerlo todo y conseguir algunas provisiones para el vuelo del día siguiente, me colgué feliz de su brazo y le expliqué cómo nos gustaba a las chicas de mi mundo ir de compras.

- Me temo que esto no es exactamente como eso que me cuentas – dijo sonriendo dubitativamente.

- Da igual, las compras son compras en todos los mundos posibles.

Las tiendas eran enormes, y estaban colocadas una tras otra, de manera que nos vimos metidos en una especie de zoco en el que se vendían las cosas más extrañas.

Conseguí un gorro estupendo y unos guantes súper cálidos, y dejé a Jako regateando con un vendedor de semillas y frutos secos para pasear a mi aire. Era un mercadillo demencial, lleno de voces y gritos, pero el mayor

follón venía de una extensión abierta entre dos tiendas.

Caminé hacia allí. Alguien me empujó y seguí el movimiento de la gente que se apartaba...para dejar paso a un merodeador. No podía creerlo, pero allí estaba, uno más entre la multitud, sin atacar a nadie, vestido con una túnica corta que tapaba apenas su cuerpo deforme. Me quedé en shock mirándole alejarse, y por eso me costó reaccionar a lo que tenía enfrente. Era un cercado, un lugar donde podría haberse aposentado el ganado para ser vendido, pero en vez de animales, eran personas, gente semidesnuda en medio de aquel frío, moviéndose de un lado a otro como zombies. El cercado lo vigilaban unos tipos grandes, cubiertos de pieles sucias y armados de látigos que chasqueban sobre su ganado humano de tanto en tanto.

Eran furtivos, y estaban vendiendo a sus prisioneros. El merodeador se acercó con ese horrible cloqueo que yo recordaba muy bien, tendiéndole una bolsa pequeña en su peligrosa zarpa y señalando con la otra hacia los prisioneros. Lo que siguió fue muy rápido. Sacaron a una joven del recinto y el merodeador la empujó al suelo y cayó sobre ella. La gente reía y hacía corro, mientras el monstruo la violaba delante de la multitud.

De repente me di cuenta de que uno de los furtivos me estaba mirando, y fui consciente de que era la única mujer sola. Sonrió con su boca asquerosa llamándome con la mano. Desvié la vista, pero de reojo vi que hablaba con otro señalándome. Me arrepentí de haberme separado de Jako, y retrocedí fingiendo que no los veía, estrechándome en mi chaquetón, mientras el corazón me latía a toda velocidad y me temblaba el cuerpo. No. No podía ser. Venía detrás de mí. Era muy alto, le veía entre el gentío, empujando, ganando terreno.

Me inundó el pánico y empecé a empujar a mi vez a los de alrededor, tratando de alejarme y sintiéndome atrapada. Jako no podía llegar, no podría levantar el vuelo, no tenía espacio suficiente…

- Tranquila, estoy aquí.

Se situó entre el furtivo y yo, los brazos cruzados sobre el pecho, los hombros tan anchos con el marco de las alas plegadas que le hacía parecer inmenso. El hombre no llegó a enfrentarle, se dio la vuelta y volvió hacia su redil de humanos. Jako esperó a ver que se alejaba y luego se volvió hacia mí con su sonrisa maravillosa, como si no pasara nada.

- He comprado miel azul para que la pruebes. Te va a encantar.

- Vámonos de aquí, ¿vale?

Atravesamos el zoco, de vuelta al exterior. Caminaba detrás de mí, sus alas curvadas hacia delante, de manera que creaba como una protección lateral e impedía que nadie me rozara, ni por detrás, ni por los lados. Por fin salimos al aire libre y respiré hondo.

- Jako, eres el mejor guardián del mundo.

- ¿De este o del tuyo?

- De todos.

- ¿Quieres miel?

Me eché a reír y abrí el bote de barro para no cubrirle de besos delante de todo el mundo.

- ¿Con qué se come?

- Con el dedo.

Metí un dedo en el bote y me lo llevé a la boca.

- ¡Oh, Dios, esto es divino! – exclamé casi sin querer y él se echó a reír ante mi asombro -. ¿De qué está hecho?

- Es de flores, de una planta del desierto, la traen desde muy lejos y es muy escasa.

- ¿Y cómo la has conseguido?

- Ven, vámonos. Aprovechemos que no nieva para ganar unas horas.

Tiró de mi mano y le seguí hacia el descampado.

- Jako, ¿de dónde la has sacado? – pregunté curiosa.

- ¿Qué más da?

-¿La has robado? – sugerí mientras sujetaba mi argolla a su arnés.

Me miró con divertido reproche.

- Tess, cómo puedes pensar eso de mí.

Nos elevamos. Miraba al frente y le toqué la barbilla para que bajara la vista.

- ¡Dímelo,tonto!

- Mis plumas son muy valiosas.

- Oh, no me digas que has vendido tus plumas… - exclamé horrorizada.

- Tess, ¿tú notas que me falte alguna? Un puñado de plumas no significa nada para mis alas.

- ¿Entonces es un regalo? ¿Para mí?

Me miró sonriendo.

- Estás siendo muy valiente, Tess, aguantando estas jornadas tan largas y tan difíciles sin una sola queja. Pensé que merecías un premio, y como eres golosa, sabía que te iba a gustar.

- Ah, soy golosa…¿qué más sabes o crees que sabes de mí?

Se dejó caer en picado hasta que chillé y me abracé a él escondiendo la cara en su cuello, repitiendo la maniobra cada vez que abría la boca y empezaba a picarle, hasta que me rendí, golpeándole el pecho muerta de risa.

- Cuando salgamos del desfiladero, buscaremos un lugar donde pasar lo peor del invierno. Pronto empezarán las tormentas y será imposible viajar.

- ¿Y qué harás entonces cuando me quieras hacer callar? ¡Ay, Jako, para ya…!

¿Podía el invierno ser aún peor?

(sigue...)

Capítulo 14

El viaje (continuación)

El desfiladero era estrecho y sinuoso, y las corrientes de aire obligaban a Jako a emplearse a fondo para evitar que nos viéramos arrojados contra las rocas y el hielo de las laderas. Podía sentir la fuerza de sus músculos al mover las alas contra el viento. La nieve se colaba por el cuello de mi chaqueta y se congelaba sobre mi piel. Oscurecía temprano en noches espantosas, que pasábamos en refugios escondidos en grietas de la ladera, sellados con troncos y piedras para evitar a las bestias. Los topos gigantes no podían atravesar el suelo de roca, pero eran capaces de percibir el olor de los hombres y sus provisiones, y emergían frente a los refugios barritando como elefantes. Cada noche, me deslizaba bajo las alas de Jako tapándome los oídos hasta que el cansancio me rendía con un sueño frágil y superficial, y me levantaba casi igual de agotada para enfrentarme al frío otra vez.

¿Cuánto duró aquello? Todos los días parecían iguales. Jako decía que al salir al otro lado de la montaña podríamos hibernar como los osos, y que entonces protestaría por la falta de actividad, y yo le golpeaba el hombro para verle sonreír. Pero por fin, una tarde, el desfiladero empezó a estrecharse. El vuelo se hizo imposible y tuvimos que andar entre los otros viajeros y los carros. Esa última noche de refugiados fue muy alegre, porque se encendieron grandes hogueras y todos participamos del baile y las canciones. Nuestro camino seguía a través de un bosque, y caminamos con otro grupo de viajeros hasta que pararon a descansar. Entonces nos despedimos y volamos el resto del día hasta que al caer la tarde yo estaba tan congelada que le rogué que descendiera un rato y encendiéramos fuego.

- Mira el humo entre esos árboles. Nos acercaremos a ver si es un refugio fiable.

El humo provenía de una casita en un claro. Jako prefirió bajar a una cierta distancia hasta estar seguro de ser bienvenido.

- Quédate aquí. No te muevas.

Me dejó en un camino lateral, a pocos metros del claro, y me distraje observando la casa con curiosidad, porque podría haber pasado por una edificación de mi mundo, una casita de techo de tejas, con un jardincito cuidado, un porche con sillas de madera. ¿Qué hacía allí en medio del bosque? ¿Cómo se protegían de todos los peligros? La nieve a mi alrededor estaba blanca, inmaculada, y avancé un poquito hacia el claro,

para rodearlo y ver la casita por atrás. De repente, mis pies se hundieron casi un palmo en la nieve. Pensé que había pisado un agujero y avancé…para hundirme un poco más. Pronto no pude moverme, era como estar metida en un engrudo que tiraba de mí. Miraba mis piernas tratando de entender qué diablos le pasaba a esa nieve para actuar como un chicle. Probé a sacar una pierna, y sólo conseguí que la nieve me llegara a las rodillas. Entonces sí me entró el pánico e intenté correr, y de repente la nieve me llegaba a las caderas y pensé que me iba a hundir del todo antes de poder pedir socor…

- Agárrate fuerte. Más fuerte.

Tiró de mí con un golpe seco que me arrancó de la nieve sin siquiera perder las botas.

- Tess, cuando yo digo "no te muevas", ¿qué es lo que…?

Colgaba de su cuello, y sin pensar, besé su boca antes de que pudiera seguir regañándome.

- Lo siento, lo siento, tienes razón.

Me estrechó contra su pecho y me besó tan apasionadamente que me dejó grogui. Nunca me había besado en el aire, con la sensación extra de la tensión de sus músculos contra mí.

- Estás perdonada – dijo en voz baja.

- Estupendo –murmuré y él sonrió con tanta dulzura que mi corazón amenazó con estallar.

- Entonces, todo bien – y me hizo un guiño.

Sobrevolamos aquella nieve traidora, mientras me explicaba que era algo llamado "pozo de sed", un lugar que absorbía todo lo que caía sobre él. Era imposible atravesarlo andando, porque era muy ancho. Por eso la casita podía permitirse estar donde estaba, aparentemente desprotegida pero inaccesible para seres sin alas.

- O sea, es la casa de un ángel – dije sorprendida.

- Ahora los conocerás, nos han ofrecido cena y refugio esta noche.

Bajamos junto a la casa, y apareció una mujer en la puerta. Arrugó la nariz y croó:

- Hola, entrad, que nieva.

La seguimos al interior. La casa tenía un salón muy grande, con una chimenea , una habitación lateral que llevaba a la cocina, y un pasillo que se dirigía a la parte posterior. Podría haber sido una casa de campo de la campiña francesa.

- Hola – dije -. Me llamo Tess, creo que conoces a Jako.

- Yo soy Rose. Qué tiempo más insufrible, ¿verdad?

- Sí, pero aquí se está muy a gusto – dije desabrochándome la chaqueta. Hacía demasiado calor, al menos para alguien que llegaba del exterior.

- Jako, ¿puedes ir a lavar estos cacharros? En cuanto llegue Carl, cenamos.

Puso en manos de mi guardián dos grandes bandejas de barro y le señaló el exterior. Me pareció de lo más grosero tratar así a un "invitado", pero él tenía su expresión amable y neutra y salió antes de que se me ocurriera qué decir.

- Qué chico más guapo – comentó nuestra anfitriona en un tono de, ¿envidia? , y contesté un apagado "sí", que no me comprometía a seguir la conversación.

Caramba, y qué fea era ella. Tenía cara de pez, con los ojos redondos y saltones, la nariz chata y una boca de labios finos y entreabiertos, lo que le daba una expresión poco inteligente. Sus pechos eran grandes, y le llegaban casi a la cintura, una cintura ancha, en línea con sus caderas y sus muslos.

- Carl también era muy guapo, ahora está poniéndose mayor – me confió -. Aunque todavía da mucha guerra, ya sabes.

Ni idea, no sabía, pero me importaba demasiado poco como para preguntar, y por suerte se abrió la puerta y aparecieron Jako y el que debía ser Carl, un ángel más grande que Jako, bastante calvo, con cara de buena gente. Me saludó cordialmente los cinco segundos que Rose lo permitió, antes de empezar a darle órdenes para la cena. Jako se prestó a ayudarle antes de que la bruja le incluyera en el cuerpo de servicio sin pedirle opinión, y mientras, me llevó a ver el resto de la casa. Había un pequeño baño, con un depósito de agua corriente y un excusado, nada de casas de baños con géiseres o vapores, y dos habitaciones con grandes camas cubiertas de edredones de patchwork. El suelo estaba alfombrado con tapices, y al fondo del pasillo una tercera habitación hacía de almacén de ropa, telas y otros utensilios. La despensa era un armario corredero con puertas de madera. Todo era tan de mi mundo, tan distinto a lo que

llevaba visto en los campamentos y refugios, que no pude evitar preguntarle si ella también había llegado en una "expedición".

- Oh, sí, hace ya tiempo.

- ¿Y te quedaste aquí?

- Tú vas camino del Valle negro, ¿no?

- Sí.

- Cuando llegues, lo entenderás. Te dicen que has de cruzar un camino que te lleva directamente a la nada. A una especie de agujero negro. No se puede explicar, ya lo verás.

- ¿Te dio miedo? ¿Por eso te quedaste?

- Sí. Y además entonces ya estaba Carl, mi guardián, y había una relación especial entre nosotros… Me prometió que buscaría un lugar para mí, para que pudiera tener tiempo de pensar qué hacer, y me trajo aquí. Al principio esto era una choza inmunda, pero el pantano de alrededor evita que los topos, los furtivos, los vesels,– no me sentí con fuerzas de preguntar qué eran los vesels -, y otras alimañas se mantengan apartados. Y Carl es muy habilidoso, tardó poco más de seis meses en proporcionarme un hogar digno. No creo que haya muchas casas como la mía en este mundo asqueroso – añadió con satisfacción.

- Entonces, ¿cuánto llevas aquí?

- Es difícil echar cuentas, no miden el tiempo como nosotros – eso era cierto - , pero debe haber pasado un año y medio o así.

- Realmente, la casa es muy bonita, pero, ¿no es un poco solitario esto?

- Quizá. Pero prefiero sentirme a salvo, y eso sólo es posible en lugares como este.

- ¡Chicas! – escuchamos la simpática voz de Carl llamándonos -. ¡La cena está lista!

El ángel de Rose era un tipo encantador y muy atractivo, que nos hizo reír y sentirnos bienvenidos con una calidez de la que ella había sido incapaz. Durante la cena se esforzó por ser amable, pero era demasiado directa y resultaba muy brusca. Además no paró un momento de dar órdenes a los dos chicos. Carl respondía con un buen humor servicial, y Jako, simplemente, hacía lo que le pidieran o se levantaba espontáneamente a ayudar a Carl. Ambos habían congeniado muy bien. Me encantaba ver a Jako reír y bromear, relajado después de tantos días malos. Tras la cena,

tomamos una taza de infusión sentados en la sala frente a la chimenea, y luego sugirieron que tal vez sería hora de retirarse. La verdad es que aquella especie de pez no era mi idea de la compañera ideal de cuarto, pero sólo había dos habitaciones, y yo estaba muy cansada y las camas me habían parecido muy confortables. Sin embargo, al llegar al pasillo, Rose abrió la primera puerta y diciendo que esperaba que estuviéramos cómodos, nos dejó plantados y se metió con su ángel en el otro dormitorio.

Jako me empujó suavemente. Cerró tras él y yo me volví para empezar a decir todo lo que pensaba de aquello, pero me tapó la boca con la mano y señaló a la pared. Nos llegaba un rumor de voces de la otra habitación y yo asentí.

- Lo diré bajo, pero lo diré, Jako, no me gusta esa mujer, es…

- Shhhhhhh. Nos ha ofrecido refugio esta noche. Mañana nos vamos. Qué más da.

Tenía razón, y su sonrisa divertida me hacía sentir feliz.

- Vale, me callo. En realidad, estoy demasiado cansada para discutir.

Me senté en la cama y me quité las botas.

- Creí que iba a compartir habitación conmigo – dije.

- Yo también… Bueno, así sabemos seguro que no se va a pasar la noche dándote órdenes.

Me eché a reír tapándome la boca por miedo a que me oyeran.

- Acuéstate, anda, vas a dormirte de pie.

Obedecí. Bajo la manta me quité los pantalones y los dejé en el suelo. Era una cama muy grande, y realmente cómoda. Rose sería lo que fuese, pero había sabido organizar el confort de su mundo en este. Yo sabía que Jako no dormía apenas, siempre en vela por mí, y que lo llevaba bien, pero que de tanto en tanto, necesitaba un descanso. Estábamos bajo techo, rodeados de una barrera infranqueable. Era el momento de darle un respiro.

- Ven, hay sitio de sobra – ofrecí a mi ángel, que se había sentado en el suelo, contra la puerta.

- Estoy bien aquí.

- Si te acuestas, dormirás. Y ya toca que duermas un poco.

Sonrió ampliamente.

- Tess, eres un cielo, pero apaga la luz y duérmete, anda. Soy yo quien cuida de ti.

Apagué la luz.

- Jako… ven a dormir – susurré. Silencio –. Me dijeron que tenías que hacer lo que te pidiera – silencio -. Creo que estás faltando a tus deberes… Lo cual es doblemente malo si recordamos que te has pasado la tarde obedeciéndola… a ella… ¡Ay, qué susto! – exclamé sin querer cuando de repente le sentí a mi lado, y nos reímos los dos.

- Tess… vale, tienes razón, me irá bien dormir un poco.

- Estupendo. Buenas noches.

- Buenas noches.

Le di la espalda acurrucándome bajo la manta. Jako estaba sobre la cama, suficientemente amplia para que fuera cómoda para él y sus alas plegadas.

Acababa de dormirme cuando algo me despertó. Presté atención, sorprendida. Eran susurros… y algo más que susurros. Carl gemía como si le estuvieran desollando vivo, aunque, obviamente, no era eso lo que sucedía al otro lado del tabique. Al parecer, Rose era horrorosa y mandona, pero no por ello carecía de otras habilidades envidiables, y no le importaba ejercerlas a sabiendas de saltarse cualquier norma. Lo malo era tener que enterarse de ello de una manera tan… directa. Los gemidos subieron de tono hasta que, cuando ya creía que iban a durar toda la noche, cedieron poco a poco.

Me volví despacio. En las sombras, distinguí a Jako, tumbado bocarriba, el brazo doblado sobre los ojos. Sin previo aviso, los gemidos recomenzaron, sobresaltándome. Si hubiera estado con Isa, nos hubiéramos puesto malas de la risa, era tan grotesco… Y de repente, la voz de Rose claramente distinguible por primera vez… “Dame, dame”… “Toma, toma”…. Me mordí los labios para no soltar la carcajada. Sentí que mi ángel se movía un poco.

- Jako,…

- No, Tess. No estoy bien.

Su voz tenía un tono burlón de enfado y me eché a reír ocultando las carcajadas en la almohada.

- Shhhhh – sonrió inclinándose sobre mí.

- ¿La has oído cómo sigue mandando?

- Calla, Tess, no me hagas reír, van a oírnos…

- Bastante poco les importa a ellos que les oigamos nosotros.

Esta vez fue menos largo, pero Rose estuvo más "audible". Me tapé la cabeza con la manta, quería dormir, esperaba que el arrebato hubiera terminado… Oh, no, ahí estaban otra vez.

- ¿Quieres salir a volar un rato?

- ¿Ahora? – susurré espantada -. Ahí fuera debe hacer mil grados bajo cero, y es tardísimo, quiero dormir.

Se sentó en la cama para atarse las botas.

- Yo no aguanto más el show, Tess. Estoy por ahí arriba, ¿vale?

- Vale.

Apretando dos cojines sobre mis orejas, me quedé por fin dormida.

Amaneció un temporal de nieve y viento. No podíamos volar en esas condiciones. Nuestros anfitriones se comportaban con naturalidad tras la noche de orgía, y yo les seguí la bola como Jako, que tenía su expresión cortés y distante con Rose, pero mantenía una camaradería encantadora con el otro hombre volador. Rose, cómo no, los mandó a buscar leña. Carl sugirió que usaran la de la despensa hasta que cediera un poco la nevada y ella repitió "traed leña, Carl" como si no le hubiera oído. Jako me hizo un guiño al salir y yo recordé el "dame-dame, toma-toma" y me atraganté con el tazón de leche. Me devolvió una de sus radiantes sonrisas, mientras Rose refunfuñaba porque Carl intentaba argumentar que sólo encontrarían leña húmeda.

- Todo lo han de protestar – comentó cuado los dos hombres se fueron.

- Es que realmente nieva mucho, no pueden volar así.

- Sólo han de caminar hasta el bosquecillo de atrás, Tess. Para ellos es un paseo – suspiró -. En fin, será que hoy no tengo paciencia. Dormí poco. Ya sabes cómo son estos ángeles. Terribles.

Callé y empecé a pelar patatas a su lado, pensando, sí, esa es la impresión que me ha llegado a través del tabique.

- ¿Tú lo haces con Jako, no?

No me esperaba una pregunta tan directa y tan impertinente, pero si quería hablar del tema, yo también tenía preguntas que hacer.

- Claro que no – sonaba un poco más indignado de lo que esperaba, pero no podía contenerme -. Y supongo que tú no tienes relaciones completas con Carl, ¿no? ¿O no te explicaron que estaba prohibido?

- Completas y bien completas – dijo en el primer atisbo de humor que le veía -. Oh, sí, lo de los embarazos, pero eso no puede preocuparme, soy estéril.

- Yo no estaría muy segura de lo que eres o dejas de ser en esta "dimensión", Rose. Conocí a una ciega que aquí podía ver.

- Ya. Pero muy fuerte tendría que ser la magia, porque me quitaron el útero hace años por unos tumores benignos. No creo que me haya vuelto a crecer.

Parecía suficiente garantía anticonceptiva incluso para la dimensión desconocida, pero eso no era todo.

- ¿Y qué hay de Carl? ¿No te importa lo que le pasará si alguien se entera de esto? – "y no sois nada discretos al respecto, por cierto", pensé para mí.

Se encogió de hombros, Por favor, era espantosa. El perfecto antídoto para la lujuria, ¿cómo podía nadie querer nada con ella? "Claro, pero, ¿cuál es la alternativa? Una arpía espantosa que se resiste y te maltrata lo más ferozmente que puede…" Seguramente las arpías no solían pedir dame-dame.

- El sabe lo que se juega. El riesgo no es grande, aquí aislados donde estamos. Y sabes, cuando lo prueban con una de nosotras…ya no pueden dejarlo. Se vuelven como perritos falderos. Pero al final del día… hay que darles su premio.

Seguí pelando patatas en silencio. Me parecía bastante egoísta por su parte, pero allá ella y allá él, cuando la escuché de nuevo:

- ¿De verdad no lo haces? No lo voy a contar.

- De verdad.

- Nunca había visto un tipo tan guapo como tu chico. ¿Y cómo se las arregla para sobrevivir sin sexo?

"No es mi chico", estuve a punto de decir, pero de repente pensé que, de un modo propio de adolescentes, pero sí, lo era, y simplemente conteste "no lo sé" en el tono más neutro posible para detener la conversación ahí.

- ¿Le haces algo?

- No. Escucha, Rose, me tomo este asunto muy muy en serio, y no sólo por los embarazos,… Este chico lleva salvándome la vida y jugándose la suya por mí desde que caí del cielo en este maldito mundo. No voy a pagarle condenándole a la muerte o a la desgracia.

Creí que había sido contundente y que el tema estaba zanjado pero ella volvió a croar mientras revolvía una olla.

- Carl lo quiere todas las noches, y normalmente consigo que se conforme con una sola vez, pero a veces,…bueno, ahora debe haber entrado en celo.

"Qué interesante", pero me mordí la lengua para no decir nada que pudiera ofenderla.

- Y es que tienen esa parte animal, ¿sabes?, debe ir con las alas.

Callé.

- Claro que yo le obligo a comportarse.

"Pues menos mal, porque si los berrios y jadeos de anoche eran su manera de hacerlo "bajo control", en plan libre deben enterarse al otro lado del desfiladero." Ahora sí calló un rato. Pero corto.

- Sabes, eres bastante cruel. Tu ángel lo debe estar pasado fatal.

Ah, o sea que se permitía juzgarme. Abrí la boca para poner claro lo que yo pensaba de ella, y en eso entraron Carl y Jako, empapados.

- ¡Cómo os habéis puesto! – exclamó ella -. Dejaréis perdida la casa, quitaos los jerseys y las botas, y extended las alas junto al fuego, rápido.

Poned la leña ahí… Venga, al fuego, ¡ya!

Carl hizo un gesto a Jako y ambos se acercaron a la chimenea y obedecieron cuchicheando y riendo como dos niños malos. El guardián de Rose era bastante mayor que Jako. Un día habíamos estado intentando calcular su edad y lo dejamos entre veinticinco y treinta, imposible afinar más. Por su aspecto, Carl estaría en el final de la cuarentena o principios de los cincuenta. Tenía un cuerpo hermoso, con muchas cicatrices que no le desfiguraban, pero seguramente vivir con Rose le había privado de ejercicio, y sus músculos parecían menos firmes y en el abdomen amenazaba el principio de una curvita de la felicidad.

Jako soltó los botones de su jersey, y se lo sacó por la cabeza mientras seguía hablando en voz baja con Carl. Se sentó en el suelo para quitarse las botas y su espalda se llenó de músculos maravillosos alrededor de las alas, más brillantes y blancas que las de Carl.

De pronto me miró por encima del hombro, sonriendo a algo que decía su amigo. No sé con qué cara le miraba yo, pero su expresión cambió. Sus rasgos se suavizaron y sus ojos se llenaron de luz . Era la cara de alguien que estaba perdidamente enamorado y el corazón se me disparó. No me estaba acostando con él, pero, ¿no era mucho peor lo que le estaba haciendo? Sentí que me sonrojaba, pero no pude desviar los ojos de los suyos. En cualquier caso, no sólo se lo hacía a él, porque yo jamás me había sentido tan completamente perdida por alguien. ¿Y no era lógico que me sucediera? Un hombre atractivo hasta decir basta pasaba veinticuatro horas al día pendiente de mi bienestar, de mi seguridad, era capaz de cualquier sacrificio por que yo me sintiera bien. Un hombre que volaba y eran extremadamente fuerte, como un superhéroe. Un hombre que se me declaraba de la manera más inocente y sincera posible, y que no pedía nada a cambio. Dios, y qué cuerpo. Acababa de darse la vuelta para secar sus alas al calor del fuego, exponiendo su torso desnudo, sus brazos, y esa cara tan hermosa, los pómulos altos, la nariz recta, los dientes de fiera, los ojos azules llenos de chispitas, el pelo que la humedad teñía a rubio oscuro.

Pero no era la única que le miraba. Por muy antilujurias que fuera Rose, no me gustó que se comiera a "mi chico" con los ojos. Fui a buscar otro jersey a nuestra bolsa, y le ayudé a abrocharlo mientras él bromeaba y agitaba las alas para revolverme el pelo.

Pasamos todo el día esperando, pero al oscurecer fue obvio que no podríamos marcharnos, sólo dormir allí y esperar que el tiempo hubiera mejorado al día siguiente. Rose preparó una cena a base de hierbas, con muchas especias, todo muy sabroso pero de sabores muy intensos. Permaneció bastante callada, y nadie echó de menos sus órdenes. Su silencio ayudó a crear un ambiente más relajado. Debí imaginar que

tramaba algo.

De postre había una tarta adornada con bayas. Mientras la servía, Carl bromeó sobre los poderes afrodisíacos de las bayas. Le di una patada a Jako por debajo de la mesa y él me miró con inocencia mientras me pisaba un pie con cuidado, nos esperaba otra noche de jadeos, y por eso nos quedamos los dos helados al oír a nuestra anfitriona.

- Creo que anoche espantamos a nuestros huéspedes, Carl.

Su ángel la miró desconcertado.

- Tess no lo hace con Jako. Me parece que la escandalizamos bastante.

Callé, mortificada. ¿Qué podía decir? ¿Qué hicieran lo que creyeran mejor, y se atuvieran a las posibles consecuencias? ¿Qué hicieran el favor de no comer bayas, a ver si nos dejaban dormir?

- Oh, vaya, lo siento, chicos – dijo el grandullón -. Creímos que al viajar así, solos,… Lo siento.

- No pasa nada – murmuré. No me hacía falta mirar a Jako para saber que tenía puesta su máscara impenetrable.

- Cada uno es libre de hacer lo que quiera – aseveró la bruja con su horrible cara de pez. A la luz de las velas parecía que boqueaba como un besugo fuera del agua -. Oye, Carl, ¿qué te parece si…? Bueno, se me ocurrió que sería bastante generoso como anfitriones darle un poco de alivio a este pobre chico.

El silencio era absoluto. Había dejado de nevar, y el crepitar de la chimenea era como la música del invierno.

- Jako, ¿quieres venir a mi cama esta noche? A Carl no le importará, ¿verdad, amor?

Pasaron cinco o diez segundos antes de que él contestara.

- Si tú crees que debes hacerlo, Rose – y sonaba como si tragara cristales. Levanté los ojos de mi plato. Carl tenía la vista clavada en su copa, y estaba todo rojo.

- Gracias, amor. Bueno, ¿a que está rica la tarta?

Aparté mi plato. Increíble o no, la bruja daba el tema por cerrado. Se iba a llevar a Jako a la cama porque lo había decidido así. Y le iba a hacer un

favor que le pondría en peligro mortal.

- Un… – empecé, y Jako volvió a pisarme por debajo de la mesa. Volví los ojos hacia él, con el corazón en un puño. No se me había ocurrido. Mi guardián podía pensar que no era una mala oferta. ¿Cuánto tiempo llevaba de abstinencia? En el pueblo de Sazno no acompañó a sus amigos cuando les dieron el último permiso antes del viaje. Jako no lo había hecho nunca con una mujer, seguro que sentía curiosidad. Y seguro que sentía necesidad. Tina decía que eran animales sexuales.

Jako no me miraba. Jugaba con el tenedor, golpeando el borde del plato.

- Rose – dijo suavemente -, respecto a ese gesto tan generoso, lo siento, pero no puedo aceptarlo.

- ¿Qué quiere decir que no puedes?

- Jako, de veras, no hay problema – dijo Carl, y dudé si admirar su abnegación o despreciarle por calzonazos.

- Os lo agradezco mucho a los dos, pero estoy en misión de guarda, y, Carl, tú sabes lo que es eso, mi única prioridad es Tess. No puedo distraerme de mis obligaciones. Pero os lo agradezco. A los dos.

- Tienes razón – dijo el hombre volador con seriedad, pero sus hombros se relajaron imperceptiblemente y volvió a esbozar su sonrisa amable.

- Vamos, Jako. No puedes ser tan estricto, ¿qué va a pasarle a tu protegida aquí? Sabes que es un lugar seguro, quizá el más seguro de este mundo. Y puedes estar tranquilo, nadie se enterará nunca que has faltado a las leyes conmigo…

- Lo siento, Rose. Por favor, no insistas, no depende de mí, estoy en misión de guarda.

- Entonces…tu protegida puede disculparte por unas horas. ¿No, Tess?

Jako se estaba enfrentando solo a aquello, pero ahora me pedían opinión e iban a tenerla.

- Ni hablar. No va a separarse de mí. Ni unas horas ni diez segundos. Y – la interrumpí al verla abrir la boca -, es mi última palabra.

Silencio.

- Bueno, la tarta sí te la podrás comer. ¿o eso tampoco? – dijo Rose con

su voz de “cómetela toda ahora mismo”.

- No me gustan las bayas – dije con sequedad -. Si no os importa, quiero acostarme temprano – y me levanté.

- Tranquilos, yo recojo esto – dijo Carl al ver que Jako empezaba a apilar platos para salir a lavarlos.

- No, acaba el pastel, yo empiezo a lavarlos, no te preocupes.

Los dejé a todos en el comedor y me acosté, apagando las velas. Quería que Jako viniera y pasar de una vez el mal rato de comentar el tema. Al fin se oyeron voces acercándose y la puerta se abrió y volvió a cerrase.

- ¿Jako?

- Estoy aquí, Tess. Tranquila.

Se sentó en la cama y yo me incorporé. Estaba de espaldas a mí, y sólo veía la sombra de sus alas mientras se deshacía de sus botas. Se tumbó a mi lado mirando el techo.

- Qué desagradable ha sido todo – murmuré.

- Bueno, se han puesto las cartas sobre la mesa, y hay gente que no sabe conformarse cuando no se sale con la suya.

- Supongo que no somos los huéspedes ideales – suspiré.

- Depende de cómo lo mires. Yo creo que ahora Carl nos aprecia mucho más.

Sonreí. Jako hablaba en voz baja, en un tono relajado y tranquilo.

- Lo has manejado muy bien – reconocí.

- No es la primera vez que me pasa.

- Ah, o sea, que te han hecho muchas proposiciones de este tipo – dije con burlona seriedad.

- Hmmm… algunas – y adiviné su sonrisa y me relajé del todo. Si podíamos bromear sobre ello, ya no era un problema.

- Eres demasiado guapo, Jako.

- Lo sé.

Le golpeé el hombro y se volvió riendo, y cuando me abrazó me dejé ir contra él, contra su cuerpo grande y cálido.

- Por un momento, temí que fueras a aceptar – cuchicheé.

- Eso no es verdad – dijo con reproche -. No puedes haber dudado de mí en serio.

- No – y dije bajito -, pero creo que sí que me sentí un poco celosa.

- ¿Celosa?

- Es igual, no…no voy a intentar explicártelo – y le abracé con fuerza.

Me levantó la barbilla con suavidad y me besó en los labios. Le devolví el beso y me aparté un poco, aquello era una cama, una habitación cerrada, y yo estaba loca por él. No iba a dejar que las cosas fueran ni un poco más lejos. El mantuvo su brazo a mi alrededor, inclinado sobre mí.

- ¿Sabes, Tess? Me haces sentir cosas que nunca había sentido. A veces es como caer en picado desde el cielo, me trastorna esa sensación de vértigo.

- Jako, no quiero hacerte daño. Y nos va a doler mucho a los dos cuando nos separemos en primavera.

Hubo un silencio que me hizo pensar que era algo a lo que ya había dado vueltas.

- El dolor pasa. Creo que merece la pena, Tess.

Le acaricié la cara y se inclinó sobre mí para volver a besarme, y en ese momento empezaron los gemidos.

- Las bayas – susurré, y me eché a reír escondiendo la cara en su pecho.

Intentamos ignorarlo pero era como ignorar los fuegos artificiales en San Juan. En pocos minutos tuve la certeza de que era un "mira lo que te pierdes". Pero esta vez, el intercambio tomó un cariz desagradablemente agresivo que me hizo sentir muy violenta. Solté el abrazo de Jako y él se separó de mí despacio, y permanecimos quietos, uno junto a otro, sin rozarnos. De repente, Carl dio un verdadero rugido y ella chilló como una rata. Me senté en la cama.

- ¿Damos un paseo? – propuse.

- ¿Quieres? Pues vámonos.

Salimos sin ruido. La noche estaba preciosa después de la nevada.

- ¿Crees que se mantendrá despejado hasta mañana? – murmuré mirando el cielo.

- Despejado o no, mañana al amanecer, nos largamos.

Le miré sorprendida por su tono disgustado porque creía que se lo estaba tomando más a la ligera. Enganché mi arnés y nos elevamos. Volaba de prisa, de un modo un poco brusco, sujetándome con la fuerza de siempre pero con espacio entre los dos. Le toqué la mejilla y me miró.

- Eh… lo siento, Jako.

- ¿Qué sientes?

- Todo esto. Aunque seas incapaz de reconocerlo, sé que lo estás pasando mal.

Sonrió.

- No, boba. Estoy bien. Te preocupas demasiado por mí.

- ¿Te estoy agobiando? – acusé en broma.

Me estrechó fuerte mirándome a los ojos.

- Me fascina. Me pareces adorable. Me hace sonreír pensar que una cosa tan chiquitina como tú esté empeñada en cuidar de mí.

Me dejaba sin aliento cuando hablaba así. Sólo podía mirarme en sus ojos y sonreír como una tonta.

- Te ríes de mí, grandullón – murmuré.

- Sólo un poquito. ¿Tienes frío?

- Se puede aguantar.

- ¿Puedo subir un poco más?

- ¿A dónde vamos?

- A la luna.

No me dio tiempo a preguntar. Volamos más alto, y de repente, sucedió algo. Había luna llena, y no era como mi luna. Emitía unos rayos propios, que atravesaban el cielo y se difuminaban a medida que se acercaban al suelo, de modo que desde abajo eran inapreciables. Pero a la altura a la que estábamos, se veían con claridad. Jako volaba hacia uno de ellos, y cuando lo atravesamos, nos inundó una luz cálida, dorada, con partículas brillantes. Se detuvo dejando que nos bañara, y giró despacio en el haz de luz, como si bailáramos en él.

- Es precioso – susurré.

- ¿Verdad que sí?

- Y es tan cálida…

- Y tiene poderes regenerativos, cura lesiones de piel, la rejuvenece… Pero sobre todo, es que es preciosa. Como tú.

Le eché los brazos al cuello y nos besamos en el haz de luz de luna. Me abrazaba suavemente y sus labios se abrían sobre los míos. Nuestras lenguas se rozaron, se enredaron. Tal vez la luz de la luna era, además de regenerante, afrodisíaca, aunque seguramente mi deseo no tenía demasiado que ver con eso. La pasión fluía de él de un modo irresistible. Su respiración se aceleró y le empujé suavemente.

- Jako…

- Lo siento.

- No lo sientas. Pero esto es muy peligroso.

- Sé cuándo parar.

Hablábamos en susurros, como si alguien pudiera oírnos, ahí colgados de un rayo de luna en medio del cielo nocturno. Era la primera vez que hacíamos relación al tema del riesgo físico de nuestra relación.

- ¿Sabes parar? ¿También has pasado por esto antes? – pregunté con curiosidad y celos.

- Nunca así. Pero sé controlarme.

- ¿Qué quiere decir nunca así?

- Siempre me he mantenido lejos de mis protegidos. Física y emocionalmente. Las chicas se sienten muy atraídas por nosotros. Pero lo

sabemos, pasa siempre, y siempre me he mantenido al margen.

- Porque sabías que era un error.

- Porque nunca antes me había enamorado.

- Me iré, Jako, y no volveremos a vernos más. Nunca más, ¿entiendes eso? Es mejor tenerlo claro desde el principio y no empezar esta historia. No vale la pena arriesgarse a hacer una tontería.

Me sonrió con dulzura.

- Estás cuidando de mí otra vez.

- Estoy cuidando de los dos. Tú no sabes lo que es. Lo que puede llegar a ser.

Se inclinó sobre mí, acariciando mi espalda con sus grandes manos abiertas.

- Oh, Dios, no, no lo sé. Y quiero saberlo.

Negué con la cabeza. Se me saltaban las lágrimas mientras le acariciaba las mejillas, apartándole con suavidad cuando quiso besarme.

- No llores, Tess, ¿por qué lloras?

- Porque no puede ser, Jako. No puede ser.

Bajamos despacio al jardín de la casita. Desde el salón no se escuchaba a nuestros anfitriones, y al acercarnos al pasillo sólo nos llegó la pausada y fuerte respiración de Carl.

Me quité el chaquetón, las botas, los pantalones, en la oscuridad y me deslicé bajo la manta. Jako se echó a mi lado, sin taparse, como de costumbre, y le di la espalda. Me sentía incapaz de encontrar una salida a todos aquellos sentimientos. "Ahora debe estar enfadado, decepcionado,… Al final acabaremos distanciándonos…", pensé disgustada, y de pronto sentí que se volvía hacia mí y me rodeaba con el brazo. Me deslicé hacia él, y nos acurrucamos, yo dentro y él fuera de la manta, pero su mano junto a mi mejilla, y nuestros dedos entrelazados.

- ¿No estás enfadado?

- ¿Enfadado?

Besé su mano y me atrajo un poco más cerca. Y debimos dormir en esa postura el resto de la noche, porque así nos encontró Rose cuando entró

en el cuarto por la mañana.

Jako se culpó por haberse dormido “de verdad”. Aunque despertó inmediatamente al sentir la puerta abrirse, no fue capaz de reaccionar lo suficientemente rápido y cuando se apartó de mí, Rose ya había visto más de lo que debía. En realidad no había nada que ver, yo dormía tapada hasta las orejas cogida a la mano de Jako, cuyo brazo me rodeaba, pero Rose podía e iba a interpretar aquello como quisiera, tal y como nos demostró durante el breve desayuno.

- Buenos días – saludó Carl que entraba con una brazada de leña.

- Buenos días – dije sonriendo, y acerqué unos tazones a la mesa antes de sentarme.

Me dolía la cara como si me quemara, y Jako dijo que era de la luna.

- Es igual que el sol, debí haber recordado que eres de piel delicada – se disculpó.

- ¿Subisteis a la luna? – preguntó Carl, y comprendí que llamaban así a “colgarse” de un rayo de luna, como habíamos hecho -. Ah, eso es muy bonito, ¿Te gustó, Tess?

- Fue precioso – sonreí y Jako me hizo un guiño. Y Rose le vio.

- Sinceramente, - dijo sentándose a la mesa -, podíais haber sido un poco más claros anoche.

Hablaba mirando hacia el techo, como si fuera un oráculo. Estaba espantosamente blanca y fofa a la luz pálida del amanecer invernal.

- No sé qué quieres decir – contesté entrando al trapo.

- Bueno, no hacía falta tanto drama anoche, si ibas a acabar montándotelo con tu ángel como yo con el mío.

- Yo - no - me - monto- nada – silabeé, furiosa.

- Perdone la señora, pero lo he visto con mis ojos.

- ¿Qué es lo que has visto?

- Ah, no sé. Dímelo tú.

Jako se levantó.

- Nos vamos, tenemos un largo viaje por delante. Muchas gracias por vuestra hospitalidad – y tendió la mano a Carl, que se levantó a su vez, para estrecharla.

Fue a por nuestra mochila, mientras Carl me deseaba buen viaje y Rose permanecía sentada, mirándome con su cara de pescado. Salimos a la puerta, Carl me besó la mejilla, y enganchamos el arnés.

- ¿Preparada?

- Sí.

Volamos en silencio un rato.

- Vamos a sobrevolar un valle – dijo de pronto, y descendió al suelo para abrochar el arnés a mi espalda y cogerme por la cintura para que pudiera disfrutar del paisaje.

Me gustaba volar así. Abrí los brazos, y di un grito de gusto, era como volar yo. El rodeaba mi cintura con sus brazos y bromeaba ante mis exclamaciones de asombro al ver salir a los conejos de sus madrigueras, o cuando sobrevolábamos una bandada de pájaros extraños, cubiertos de una plumas muy cortas y densas. Abajo se abrió la tierra y un topo gigante apareció para tragarse de un bocado una familia entera de conejos. La sangre salpicó sus bigotes y su hocico se retorció mientras masticaba. No pude evitar un gemido de disgusto, y Jako remontó el vuelo alejándonos de prisa del animal que olisqueaba ciegamente.

Esa tarde llegamos a un poblado donde pudimos descansar en un refugio más acogedor que los del otro lado de la Montaña del Paso. Había mucha gente, entre ellos el resto de una expedición que se había tenido que quedar un año en aquella zona, al perder a la mayoría de sus ángeles guardianes en una escaramuza con vesels. Allí aprendí que los vesels eran manadas de lobos salvajes, de inteligencia muy desarrollada, lo que no me alegró especialmente, y no quise escuchar la sanguinaria historia de cómo habían destrozado a su grupo y cómo se salvaron a costa del sacrificio de sus ángeles, o sea que me retiré temprano al pequeño cubículo que nos correspondía como habitación, y dormí acostada en una esterilla, las plumas de Jako haciendo de manta, mientras él, sentado contra la pared, pasó la noche velando mi sueño.

La primera tormenta nos sorprendió en el camino. Volábamos en medio de una ventolera infernal que yo soportaba gracias a otro de mis diseños. Había creado una especie de abrigo para Jako, sin mangas y sin espalda, dentro del que me introducía yo antes de levantar el vuelo. Jako apretaba la cincha del arnés al máximo y se abrochaba el abrigo conmigo dentro. El

calor de su cuerpo se conservaba mucho mejor, y aunque mis piernas y mis pies no quedaban bien protegidos, el frío disminuía lo suficiente para poder volar más alto y más rápido.

Pero al empezar la tormenta, Jako volvió al suelo rápidamente.

- Si nos coge en el aire y pierdo el control, acabaremos estrellados contra cualquier cosa.

- No te preocupes, ¿está muy lejos todavía?

- No, y si quieres, puedo llevarte en brazos.

- Dios mío, qué proposición tan tentadora – me reí y le tiré una bola de nieve a la que contestó atrapándome y dándome uno de sus maravillosos abrazos. Cerró las alas sobre nosotros, y en la penumbra nos besamos despacio.

- Lo dije en serio, chiflada – susurró.

- Lo sé, pero puedo andar un rato. Cuando no pueda más, te lo digo.

Caminamos hasta que oscureció, en medio de un viento tan fuerte que tenia que colocarme detrás de mi guardián, que actuaba de parapeto. La nieve sólo dejaba de caer para dejar paso a unas bolas de granizo tan grandes y compactas que nos obligaban a refugiarnos bajo los árboles y cubrirnos con sus alas. Cuando ya empezaba a preguntarme si sería capaz de seguir andando, aparecieron algunas luces y llegamos a las puertas de nuestro destino, el lugar donde se suponía que pasaríamos lo peor del invierno, la ciudadela de Maiar.

(sigue...)

Capítulo 15

El viaje (continuación)

- He encontrado un lugar donde quedarnos.

Habíamos dormido en el peor de los refugios, un cuchitril de madera que se tambaleaba con el viento y por el que se colaba todo el frío del mundo. La ciudadela era la comunidad más grande donde había estado desde mi llegada. No era un campamento, ni una aldea como la de Sazno. Su tamaño era considerable, había calles asfaltadas en la zona céntrica, casas de adobes con dos pisos, agua corriente y luz de gas. Existía una zona de comercio, mucho más completa y estable que el zoco de la Montaña del Paso, y la gente parecía más civilizada en general, aunque se organizaban en la misma estructura de portavoces, el principal de los cuales era conocido como el orloc.

Creí que nos aposentaríamos en alguna de las casitas, pero Jako me llevó al bosque y volamos hacia la pared casi vertical de una montaña, cubierta de matorrales retorcidos y pedruscos. A unos veinte metros del suelo, se detuvo en un saliente y empujó lo que resultó ser una gruesa puerta de madera que daba paso a nuestro hogar temporal. El invierno duraría un mínimo de dos meses, y no estaba dispuesta a pasarlo en una cueva, o sea que durante todo el paseo, me había ido preparando la manera de, sin despreciar su intento, convencerle de que buscara algo en la ciudadela. Pero cuando soltó el arnés me había quedado sin voz.

A pesar de estar dentro de la montaña, la cueva tenía luz natural que provenía de curiosas aberturas en las paredes y el techo. Era muy amplia, tenía un hogar enorme, y las paredes labradas en huecos donde podrían ponerse arcas o cajas para guardar cosas. La iluminación le daba un dorado cálido a toda la estancia. Algunos de los rayos de luz estaban llenos de partículas de polvo y contribuían a que pareciera un lugar encantado, dormido y olvidado durante mucho tiempo. Iba a decir que era estupendo, cuando descubrí que a un lado la pared se abría en una especie de pasillo ancho, lo suficiente para Jako y sus alas, que era mucho decir, que rodeaba la estancia por detrás. Lo seguí, encontrando más estantes labrados, y al final del corredor me quedé asombrada.

- Jako, ¡es un cuarto de baño!

La cueva acababa en una estancia estrecha, en la que brotaba agua en chorros desde la pared. Había un relieve que podía servir perfectamente como la taza de un excusado y la zona donde el agua caía desde el techo era una ducha perfecta. Toda el agua se filtraba por un canal entre la pared y el suelo, de modo que se mantenía el cuarto limpio de un modo natural. Toque el chorro, agua caliente, y corrí hacia la sala principal,

donde se había quedado Jako.

- ¡Jako! ¡Es increíble! ¡Es estupenda!

Sonrió.

- ¿Lo suficiente para pasar aquí el invierno?

- Perfecta.

Entonces vi la puerta y encontré un defecto.

- Pero… sólo se puede ir y venir volando.

- Sí. Pero yo te llevo y te traigo a donde digas. Y la mayoría de los días va a hacer un tiempo demasiado malo para salir.

- Si estuviéramos en la ciudadela…

- Tess, lo siento, pero no creo que sea seguro estar en la ciudadela. Y la seguridad es lo principal.

Tenía razón. Aquello era una fortaleza prácticamente inexpugnable.

- Vale. Nos quedamos. Pero no hay de nada, dónde vamos a dormir, y tendremos que cocinar y no hay cacharros, y…

- Vamos al mercado, allí encontraremos de todo.

- ¿Y podemos comprarlo?

- Arráncame un par de puñados de plumas y seremos ricos.

- Ni hablar.

- Mira que eres tonta, Tess – y antes de que pudiera detenerle echó mano a su espalda y me tendió un montón de plumas -. Andando.

- Jako, no vuelvas a hacer eso.

- Vale. ¿Nos vamos?

Le miré frunciendo el ceño y me abrazó riendo mientras yo le golpeaba los hombros, acusándole de burlarse de mí. Esa noche estrenamos nuestra casa. Habíamos puesto una cama enorme, con su colchón de lana y su somier hecho con un estupendo saco de paja, y mantas y cobertores variados. En el hogar estaba montado un curioso artilugio para colgar las ollas al fuego. En los estantes de la chimenea, la loza y las tazas de

colores lucían estupendas, y el pasillo se convirtió en despensa. Preparamos una sopa con patatas y pollo (o algo parecido que no quise indagar), y cenamos sentados en la estera sobre una pequeña mesa de madera que completaba el mobiliario. No podía disimular mi entusiasmo, y Jako estaba encantado, aunque estaba claro que no veía la causa de tanto revuelo.

- Jako, es nuestro, no hay que compartirlo con gente ruidosa o apestosa, ni hay que temer que alguien esté esperando que nos durmamos para atacarnos, ni aguantar proposiciones de brujas libidinosas… No me digas que no te parece fantástico tener una casa para nosotros.

- Si tú estás contenta, Tess, me parece fantástico, sí.

Me di una ducha maravillosa; en las casas de baño no había privacidad, y aunque nos bañábamos separadas de los chicos, volver a estar sola en el agua caliente, era un lujo. Al salir a la habitación, Jako había apagado las velas, y la cama estaba iluminada por el fuego del hogar. Estaba sentado, recostado contra la puerta cerrada.

- Vamos a la cama – hizo un gesto con la mano y tiré de él -. No. Jako, por favor. Estoy a salvo. Es nuestra casa. Durante el tiempo que hibernemos, como tú dices, tienes que comer, tienes que dormir, y te tienes que relajar. Por favor.

- Tess, estoy bien. Descansaré cuando llegamos al Valle. Hasta entonces, no puedo relajarme, como tú dices.

- ¿Te es incómodo compartir la cama conmigo? – pregunté suavemente -. Podíamos haber comprado dos colchones en vez de esta supercama, la elegí pensando en tus alas, no…

- Tess, me encanta dormir contigo. Pero la última vez que bajé la guardia, la bruja, como tú la llamas, nos trajo problemas.

- Aquí no puede entrar. Ni ella ni nadie – tiré de su mano -. Venga, huele a hierba limpia, las colchas están tan suaves…ven…

Me siguió sin protestar, y nos acostamos como siempre, yo acurrucada bajo un millón de mantas, él sobre la cama, mirando al techo.

- Jako.

- Dime.

- Gracias. Por todo.

- De nada, chiflada – y luego, con dulzura - gracias a ti.

Al día siguiente, y al otro, y al otro, durante una semana interminable, no paró de nevar. No eran simples nevadas, sino tormentas con remolinos de viento y temperaturas tan bajas, que cuando Jako volvía de sus excursiones en busca de algunas provisiones necesarias, tenía hielo en las alas y el jersey prácticamente congelado encima. Yo pasaba las horas fabricando una alfombra y una colcha, y cuando Jako me talló unas agujas en madera, empecé un jersey para él, con una lana blanca que me había conseguido y que iba a llevarme lo mejor de mis aburridas horas.

Por fin la tormenta cesó, y Jako auguró unos días de mejora antes de la siguiente. Esa mañana bajamos a la ciudadela. Había otros ángeles, y algunos traían noticias de expediciones en marcha. Por ellos supimos que nuestra expedición no había conseguido cruzar la Montaña del Paso antes de que empezaran las tormentas. Se movían muy despacio, porque arrastraban carretas y porque un grupo sólo volaba si no había más remedio. También traían noticias de la guerra. Las tormentas habían detenido el avance de los ejércitos, que se habían acercado peligrosamente a las fronteras de aquellos territorios.

Cenamos en una posada llena de viajeros. Hubo música, y risas, y Jako y yo participamos de la fiesta, pero cuando fue hora de retirarse, me sentí feliz de tener un "hogar" al que volver. Jako empujó la puerta con el hombro, cargado conmigo y yo, colgada de su cuello, me dejé llevar a la cama sin protestar. Me acosté mientras él se daba una ducha y me quedé dormida mucho antes de que volviera.

Tuve un sueño espantoso. Tenía que cruzar un puente en llamas. No podía hacerlo, pero sabía que algo venía detrás de mí. Desperté con un grito, sentándome en la cama. Jako se incorporó a mi lado.

- Tranquila, Tess, no pasa nada. Estabas soñando.

Me tapé la cara con las manos y empecé a temblar. Era como si todo el horror y la angustia de estar perdida en un mundo imposible cayera de repente sobre mí.

- ¿Tess, estás bien?

- No puedo más, Jako. No puedo seguir. Quiero ir a casa – y me eché a llorar como una niña.

Me atrajo a su lado y me abrazó con suavidad.

- Eh, vas a volver a casa muy pronto. Aguanta sólo un poquito más.

- No puedo, Jako. Estoy pasando por todo esto porque no lo pienso, porque lo vivo como si fuera un mal sueño. Pero de repente, ahora, tengo demasiado miedo. Cada día descubro que podían haberme pasado mil cosas terribles, y no lo pienso, no puedo pensar, y de pronto, está todo aquí, soy yo la que está metida en esta pesadilla…

Me acarició el pelo mucho rato, hasta que mis sollozos se fueron calmando, y entonces habló bajito.

- Tessie, vas a ir a casa. Yo te voy a llevar al Valle, y todo irá bien. Estás siendo muy valiente, aguanta sólo un poco más. El invierno pasará, y cuando no haga tanto frío, podremos volar más alto, más rápido, llegaremos al Valle y podrás volver a casa. ¿Confías en mí?

Asentí secándome los ojos.

- Sí, Jako. Sé que lo harás. Ha sido un ataque de nervios, pero ya ha pasado.

- Bien. Eso está mejor.

- Fue una pesadilla… qué miedo me ha dado, no quiero volver a soñarlo.

- Duerme tranquila. Yo vigilo, si te veo inquieta, te despierto.

Me acomodé en sus brazos. Le abracé y le besé la mejilla. Sabía que me llevaría al Valle Negro. Y que para volver a casa, tenía que perderle a él.

Desperté con la luz que entró al abrirse la puerta.

- Buenos días, ¿has madrugado? – bostecé asomando bajo las mantas.

- Bajé a la ciudad. He traído desayuno. Ven.

Me peiné el pelo revuelto con la mano y me acerqué envuelta en la manta. Jako sacaba cosas de una cesta y al volverse hacia mí sonrió.

- Mira, es pan, recién hecho.

- Oh, Dios, cómo huele de bien…

- Y esto te va a gustar porque es dulce…

Me eché a reír y aplaudí a unos bollitos con costra de azúcar.

- Pero esto sí que te va a encantar…

- ¿Por qué es muy dulce? – me reí.

- Es mejor que eso.

Puso agua a hervir en el hogar y se negó a contestar a mi "¿pero qué es? ¿a qué sabe?" hasta que la infusión estuvo lista. Entonces sacó un tarrito del fondo de la cesta y yo chillé.

- ¡Miel azul!

- No te muevas – ordenó alejándola de mi alcance.

- Oh, por favor, haré lo que sea por la miel azul – me reí tratando de quitársela mientras él abría el tarrito defendiéndose de mis ataques con facilidad. Vertió un poco de miel en las tazas y luego las llenó con la infusión.

- ¿Puedo probarla?

- Cuenta hasta diez. Y luego ten cuidado de no quemarte la lengua.

Obedecí. El me miraba risueño y cuando acabé la cuenta atrás, acerqué con cuidado la taza humeante y mojé en ella la punta de la lengua.

- Es té de lilas. ¿Te gusta?

Le miré en silencio.

- ¿No? – dijo con desaliento.

- Es lo más increíblemente delicioso que he probado nunca – dije con solemnidad y sonrió encantado, y entonces me eché en sus brazos sorprendiéndole con mis lágrimas.

- ¿Qué pasa? ¿Te has quemado?

- Jako… No, tonto… Lloro porque…Este maravilloso desayuno, que seguro que te ha costado un montón de plumas, es por lo de anoche ¿verdad? Para hacerme sentir bien.

Me miraba con dulzura. Pasó el dedo índice por mis húmedas mejillas.

- Sólo quiero que lo pases lo menos mal posible mientras estás aquí. Sigues siendo mi chica valiente, y hago lo que puedo porque sea lo menos

difícil posible… pero sé que no lo consigo del todo.

Sentía tanta ternura por ese chico que me iba a estallar el corazón.

- Pájaro loco… ¿me puedes perdonar? La pesadilla de anoche me cogió con la guardia baja, pero no me siento tan mal como pudo parecerte. No te voy a negar que este mundo me resulta aterrador… pero, ¿sabes una cosa? Deja de ser aterrador cuando abres las alas para mí.

Me rodeó con los brazos.

- Así, recién levantada y envuelta en la colcha… hueles a nuevo, Tessie, como el pan cuando sale del horno.

"No hables así, no me mires así", pensé y desvié los ojos y me solté con la excusa de coger mi taza.

- ¿Nieva? – pregunté y di un sorbo a la infusión y me olvidé del parte meteorológico -. Por favor, Jako, es increíble… es tan bueno que te hace sentir que estás bebiendo un poquito de felicidad…

Sonrió acomodándose en el suelo con su taza, sentado con las piernas cruzadas, sus grandes alas hacían marco a su figura.

- Hace frío, pero no nieva. Podíamos bajar al río a pescar algo para comer.

- ¡Me encantaría! – exclamé dejándome caer a su lado, estrechándome en la manta y bebiendo sorbos de infusión con verdadero deleite.

Devoré dos bollitos y aún pude con un poco de pan, porque estaba tan bueno que no quería dejar de probarlo. Cuando volamos al río, Jako fingía ser incapaz de sostenerme tras mi abusivo desayuno, haciéndome reír con sus quejas. "Soy feliz", pensé mirándole, "en este mundo horrible, aquí y ahora, soy feliz, me siento bien, en paz, puedo controlar el miedo, no me importa nada más que sentir tus hombros bajo mis manos y tu brazo rodearme". Pero no se lo dije.

Esa noche se desencadenó una tormenta como nunca había visto. La pesada puerta de la cueva se abrió de repente, dejando entrar una ráfaga de aire helado que apagó el fuego y levantó las mantas de la cama hasta el techo. Jako y yo estábamos sentados junto al hogar, él tallaba una cuchara en un trozo de madera y yo tejía su jersey, y nos cayó encima una ducha de agua helada al tiempo que nos veíamos sumidos en la más profunda oscuridad. Di un grito de sorpresa y aunque Jako se las arregló para cerrar la puerta contra el vendaval, se nos había colado medio

huracán en la casa. El suelo estaba empapado, la cama revuelta, nosotros hechos una pena. Estaba congelada, y mientras Jako encendía el fuego, rehice la cama, a la que por suerte no había llegado el agua. Recogimos como pudimos todos los destrozos, las tazas caídas de los estantes, los cacharros esparcidos… Iluminados por el fuego y a la luz de las velas, escuchábamos el rugido de la tormenta mientras trabajábamos rápido y en silencio, hasta dejarlo más o menos reorganizado. Entonces extendimos la ropa mojada frente al fuego y nos tapamos con las mantas en la cama.

- Me he quedado rendida, qué manera de trabajar – y me estremecí sin querer, feliz de haberme quitado la ropa mojada.

Extendió el brazo y me atrajo hacia él. Por primera vez, estaba bajo la manta conmigo. Yo llevaba mi ropa interior: una camiseta y unos shorts, similares a los de Jako. Le abracé con un suspiro y me acarició el hombro. Sentía el roce del vello que tapizaba su pecho, e intenté concentrarme en la tormenta para no pensar que estaba en la cama, muy desnuda, con un hombre muy atractivo y no menos desnudo.

- ¿Tenemos provisiones? – le escuché.

- Sí, queda fruta, y legumbres…

- Este temporal puede durar varios días, y sería mejor no sacar mucho la cabeza hasta que aplaque.

- Pues las haremos durar – él calló y no pude evitar picarle, me encantaba bromear con él -. Claro que,… con todo este estrés, me está dando hambre…

- Vaya, qué casualidad.

- ¿Quedó miel? No, no te muevas, yo voy.

Salté por encima de él y prendí una vela en el fuego para buscar por los anaqueles del pasillo. Regresé a la cama con el tarrito y soplé la vela. Jako estaba semiincorporado contra la cabecera de la cama, y yo me senté a su lado, sobre mis talones, y me eché un cobertor de lana sobre los hombros.

- Tess, creo que tendrás pesadillas si no dejas eso – dijo con burla.

- Venga, estoy dispuesta a compartirlo.

- No, gracias.

Usé el dedo para llevarme un pegote de miel a la boca. Lo malo era que una vez lo probabas, era realmente complicado parar.

- Si te pones gordísima tardaremos siglos en llegar al Valle – y vi su sonrisa en las sombras -. Tendré que montarte en un carro y tirar de ti, no podré levantarte del suelo…

- Jako… - amenacé riendo.

- Esta miel engaña, se convierte en una bomba cuando llega al estómago…

- Oh, calla, bobo…

- Sí, sí, bobo… Deberías tener compasión de mí, que tendré que cargar contigo.

- Sigue, que me da igual. Hmmmmm…. Deliciosa…. Se está acabando y no te va a quedar nada…

- Vale, vale, allá tú. Verás cuando veas el efecto… Se te van a poner unas…. enormes.

- ¿¿Qué??

Me reía tanto que casi se me cayó el tarrito y me toqué el pecho como si sospechara que pudiera ser cierto, mientras Jako se mordía los labios para no reírse conmigo y enarcaba una ceja como diciendo, ¿lo ves?

- Serás tonto… - y le manché la nariz con miel y entonces sí soltó la carcajada.

Se la quité con el dedo y me cogió la mano con sus reflejos de relámpago y se lo metió en la boca. Fue como si me diera una descarga eléctrica. No creí que fuera una provocación, más bien parte de la broma, pero me hizo un efecto devastador. Mis pezones se endurecieron bajo la tenue tela de la camiseta y todo mi cuerpo se estremeció. Recé porque no lo hubiera notado, pero era demasiado obvio. Se incorporó atrayéndome con suavidad pero firmeza, y me besó. Le devolví el beso despacio, y luego, arrodillada junto a él, apoyé mi frente en la suya y cerré los ojos, sintiendo sus manos acariciarme la espalda sobre la tela.

- No puede ser – dije muy bajito, una vez más, mientras un fuego intenso recorría mi columna, mi vientre, mis muslos.

Oía su respiración y la mía, y los latidos de mi corazón retumbando en mi cabeza, mientras sus manos se movían despacio en mis costados, y sus

pulgares rozaban mis senos.

Sonó un trueno, y el viento golpeó la puerta haciéndola estremecer, y la lluvia o la nieve, arreció fuera y el impulso de abrazarme a él y derretirme en sus brazos fue insoportable, pero en vez de eso, me incorporé apartándome el pelo de la cara y cogí sus manos separándolas de mi cuerpo.

- Jako,… - iba a decirle que no dudaba de que él supiera parar, dudaba de mí misma, pero en ese momento se soltó de mis manos y me atrajo de nuevo, empujándome a su lado para inclinarse sobre mí.

Me besó con fuerza, su pecho duro como una piedra aplastando el mío. Me sentía pequeñita como una pizca de arena bajo la espuma de una ola, imposible no dejarse arrastrar, y le rodeé el cuello con los brazos, acariciando su cabello rubio mientras me lamía los labios y volvía a besarme con pasión.

- Tess…

- Jako… Para… Por favor, suéltame – rogué acariciándole la cara.

Se apartó despacio. ¿Y ahora qué? ¿Qué hacía ahora, encerrada en una cueva de la que ninguno de los dos podía salir, en medio de una especie de huracán de nieve? Me incorporé sin pensar, sólo quería poner un poco de calma entre los dos, y me sujetó la muñeca.

- ¿Dónde vas?

- No sé… No sé, Jako… Oh, por favor, esto es culpa mía, ¿me perdonas? – murmuré.

- Anda, ven aquí, no seas tonta.

Me tumbé a su lado.

- Juraste protegerme, pero esto es una tortura, Jako, no sé qué hacer – dije muy bajito.

No contestó.

- Lo siento – repetí.

- Sólo dime una cosa, Tess, pero en serio. Tú… no quieres, ¿verdad?

“Vale, Tess, es el momento, dile que no, que no quieres y se acabó,

seguro que no vuelve a acercarse”.

- ¿No quiero? Claro que quiero, Jako. Me duele el cuerpo de querer. Pero no puede ser.

Se volvió hacia mí en las sombras que el fuego dibujaba en la cama.

- ¿Lo dices de verdad?

- Sí, pero también digo de verdad que…

- ¿Te gusta que te bese? ¿Te gusta estar cerca?

- Jako… -oh, al diablo con todo – Sí, claro que sí, ¿no lo has notado esta noche?

- No sabía si temblabas de miedo. No sé si la confianza que tienes en mí llega a ese terreno.

- Me vuelves del revés, se me va la cabeza – murmuré.

- Pero nunca vamos a ir más allá de los besos – y era una pregunta, no una afirmación

- No, Jako, nunca.

- Nunca te haré daño – dijo seriamente.

- Pero yo sí podría hacerte mucho daño a ti.

- No lo creo –murmuró en un tono que me puso la piel de gallina.

Estaba amaneciendo cuando me despertaron mis propios gemidos.

- Tess, tranquila, es una pesadilla – murmuró Jako atrayéndome más cerca, y al hacerlo, la pierna que entrecruzaba con las mías aumentó aún más la deliciosa presión y el placer estalló intenso y rápido.

Respiré hondo, tratando de recuperar el aliento, y cuando me volvió hacia él, le abracé relajándome entre sus brazos.

- ¿Estás bien? – asentí y me estrechó suavemente. Mi corazón latía desbocado y me besó la cabeza, tratando de calmarme -. No tengas miedo, estoy aquí.

Volví a respirar hondo, había sido tan fuerte, tan inesperado, tan…bueno…

- Me estás asustando, te falta el aire, ¿de verdad estás bien?- dijo empezando a incorporarse.

Le empujé deteniéndole.

- Sí,… No era una pesadilla, Jako – dije bajito -, he tenido… un orgasmo.

Silencio. Me maldije, no tenía que haberle dicho eso, no…

- ¿Puedo preguntar una cosa, a riesgo de parecerte idiota? ¿Las mujeres tienen orgasmos?

- Oh, sí – murmuré sonriendo en la penumbra.

- Vale, y… ¿por qué? Quiero decir, estabas dormida, ¿cómo has…?

- Tu pierna. La pusiste entre las mías y…bueno, imagina el resto, debí sentirlo entre sueños…

- ¿Sentiste mi pierna entre las tuyas y eso te ha…?

- Tu pierna – "ese muslo que tienes, duro como una roca", pero eso no lo dije, claro -presionaba justo donde debía. O donde no debía, según lo miremos.

Silencio. ¿Qué estaría pensando?

- He oído que a algunas mujeres les gusta que las toquen entre las piernas…pero con los dedos. Y nunca nadie dijo nada de orgasmos.

- Una vez me preguntaste si a las mujeres les gustaba el sexo, ya te dije que sí.

- Es verdad, pero entendí que, bueno, que no se resistían, que no les molestaba, más que gustarles como me puede gustar a mí, o a los hombres de tu raza.

Suspiré y me acomodé entre sus brazos. Qué extraña conversación para mantenerla con el ser al que adoraba y al que me hubiera encantado dar una clase práctica y dejarnos de teorías.

- ¿Estás cansada?- dijo bajito.

- Estoy estupendamente – confesé besándole el hombro.

- Creo que conozco la sensación –bromeó.

Me quedé dormida deseando poder decirle que le quería.

(sigue...)